
LO QUE EL SILENCIO SABE
ADOLFO CATRAL

LO QUE EL SILENCIO SABE

Adolfo Catral

ÍNDICE

CAPÍTULO 1 — LA NOCHE QUE EMPEZÓ MAL

1.1. El Aperol que nadie pidió 1.2. Voyeurismo con pretensiones 1.3. La calle a la una de la madrugada 1.4. El sobre sin remitente

CAPÍTULO 2 — HILOS QUE NO DEBERÍAN TIRARSE

2.1. La memoria USB y el agujero en el informe 2.2. Diego Villena, seis años de silencio 2.3. El problema tiene nombre y ojos oscuros 2.4. Preguntar demasiado tiene un precio

CAPÍTULO 3 — LA FAMILIA VILLENA

3.1. El patriarca que sonríe con los dientes apretados 3.2. La gala de Serrano y sus mentiras de etiqueta 3.3. Lo que Marcos sabe y no dice 3.4. La noche anterior al accidente

CAPÍTULO 4 — EL PUNTO DE NO RETORNO

4.1. Alguien ha estado en el apartamento de Sara 4.2. El pueblo de la sierra y el hombre que recuerda 4.3. Los archivos borrados y el reloj que aprieta 4.4. Confiar o proteger

CAPÍTULO 5 — LA VUELTA DE TUERCA

5.1. Tres capítulos atrás todo tenía otro sentido 5.2. El rostro que Sara no esperaba 5.3. Marcos en el filo entre la verdad y la lealtad 5.4. La culpa no es lo que parecía

CAPÍTULO 6 — LO QUE EL SILENCIO SABÍA

6.1. Publicar o no publicar, esa es la noche 6.2. La conversación sin apellidos de por medio 6.3. La verdad que lo cambia todo 6.4. El último párrafo es de ellos

CAPÍTULO 1 LA NOCHE QUE EMPEZO MAL

1.1. El Aperol que nadie pidió

El Aperol era de un naranja demasiado alegre para la noche que hacía.

Sara Montiel Vega lo miraba desde el otro lado de la barra con la misma desconfianza con que miraba cualquier cosa que prometiera demasiado: el horóscopo, los hombres que sonrían al presentarse, y las copas que tenían mejor color que sabor. Bebió un sorbo. Confirmó sus sospechas. Lo dejó sobre la barra con el cuidado de quien deposita algo que no le pertenece.

Afuera llovía. No esa lluvia dramática de película que te empapa en diez segundos, sino la otra, la de Madrid en febrero: fina, persistente, con mala intención. La clase de lluvia que no justifica el paraguas pero te deja el pelo hecho una pena.

El bar se llamaba Noctua y estaba en Malasaña, en una calle que aún recordaba cuando las bodegas eran bodegas y no locales con paredes de ladrillo visto y carta de vermuts artesanales. Ahora

tenía luz cálida, madera recuperada, y un público de entre veintiocho y cuarenta años que había aprendido a pagar doce euros por una copa sin que se le notara el dolor.

—Este sitio antes era una carnicería —dijo Lucía apareciendo a su lado con dos copas nuevas, como si Sara no tuviera todavía la suya a medio beber—. Te lo juro. Mi madre compraba aquí el lomo embuchado.

—Qué salto evolutivo.

—No seas así. Está bien. Y hay gente interesante.

—Hay gente con ropa interesante. No es lo mismo.

Lucía Reyes era su mejor amiga desde la facultad, cuando las dos estudiaban periodismo con la ingenuidad de quien aún cree que eso sirve para cambiar algo. Ahora Lucía editaba contenido para una marca de cosmética sostenible y Sara investigaba corrupciones que nadie quería leer. Las dos eran conscientes de la ironía. Ninguna la mencionaba.

Lucía era de esas personas que entraban en cualquier sitio como si ya lo conocieran de antes, con esa facilidad social que Sara admiraba en abstracto y encontraba agotadora en práctico. Esa noche llevaba un vestido rojo que no pedía permiso, y ya había saludado a tres personas a las que, según Sara, no conocía de nada.

—Mira, hay una exposición —dijo Lucía señalando hacia el fondo del local—. Fotografía. Creo que el artista está aquí.

—Genial.

—Sara.

—Qué.

—Llevas seis meses sin salir. Esto no cuenta como salir si no hablas con nadie.

—Estoy hablando contigo.

—Soy tu amiga. No cuenta.

Sara fue a responder algo, pero en ese momento una pareja se movió a su izquierda y quedó despejada la línea de visión hacia las fotografías. Eran grandes, impresas en papel mate, enmarcadas en negro sin cristal. La primera que vió era el retrato de un hombre de unos cincuenta años. Traje gris, corbata aflojada. La boca entreabierta. Los ojos mirando un punto fuera de plano con una expresión que Sara tardó un segundo en identificar.

Era el instante exacto en que alguien recibe una noticia que lo rompe todo.

Se acercó sin darse cuenta, Aperol en mano. La siguiente foto era una mujer joven, el móvil pegado a la oreja, la mano libre aferrada al bolso como si necesitara sujetarse a algo. Después, un niño de no más de diez años mirando hacia un lado, los hombros tensos, con esa rigidez de quien contiene algo que todavía no entiende. Cada retrato era distinto. Todos eran el mismo momento.

Eran fotos brutales. Y eran, de una manera que le resultaba incómoda admitir, tremendamente hermosas.

—Voyeurismo con pretensiones.

Lo dijo en voz baja, para sí misma. O eso creía.

—Eso es lo más interesante que me han dicho de mi trabajo en mucho tiempo —dijo una voz a su derecha.

Sara se giró.

El hombre que la miraba tenía unos cuarenta años, o quizás un poco más, era difícil saberlo con esa clase de cara. Alto. Vaso de whisky en la mano, sin hielo. Llevaba una camisa oscura, sin corbata, y tenía el aspecto de alguien que se había vestido en cinco minutos y el resultado era, a pesar de todo, más que aceptable. Había una cicatriz fina sobre la ceja izquierda que Sara notó sin querer notar.

La miraba con una expresión que no era ofensa ni divertimento. Era algo más complicado. Curiosidad, tal vez. De la clase que no se finge.

—No pretendía que me oyeras —dijo Sara.

—Ya. Pero lo has dicho.

—¿Eres el fotógrafo?

—Marcos Villena.

No alargó la mano. Tampoco ella.

—Sara Montiel.

—Como la cantante.

—Como la cantante —confirmó ella, con esa resignación que ya no era resignación sino automatismo—. No tengo nada que ver con ella. Ya lo sé.

—No iba a decir eso.

—Todo el mundo dice eso.

—Iba a decir que me parece un nombre con mucho peso para cargarlo sola.

Sara lo miró un momento. Ese no era el comentario habitual.

—¿Y las fotos no son voyeurismo? —dijo, volviendo al tema porque era más seguro que el otro.

—Depende de qué entiendas por voyeurismo.

—Mirar lo que alguien no quiere que veas.

—Estas personas sabían que las estaba fotografiando.

—¿Y eso lo cambia todo?

—¿No?

Sara miró otra vez las fotos. El hombre del traje gris. La mujer con el móvil. El niño con los hombros en tensión.

—Lo que muestras no tiene precio —dijo—. Y tú lo has vendido con marco y todo.

Marcos Villena la observó con esa expresión que no era ni ofensa ni divertimento.

—¿Eres periodista? —preguntó.

—¿Por qué?

—Porque haces preguntas que tienen respuesta dentro de ellas mismas.

Fue Lucía quien apareció en ese momento con dos Aperoles nuevos que nadie había pedido, miró al fotógrafo, miró a Sara, y tuvo la delicadeza extraordinaria de desaparecer inmediatamente con una sonrisa que Sara le cobraría después.

Hablaron durante una hora y cuarto. Después Sara lo supo con exactitud porque miraba el móvil después, intentando reconstruir el tiempo perdido. Hablaron de las fotos, de Madrid, de cómo la ciudad había cambiado de una manera que a los dos les resultaba difícil de nombrar: no mejor ni peor, sino más rápida, más cara, más convencida de sí misma. Hablaron del periodismo, de la fotografía, de si el arte que incomoda sigue siendo arte o se convierte en otra cosa. No hablaron de sus vidas, de sus trabajos exactos, de dónde vivían ni de si tenían pareja. Ninguno de los dos preguntó. Era una conversación que existía en una burbuja deliberada, y los dos lo sabían, y ninguno la pinchó.

A la una de la madrugada, la gente empezaba a irse y el camarero recogía vasos con eficiencia de quién quiere cerrar pero no

puede decirlo. Lucía había encontrado a alguien con quien irse, o eso le dijo en un mensaje de WhatsApp que terminaba en tres emojis de fuego que Sara prefirió no interpretar demasiado.

Salieron juntos a la calle sin haberlo decidido.

La lluvia seguía siendo fina y persistente. Los adoquines de la calle brillaban con ese color entre negro y gris que tiene Madrid de madrugada cuando está mojado. Ninguno de los dos tenía prisa, lo cual era curioso, porque los dos tenían cosas que hacer al día siguiente.

—¿Siempre dices en voz alta lo que piensas? —preguntó él.

—Solo cuando creo que no me escucha nadie.

—Tendrías que subir el umbral de lo que consideras nadie.

—O tú deberías anunciarte más.

Marcos Villena se quedó callado un momento. Después esbozó algo que no llegaba a ser sonrisa completa pero que se le parecía bastante.

—Ha sido una conversación agradable, Sara Montiel.

—Sí —dijo ella—. Ha sido.

El pasado perfecto. Los dos lo usaron. Los dos lo oyeron.

Se despidieron en la esquina con ese ligero exceso de formalidad que tienen las personas que no saben todavía qué son la una para la otra. Él caminó hacia Fuencarral. Ella hacia el metro. A

mitad de la calle Sara se dio cuenta de que no le había preguntado su número, y de que él tampoco se lo había pedido.

Le pareció bien. Le pareció lo correcto. Se lo repitió dos veces durante el trayecto en metro, que para algo estaba el subconsciente.

Tres días después, el sobre sin remitente llegaría a la redacción de El Observador Digital. Y Sara Montiel Vega entendería que algunas noches que empiezan mal no terminan donde uno cree.

1.2. Voyeurismo con pretensiones

Marcos Villena no esperaba que nadie le dijera eso de sus fotos.

No porque fuera mentira, sino porque la mayoría de la gente que venía a estas exposiciones hacía una de dos cosas: o las miraba con esa cara de concentración fingida que significa que en realidad no están viendo nada, o se emocionaban de más y le preguntaban si había sufrido mucho para hacer algo así. Como si el sufrimiento fuera el precio de entrada al arte y hubiera que presentar el recibo.

Esa mujer había hecho otra cosa. Lo había dicho con la precisión de quien lleva tiempo pensando algo y encuentra, por fin, las palabras exactas. Voyeurismo con pretensiones. Siete sílabas. Un diagnóstico.

Marcos la había observado antes de que ella lo notara. Llevaba un cuarto de hora apóyado en la barra, whisky en mano, haciendo lo que hacía siempre en sus propias exposiciones: mirar a

la gente mirando. Era un hábito profesional que algunos encontraban inquietante y él consideraba simplemente lógico. Las fotos ya las conocía. Lo que no conocía era cómo las recibía el mundo.

La mujer del Aperol que no bebía había entrado con una amiga de vestido rojo y había pasado los primeros veinte minutos junto a la barra con la actitud de alguien que está en un sitio porque ha prometido estar, no porque quiera. Después algo la había desplazado hacia las fotos. Una pareja que se movía. Un hueco que se abría. Y entonces sí: la había visto mirar.

Había personas que miraban las fotos y las encontraban interesantes. Había personas que las miraban y se sentían incómodas y eso les parecía suficiente razón para alejarse. Y había personas, muy pocas, que las miraban como si necesitaran entender algo que las fotos no terminaban de explicar. Esa mujer era de las terceras. Marcos lo había visto en la tensión leve de su mandibula. En cómo inclinó la cabeza dos centímetros hacia la izquierda delante del retrato del hombre del traje gris, igual que se inclina la cabeza cuando algo duele un poco y no queremos que se note.

—¿Eres periodista? —había preguntado él, y no era una pregunta de relleno.

—¿Por qué?

—Porque haces preguntas que tienen respuesta dentro de ellas mismas.

Ella lo había mirado entonces de una manera que Marcos identificó sin dificultad: era la mirada de alguien que acaba de recibir un punto a favor del adversario y está decidiend o si reconocerlo o ignorarlo. Decidió ignorarlo, lo cual en sí mismo era una respuesta.

—Periodista de investigación —dijo al final—. El Observador Digital.

—No lo conozco.

—Poca gente lo conoce. Eso debería preocuparnos a todos.

Había algo en cómo lo dijo, sin amargura pero tampoco sin ingenuidad, que le pareció más honesto que cualquier cosa que él hubiera oído esa noche. Madrid estaba lleno de gente que hablaba de su trabajo como si fuera una marca personal. Esa mujer hablaba del suyo como de algo que importaba, con la fatiga tranquila de quien lleva años peleándose por algo sin estar del todo seguro de que la pelea tenga sentido.

Le cayó bien. Le cayó bien antes de querer que le cayera bien, que era el orden equivocado.

—¿Y las fotos? —preguntó ella, volviendo a ellas como quien vuelve a una herramienta—. ¿Cómo convences a alguien para que te deje fotografiarle en ese momento?

—No los convenzo. Les pregunto.

—¿Y dicen que sí?

—La mayoría.

—¿Por qué?

Marcos tardó un segundo. Era la pregunta que le hacían menos, quizás porque la respuesta incomo daba.

—Porque en ese momento necesitan que alguien los vea —dijo—. El dolor aislado es insoportable. El dolor presenciado es otra cosa.

Sara Montiel se quedó callada. Miró el vaso. Después miró otra vez las fotos, y Marcos tuvo la sensación de que esta vez las estaba mirando de otra manera. No mejor ni peor. Distinta.

—Sigo pensando que es voyeurismo —dijo.

—Lo sé.

—Pero entiendo por qué funciona.

—Eso es más de lo que me dan la mayoría.

Lucía apareció en ese momento con dos Aperoles de refuerzo que nadie había pedido. Miró a Marcos. Miró a Sara. Esbozó una sonrisa que contenía demasiada información y desapareció con una elegancia calculada que a Sara le iba a costar cara en forma de llamada telefónica a las once de la mañana del día siguiente.

La conversación cambió de textura después de eso. Se hizo más cómoda, o quizás más peligrosa, que a veces son la misma

cosa. Hablaron de Madrid con esa mezcla de amor exasperado y crítica implacable que solo tienen los que llevan años viviendo en ella. De cómo el barrio había cambiado. De cómo todo había cambiado y nadie se había molestado en preguntar si queríamos.

—¿Tú eres de Madrid? —preguntó ella.

—Críado aquí. No sé si eso cuenta.

—Cuenta si has visto suficiente para echar de menos algo.

—Entonces sí.

No preguntó qué echaba de menos. Marcos notó que no preguntaba, y notó también que lo agradecía. Había cosas que no estaba listo para responder en un bar de Malasaña con lluvia fuera y una desconocida con el Aperol sin beber.

Pero la conversación seguía, y el tiempo pasaba con esa velocidad extraña que tiene cuando estás en un sitio y no quieres que termine aunque no sepas exactamente por qué. El camarero recogía vasos. La gente mengu aba. Y los dos seguían allí, de pie, sin haber buscado sillas, como si sentarse hubiera sido demasiado definitivo.

—¿Siempre fotografías el dolor? —preguntó Sara en un momento—. ¿O hay otra serie que no has traído aquí?

Marcos pensó en la respuesta honesta, que era complicada, y en la respuesta fácil, que era una mentira educada.

—Hay fotos de otras cosas —dijo—. Paisajes. Arquitectura. Nada que me interese de la misma manera.

—¿Por qué el dolor especialmente?

—Porque es el único momento en que la gente deja de actuar.

Sara lo miró. Era una mirada directa, sin filtro, de las que incomodan si no estás acostumbrado. Marcos estaba acostumbrado a incomodar, pero no tanto a que lo incomodaran a él.

—Eso es triste —dijo ella.

—¿El qué?

—Que el dolor sea el único momento auténtico que encuentres.

No había crueldad en cómo lo dijo. Solo esa clase de precisión que tienen las personas que han pensado mucho sobre la autenticidad porque ellas mismas han tenido que pelear con ella.

Marcos no respondió de inmediato. Bebió un sorbo de whisky. Miró las fotos desde donde estaban, esa vista lateral que no era la que el espectador debía tener, y pensó que hacía mucho tiempo que nadie le decía algo que le obligara a pensar de verdad.

—Puede que tengas razón —dijo.

—Puede —admitió ella—. O puede que simplemente haya más momentos auténticos de los que crees y tú hayas decidido fotografiar solo uno.

Eso sí le dió que pensar. Y que pensar después, de vuelta a casa, con la lluvia de Madrid golpeando los cristales del taxi y las fotos de la exposición todavía en la cabeza, mezcladas con una conversación que no había terminado como debía terminar, porque lo que debía hacer era pedirle el número y no lo había hecho.

No por cobardía. O no solo por eso.

Sino porque había algo en esa mujer que le parecía demasiado real para meterlo en la cámara de esa noche. Y él, más que nadie, sabía lo que pasaba cuando fotografiabas algo que no estaba listo para ser visto.

1.3. La calle a la una de la madrugada

Salieron juntos a la calle sin haberlo decidido. Ese era el detalle que Sara se repasaría después, en el metro, con los ojos fijos en el anuncio de una academia de inglés que llevaba meses sin actualizarse: no lo habían planeado, simplemente había ocurrido, y eso era exactamente la clase de cosas que ella intentaba evitar.

Las cosas que simplemente ocurren tienden a complicarse.

Fuera, la lluvia seguía con su propósito de febrero, fina y constante, sin drama pero sin tregua. Los adoquines de la calle brillaban con esa luz sucia y hermosa que tiene Madrid mojado a la una de la madrugada, cuando ya se han ido los turistas y todavía no han llegado los que cierran los bares. El momento exacto en que la ciudad es de los que viven en ella.

Ninguno de los dos sacó el móvil. Eso también lo notó Sara después: el reflejo automático de consultar la pantalla cuando el silencio amenaza no se había activado. El silencio no amenazaba. Era de esa clase que no necesita llenarse.

—¿Vives por aquí? —preguntó Marcos.

—Lava piés. Tú?

—Chamberí.

—Direción contraria.

—Sí.

No se movieron. Los dos lo notaron. Ninguno lo mencionó.

La calle estaba casi vacía. Una pareja pasaba al fondo, pegados el uno al otro bajo un paraguas que no cubría a ninguno de los dos del todo. Un chico en patinete eléctrico pasó rozando el bordillo con esa indiferencia total hacia el tráfico y la física que tienen los de veintiúnos. Un bar al final de la calle derramaba música hacia fuera, algo con bajo, irreconocible a esa distancia.

—¿Siempre dices en voz alta lo que piensas? —preguntó Marcos. Era la misma pregunta que había hecho dentro, pero ahora sonaba diferente. Menos defensa y más curiosidad genuina.

—Solo cuando creo que no me escucha nadie.

—Tendrías que subir el umbral de lo que consideras nadie.

—O tú deberías anunciarte más.

Marcos hizo ese gesto que no era del todo una sonrisa pero se le parecía. Sara lo había catalogado mentalmente durante la última hora: era la expresión de alguien que encuentra algo genuinamente gracioso y no quiere que se le note demasiado. Había algo en esa contención que resultaba más interesante que la carcajada fácil.

Peligrosamente interesante, se corrigió.

El WhatsApp de Lucía llegó en ese momento. Sara lo leyó de reojo sin sacar el móvil del bolsillo, solo la pantalla asomando lo suficiente: «Me voy con Sergio, no te esperes. Cuatro estrellas de cinco, ya te cuento». Tres emojis de fuego. Sara volvió a guardarlo.

—Buenas noticias o malas —dijo Marcos. No era una pregunta.

—¿Por qué lo dices?

—Has hecho una cara.

—No he hecho ninguna cara.

—Todo el mundo hace una cara cuando lee un mensaje de su mejor amiga a la una de la madrugada.

Sara lo miró. Él la miraba con una expresión tranquila, sin prisa, con las manos en los bolsillos y el cuello de la camisa ligeramente húmedo por la lluvia. No había nada calculado en él. Era la clase de persona que ocupa el espacio que tiene sin pedir

disculpas por estar ahí, lo cual, Sara había comprobado, era más raro de lo que debería.

—Mi amiga se ha ido —dijo—. Eso es todo.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Depende de cómo acabe la noche.

Lo dijo sin pensar, y en cuanto lo dijo lo pensó. Marcos no lo aprovechó, que era exactamente lo que un hombre que quisiera aprovechar algo habría hecho. Se limitó a asentir levemente, como quien recibe información y la guarda sin más comentario.

Sara decidió que eso le gustaba. Y luego decidió que lo de decidir que le gustaba era ya demasiado decidir para una noche de martes.

Caminaron media manzana sin destino aparente. Fue un acuerdo tácito, de los que se hacen sin que ninguna de las dos partes lo proponga formalmente: simplemente los pies empezaron a moverse en la misma dirección y nadie lo contradijo. La lluvia les daba en los hombros. Ninguno sacó paraguas porque ninguno lo llevaba, lo cual decía cosas distintas de cada uno: en Sara era costumbre de quien vive cerca del metro y calcula mal el tiempo; en Marcos era, sospechaba ella, una elección.

—¿Qué te trajo al periodismo de investigación? —preguntó él.

—La ingenuidad, en su momento. Después la inercia. Ahora ya no lo sé.

—Eso es muy honesto.

—Son las dos de la madrugada y llueve. No tengo energía para la versión de LinkedIn.

Marcos se río. Esta vez de verdad, un sonido breve y genuino que sorprendió a los dos un poco, como si él tampoco lo esperara.

—¿Y tú? —dijo Sara—. ¿Qué te trajo a fotografiar el dolor ajeno?

Pausa. Breve pero real. El tipo de pausa que no es que alguien esté pensando la respuesta sino que está decidiendo cuánta verdad cabe en la respuesta.

—Algo que necesitaba entender —dijo al final.

—¿Lo entendiste?

—Todavía no.

No preguntó qué era ese algo. Él no amplió la información. Fue un intercambio perfecto en su precisión: los dos sabían que había una puerta, los dos sabían que esa noche no era el momento de abrirla, y ninguno forzó.

Se detuvieron en la esquina de Fuencarral sin haberlo planeado. Era el punto donde los caminos se separaban, o al menos los caminos lógicos, los que llevaban a Lavapiés por un lado y a Chambíerí por el otro. La lluvia seguía. Una moto pasó rápido y

levantó una pequeña ola de agua sucia desde el bordillo que los dos esquivaron al mismo tiempo, dándose un paso hacia el otro sin querer.

Se miraron. La distancia entre los dos era ahora de menos de medio metro.

—Ha sido una conversación agradable, Sara Montiel —dijo él.

—Sí —dijo ella—. Ha sido.

El pasado perfecto. Compoundío y definitivo. Los dos lo usaron y los dos lo oyeron y los dos supieron lo que significaba: que algo había ocurrido y ya había terminado, y que esa era la versión oficial.

Se despidieron con ese exceso leve de formalidad que tienen las personas que no saben todavía qué son la una para la otra. Un hasta luego que los dos sabían improbable. Una sonrisa que en Marcos volvía a ser esa cosa a medio camino entre la contención y la calidez.

Él caminó hacia Fuencarral. Ella hacia el metro de Tribunal. No se giraron. Sara lo sabía porque no se giró ella y estuvo tentada de hacerlo, y si se hubiera girado y él la hubiera estado mirando, la noche habría acabado de otra manera.

Pero no se giró.

Y en el metro, con el vagón casi vacío y el anuncio de la academia de inglés mirándola desde la pared, Sara Montiel Vega

pensó que había hecho bien. Que había sido sensata. Que no pedir su número era exactamente lo correcto.

Se lo repitió tres veces. El número de repeticiones exacto para saber que no se lo creía del todo.

1.4. El sobre sin remitente

El sobre llegó un jueves.

Sara lo supo después con exactitud, porque los jueves en la redacción de El Observador Digital tenían una textura reconocible: eran el día en que el algoritmo enviaba el informe semanal de audiencia y todo el mundo pasaba la mañana intentando no leerlo y leyéndolo igualmente, con esa mezcla de masoquismo y esperanza que da trabajar en medios digitales en 2024. Los números eran siempre los mismos: buenos en los artículos sobre famosos, regulares en política, óptimos en true crime, y casi invisibles en los reportajes de investigación que eran, exactamente, los únicos que Sara hacía.

Llevaba tres días sin pensar en Marcos Villena. O más concretamente: llevaba tres días pensando en él el tiempo justo para poder decirse que no estaba pensando en él. Una diferencia importante.

La redacción de El Observador ocupaba el tercer piso de un edificio de Chueca que había sido, en orden cronológico, una imprenta, un almacén de telas y una productora de podcasts que quebró en dieciocho meses. Ahora tenía mesas de madera clara,

plantas que sobrevivían por encima de toda expectativa, y diecinueve periodistas que hacían el trabajo de treinta y dos con la resignación profesional de quien ha asumido que así es esto.

El sobre estaba encima de su teclado cuando llegó a las nueve y cuarto. Blanco. Din A4. Su nombre escrito a mano con bolígrafo azul, letra apretada, sin adornos. Sin remitente.

Sara lo miró un momento antes de tocarlo. Era un reflejo profesional: los periodistas de investigación desarrollan cierta cautela instintiva ante las cosas que aparecen sin explicación. No paranoia, sino calibración. La mayoría de los sobres misteriosos contenían basura: quejas de vecinos, conspiraciones sin fundamento, llamadas a la acción de gente que hacía mucho tiempo que había confundido el periodismo con el servicio de atención al cliente.

Pero este lo habían dejado encima de su teclado. No en el buzón, no en recepción. Encima de su teclado. Eso significaba que alguien había subido, había entrado en la redacción, y había sabido cuál era su mesa.

Lo abrió.

Dentro había dos cosas. Una memoria USB negra, sin marca, de las que se compran en cualquier bazar de tres euros. Y una hoja de papel doblada en tres, escrita a mano por las dos caras con la misma letra apretada del sobre.

Sara leyó la nota de pie, junto a su silla, con el abrigo todavía puesto.

La primera línea decía:

El accidente de Diego Villena no fue un accidente.

El apellido tardó un segundo en registrarse. Después registró.

Sara se sentó.

Siguió leyendo.

La nota estaba escrita con la urgencia ordenada de alguien que tiene mucho que decir y poco tiempo o poco papel. Sin nombres propios salvo el de Diego. Sin fechas exactas. Pero con una arquitectura interna que Sara reconoció de inmediato, porque era la arquitectura de alguien que sabe lo que hace: primero el hecho central, después las anomalías, después las preguntas que no habían tenido respuesta. El accidente había ocurrido hace seis años en una carretera de la sierra. Un coche contra un árbol, de noche, sin testigos, sin rastro de frenada. La polía haba cerrado el caso en setenta y dos horas. Muerte accidental. Punto final.

Pero según la nota, el informe forense original había sido sustituido. Había un testigo que cambió su declaración tres semanas después del accidente, sin que nadie preguntara por qué. Y Diego Villena, en las semanas anteriores a su muerte, estaba investigando algo relacionado con el negocio familiar.

La nota terminaba con una sola frase:

«No busques el qué. Busca el quién tiene más que perder.»

Y debajo, añadido con otra tinta, como una idea de última hora:

«Te vigilan. No uses el servidor de la redacción.»

Sara dejó la nota sobre la mesa y se quedó mirando la pared durante aproximadamente diez segundos, que era su método personal para separar la reacción instintiva del análisis. La reacción instintiva decía: esto es importante. El análisis decía: puede ser una trampa, puede ser un mitomanio, puede ser cualquier cosa.

Después miró la USB.

El problema con las memorias USB que te dejan en el teclado de manera anónima es que o las conectas o no las conectas, y ninguna de las dos opciones es del todo cómoda. Conectarla en el ordenador de la redacción era exactamente lo que la nota acababa de decirle que no hiciera. No conectarla era lo mismo que tirar la información a la papelera sin mirar.

Llamó a Rubén.

Rubén Casas era el único informático del periódico, título oficial de «responsable técnico», función real de apagáfuegos digital con tendencia a la paranoia que en su caso concreto resultaba profesionalmente útil. Tenía veintinueve años, tres monitores en su

mesa y la opinión firme de que el noventa por ciento de los problemas de seguridad informática los causaba la gente que hacía clic sin pensar.

—Nécesito que leas esto en un equipo aislado —dijo Sara poniéndole la USB delante.

—Buenos días también para ti.

—Rubén.

—¿De dónde ha salido?

—De mi teclado esta mañana.

Rubén cogió la USB con dos dedos, como si pudiera contagiarle algo. La examineó por los dos lados. La miró a ella.

—¿Sin remitente?

—Sin remitente.

—¿Has tocado el sobre con las manos desnudas?

—Sí, Rubén, soy periodista, no inspectora de homicidios.

—Dios. En serio. Bien, dame veinte minutos.

Fueron cuarenta. Sara los pasó en su mesa buscando en hemeroteca. Diego Villena. Treinta y cuatro años en el momento del accidente. Hijo menor de Álvaro Villena, el patriarca del grupo hotelero que llevaba su apellido en fachadas de cinco ciudades españolas. La noticia de su muerte había ocupado una columna en

tres periódicos generalistas y algo más en las páginas de sociedad, donde los Villena aparecían con regularidad en la época de galas e inauguraciones. Muerte trágica. Familia destrozada. Ningún detalle que chirriara.

Buscó al hermano. Marcos Villena. Fotografías de la gala de la Fundación Villena de cuatro años atrás, el último evento familiar documentado públicamente en el que aparecía. Después, nada. Un perfil en una galería de arte de Malasaña de dos años atrás. Reseñas de exposiciones. Ninguna mención a la familia, a los hoteles, al dinero.

Seis años. La edad exacta del accidente.

Sara cerró el ordenador con más cuidado del necesario.

Marcos Villena había desaparecido del mundo Villena exactamente cuando su hermano moría. Y tres días después de conocerlo en un bar de Malasaña, alguien le dejaba en el teclado una nota que decía que esa muerte no había sido lo que parecía.

Las coincidencias existían. Sara lo sabía. Pero en diez años de periodismo de investigación también había aprendido que cuando algo parece una coincidencia hay que preguntarse quién se beneficia de que lo parezca.

Rubén apareció a su lado sin que ella lo oyera llegar, lo cual con Rubén era lo habitual.

—Hay tres carpetas —dijo en voz baja, aunque la redacción estaba medio vacía—. Documentos escaneados. Fotografías. Y un archivo de audio de cuarenta minutos.

—¿Algo ma licioso?

—El dispositivo está limpio. Pero Sara…

Se detuvo. Rubén se detenía poco. Eso hizo que Sara levantara la vista.

—Los documentos —dijo él— tienen membrete del Ministerio del Interior.

El silencio de la redacción se volvió de repente un poco más denso.

—Mandámelo al correo personal —dijo Sara—. El de Gmail, no el del periódico.

—Ya lo he hecho.

—Rubén.

—¿Qué?

—Esto no lo has visto.

Rubén la miró con esa expresión de quien lleva años trabajando en periodismo y ha aprendido que hay frases que es mejor no haber oído.

—¿Ver el qué? —dijo, y volvió a sus tres monitores.

Sara cogió el móvil, el abrigo y la USB. Salió de la redacción por las escaleras, no por el ascensor. En la calle encendió el móvil en modo avión, pensó durante exactamente cinco segundos, y lo volvió a apagar.

Después se quedó un momento en la acera de Chueca con el cielo gris de Madrid sobre la cabeza y una certeza nueva, fría y perfectamente clara instalaándose en algún lugar entre el estómago y el pecho.

Lo que tuviera esa USB iba a cambiarle algo. No sabía exactamente qué. Pero después de diez años en este oficio había aprendido a reconocer el peso específico de las cosas que no tienen vuelta atrás.

Y ese sobre pesó exactamente así.

CAPÍTULO 2 HILOS QUE NO DEBERÍAN TIRARSE

2.1. La memoria USB y el agujero en el informe

El archivo de audio duraba cuarenta y tres minutos.

Sara lo sabía porque lo había comprobado tres veces antes de escucharlo, con el portátil personal encima de la cama, auriculares puestos, móvil en modo avión, puerta del apartamento con el pestillo echado. Un ritual de precaución que habría parecido excesivo a cualquiera que no hubiera leído la nota. A quien sí la había leído le parecía, si acaso, insuficiente.

Eran las once y media de la noche del jueves. Había pasado la tarde en la biblioteca pública de Lavapiés, en uno de los ordenadores de uso libre del fondo, con la USB conectada a través de un adaptador que Rubén le había dejado sin preguntar nada. Había copiado los archivos a su correo de Gmail cifrado y había borrado el historial con la meticulosidad de quien sabe que borrar el historial de un ordenador público no sirve de mucho, pero lo hace de todas formas porque el gesto tiene un valor psicológico que no hay que subestimar.

Ahora estaba en casa. Y ya no había excusa para no escuchar.

Le dio al play.

La grabación empezaba con un ruido de fondo: tráfico lejano, quizás una terraza, quizás una ventana abierta. Después una voz de hombre, mediana, sin acento marcado, con la cadencia pausada de alguien que está leyendo o que ha ensayado lo que va a decir.

No dio su nombre. Lo primero que dijo fue: «Si estás escuchando esto es que has decidido tirar del hilo. Bien. Pero necesitas saber desde el principio que tirar de este hilo tiene un coste, y que ese coste no lo vas a ver hasta que sea demasiado tarde para soltarlo.»

Sara pulsó pausa. Cogió el cuaderno que tenía al lado y anotó: voz masculina, entre 45 y 60 años, sin marcadores regionales claros, dicción cuidada, posiblemente formación universitaria. Después pulsó play otra vez.

La voz describía los hechos con una precisión que no era la de un testigo accidental. Era la de alguien que había estado dentro, que había tenido acceso, y que llevaba tiempo organizando lo que sabía en el orden correcto. Diego Villena había muerto un viernes de noviembre, seis años atrás, en la N-601 a la altura del kilómetro cuarenta y siete, a unos doce kilómetros del pueblo donde la familia Villena tenía su casa de sierra. El coche era un Audi A6 de color gris. Impacto frontal contra un pino. Sin marcas de frenada. Sin testigos directos.

Hasta aquí, lo que decían los periódicos.

Lo que no decían era lo siguiente: el primer informe forense, firmado por la doctora Amparo Salas del Instituto Anatómico Forense de Madrid, concluía que Diego Villena presentaba en el momento del impacto una concentración de lorazepam en sangre de 0,8 miligramos por litro. Una dosis consistente con la ingesta de entre dos y cuatro pastillas de una a dos horas antes del accidente. Diego Villena no tenía prescripción de benzodiacepinas. No había ningún

envase en el coche. No había ningún envase en el domicilio familiar revisado posteriormente.

Ese primer informe había sido reemplazado tres semanas después por un segundo informe, firmado por el mismo forense pero con conclusiones distintas: muestra contaminada, resultado no concluyente, causa de la muerte establecida como traumatismo craneoencefálico severo por accidente de tráfico.

Sara dejó de escribir. Miró el techo.

Lorazepam. Dosis sedante. Sin envase. Sin receta. Y un informe forense que se corregía a sí mismo tres semanas después, cuando el caso ya estaba prácticamente cerrado y la familia había enterrado al hijo menor con toda la discreción que el dinero permite.

La voz seguía. Hablaba ahora del testigo: un hombre llamado Esteban Corral, guardia civil retirado, que vivía en el pueblo más cercano al lugar del accidente y que había declarado inicialmente haber visto pasar el Audi de Diego a las once menos cuarto de la noche, a velocidad normal, en perfecto estado de conducción. Tres semanas después de esa declaración, Esteban Corral había firmado una nueva versión: que el vehículo circulaba con errática trayectoria, que había tenido que apartarse al borde de la carretera para dejarle paso, que en ese momento le había parecido que el conductor iba en un estado alterado.

La voz dijo: «Esteban Corral tiene un nieto. Ese nieto recibió una beca de la Fundación Villena para estudiar ingeniería en la Universidad Politécnica de Madrid. La solicitud se presentó dos meses antes del accidente. La resolución favorable llegó tres semanas después de que cambiara su declaración.»

Sara cerró los ojos un momento.

No porque le sorprendiera. A estas alturas del oficio, muy pocas cosas le sorprendían en ese sentido. Sino porque cuando una cadena causal se articula con esa limpieza, con esa lógica de relojería, siempre hay un instante en que el cerebro necesita un segundo para procesar que estás mirando algo real y no una ficción bien construida.

Apuntó: Esteban Corral. Guardia civil retirado. Beca Fundación Villena. Nombre del nieto. Verificar.

La voz continuó durante otros veinte minutos. Hablaba de movimientos de dinero en sociedades participadas por el Grupo Villena en los meses anteriores a la muerte de Diego. De una reunión en un hotel de Salamanca de la que existían registros indirectos pero no acta. De un abogado llamado Fermín Salcedo que había llevado la gestión del accidente por parte de la familia y que había fallecido de infarto dieciocho meses después, con cincuenta y ocho años, en su despacho de la calle Velázquez.

Hacia el final, la voz bajó de tono. No de volumen. De temperatura.

«Diego encontró algo. No sé exactamente qué, pero sé que estaba documentándolo. Sé que tenía archivos. Esos archivos desaparecieron. Lo que hay en esta USB es todo lo que yo he podido reconstruir en seis años. No es suficiente para un juicio. Puede ser suficiente para una pregunta pública que no puedan ignorar. Pero Sara, escúchame bien: si decides publicar algo antes de tener más, te van a destruir. Y si decides no publicar nada y guardar esto en un cajón, lo entiendo. Nadie te culpará. Nadie lo sabrá.»

Pausa larga en la grabación. Casi diez segundos.

«Pero tú sí lo sabrás.»

Y ahí terminaba el audio.

Sara se quitó los auriculares. Los dejó sobre la almohada. Se quedó mirando el techo del apartamento de Lavapiés que llevaba cuatro años alquilando, con la grieta en el lado derecho que el casero prometía arreglar desde hacía dos y que ella había dejado de mencionar porque algunas batallas no merecen la energía que cuestan.

Pensó en Diego Villena, al que no había conocido.

Pensó en Marcos Villena, al que sí.

Pensó en la voz del audio, que sabía su nombre, que la había elegido a ella entre todos los periodistas que podría haber elegido, y que no había explicado por qué.

Cogió el cuaderno y escribió tres columnas. En la primera: lo que sabía. En la segunda: lo que podía verificar. En la tercera, que dejó casi en blanco porque todavía no era el momento de escribir en ella: lo que todavía no entendía.

En esa tercera columna apuntó solo una cosa.

¿Por qué yo? ¿Y por qué ahora?

Cerró el cuaderno. Apagó el portátil. Se quedó un momento en la oscuridad del apartamento con el ruido sordo de la ciudad al otro lado de la ventana, ese murmullo continuo que Madrid mantiene incluso de madrugada, como si la ciudad también tuviera cosas que no puede dejar de procesar.

Mañana empezaría a verificar. Mañana llamaría a sus contactos en el Ministerio. Mañana buscaría a Esteban Corral.

Pero esta noche, en la oscuridad, lo que hizo fue lo que hace cualquier persona que acaba de abrir una puerta que sabe que no va a poder cerrar del todo: quedarse quieta un momento, antes de dar

el siguiente paso, sabiendo que el siguiente paso ya no tiene vuelta atrás.

2.2. Diego Villena, seis años de silencio

Diego Villena había sido, según todo lo que Sara encontró, el tipo de persona que resulta más interesante muerta que viva.

No porque su vida hubiera sido anodina. Sino porque la muerte le había dado una dimensión que la vida, ocupada en ser vida, no había tenido tiempo de construir. En los artículos posteriores al accidente aparecía como el hijo sensible, el hermano leal, el joven con futuro truncado. Las fotos que acompañaban esas piezas eran siempre las mismas tres: una de la gala de la Fundación Villena de dos años antes del accidente, con traje oscuro y la sonrisa ligeramente forzada de quien no acaba de estar cómodo delante de las cámaras. Otra en una pista de esquí, gafas de sol, brazo sobre el hombro de alguien recortado fuera del encuadre. Y una tercera, más informal, en lo que parecía una terraza de verano, con una copa en la mano y la mirada en otro sitio.

Sara había impreso las tres y las había clavado en el corcho que tenía detrás de la puerta del dormitorio, que era donde trabajaba cuando no quería que nadie supiera que estaba trabajando en algo. No en la redacción. No en el portátil del trabajo. En el corcho detrás de la puerta, con chinchetas de colores y líneas de hilo que su amiga Lucía llamaba «el mural de los conspiranoicos» y que Sara llamaba «método».

Debajo de las fotos había escrito con rotulador negro: ¿Qué encontraste?

La respuesta, o al menos el principio de ella, llegó de donde suelen llegar las respuestas cuando investigas a gente con dinero: de alguien que en su momento no tuvo suficiente.

Se llamaba Patricia Moon. Había trabajado como asistente de dirección en el Grupo Villena durante cuatro años, hasta ocho meses antes de la muerte de Diego, cuando había sido despedida con una indemnización generosa y un acuerdo de confidencialidad que, según le contó a Sara en una cafetería de Prosperidad un miércoles por la mañana, «ya no me parece tan vinculante ahora que han pasado seis años y que la persona que me lo hizo firmar lleva tres en un consejo de administración europeo».

Patricia tenía cuarenta y siete años, el pelo corto teñido de un castaño decidido, y la forma de hablar de quien ha ordenado sus recuerdos muchas veces en la cabeza antes de decidir qué hacer con ellos.

—Diego no era como su padre —dijo, sujetando el café con las dos manos aunque no hacía frío—. Álvaro Villena es de los que construyen el mundo a su medida y luego te invitan a vivir en él como si te estuvieran haciendo un favor. Diego era distinto. Más incómodo. Hacía preguntas que nadie quería que hiciera.

—¿Qué clase de preguntas?

—Sobre los contratos de construcción del hotel de Málaga. Sobre una sociedad en Lisboa que aparecía en los balances pero que nadie del equipo de dirección sabía muy bien para qué servía. Sobre pagos a proveedores que no coincidían con los registros de obra.

Sara anotó sin levantar la vista del cuaderno.

—¿Llegó a decirte lo que había encontrado exactamente?

Patricia dudó. No el tipo de duda que precede a una mentira, sino la que precede a algo que cuesta decir porque nombrarlo lo hace más real.

—Me dijo que había un patrón. Que no era un error contable ni una mala gestión. Que alguien había construido esa estructura deliberadamente para mover dinero de un sitio a otro sin que quedara rastro claro. Me dijo que tenía documentos. —Pausa—. Me dijo que su padre lo sabía.

El café se había enfriado. Ninguna de las dos lo notó.

—¿Cuándo fue esa conversación?

—Tres semanas antes del accidente.

Sara volvió a pie desde Prosperidad hasta Chueca. Cuarenta minutos. Los necesitaba.

Álvaro Villena. El patriarca. Setenta y dos años, presidente honorario del Grupo Villena desde que había cedido la dirección ejecutiva a su hijo mayor, Roberto, hacía cuatro años. Patrono de tres fundaciones culturales. Premio Nacional de Empresa en 2018. Fotografías en revistas del corazón en los noventa, cuando su mujer todavía vivía y los hijos eran pequeños y el dinero ya era mucho pero aún no era obsceno.

Sara lo conocía de las hemerotecas, de los perfiles que había leído la noche anterior con el café frío y los ojos cada vez más abiertos. Era el tipo de hombre que llevaba tanto tiempo siendo poderoso que el poder se le había vuelto invisible, como el acento del lugar donde uno nació: ya no lo oye, pero los demás sí.

Lo que Patricia le había dicho no era una prueba. Era una conversación recordada seis años después por alguien que tenía sus propios motivos para recordarla de determinada manera. Sara lo sabía. Lo anotó también.

Pero encajaba. Con el lorazepam. Con el informe corregido. Con la beca al nieto de Esteban Corral. Con los documentos del Ministerio del Interior que todavía no había tenido tiempo de leer enteros.

Encajaba con la forma en que Marcos Villena había desaparecido del mundo familiar exactamente cuando su hermano moría.

Eso era lo que más le pesaba mientras caminaba por Alonso Martínez con el viento de febrero metiéndose por el cuello del abrigo. No los documentos, no las fechas, no la sociedad de Lisboa. Sino Marcos. Porque Marcos era el elemento que no encajaba en ninguna categoría limpia: no era una fuente, no era un sospechoso, no era un testigo declarado. Era un hombre que había conocido en un bar hacía cinco días y que resultaba ser el hermano del muerto, y Sara Montiel llevaba diez años en el oficio y sabía perfectamente que las coincidencias de ese tamaño no eran coincidencias.

La pregunta era si él lo sabía también.

Y si lo sabía, la pregunta siguiente era por qué no había dicho nada.

Esa noche, en el corcho detrás de la puerta, Sara añadió dos líneas nuevas debajo de la pregunta que ya tenía escrita.

La primera: Álvaro Villena. Sociedad Lisboa. Hotel Málaga. Verificar balances.

La segunda, después de dudarlo un momento, con letra más pequeña, como si el tamaño pudiera reducir la implicación de escribirlo: Marcos. ¿Sabe? ¿Desde cuándo?

Se quedó mirando esa segunda línea más tiempo del necesario.

Después apagó la luz y se fue a la cama, donde durmió mal y soñó con una carretera de montaña en la que los pinos eran demasiado grandes y no había marcas de frenada en ningún sitio.

2.3. El problema tiene nombre y ojos oscuros

Marcos Villena la llamó el viernes por la mañana.

Sara estaba en la redacción cuando sonó el móvil con un número desconocido, lo cual en su oficio significaba o una fuente nueva o alguien a quien había molestado recientemente. Descolgó con el tono neutro de quien no sabe todavía en cuál de las dos categorías está.

—Sara Montiel.

—Soy Marcos.

Tres segundos de silencio que Sara empleó en ordenar varias cosas a la vez: la sorpresa, que existía aunque no debería existir porque ya había asumido que esto iba a complicarse; la pregunta de cómo había conseguido su número, que era relevante; y la conciencia súbita de que llevaba cinco días pensando en él dentro de una investigación sobre su familia muerta y que eso cambiaba la naturaleza de cualquier conversación que pudieran tener.

—Hola —dijo, que era lo menos comprometido que podía decir.

—No tengo tu número —dijo él—. Lo ha buscado una amiga mía que trabaja en El Observador. Espero que no te importe.

—¿Quién?

—Claudia Reina. Diseño gráfico.

Sara la conocía. De vista y de las reuniones de los lunes. Le importaba, pero no era el momento de decirlo.

—¿Qué necesitas? —dijo en cambio.

Pausa breve. La clase de pausa que no es que alguien dude sino que está eligiendo las palabras con más cuidado del habitual.

—Quería saber si te apetecía tomar algo. Esta tarde, si puedes.

Sara miró la pantalla del ordenador, donde tenía abierto el balance del Grupo Villena del ejercicio anterior al accidente, descargado de la web del Registro Mercantil a las siete de la mañana. Miró el nombre en la cabecera del documento. Miró el teléfono.

—Puedo —dijo.

Quedaron en un bar de Chamberí que Marcos conocía y que Sara no, lo cual ya le decía algo sobre el equilibrio de la situación: ella en terreno ajeno, él en el suyo. Lo anotó mentalmente sin darle más peso del necesario.

El bar se llamaba simplemente El Bar, con esa clase de ironía madrileña que consiste en no tener ninguna. Madera oscura, taburetes altos, una barra larga con botellas ordenadas por altura detrás. El tipo de sitio que existe desde los años ochenta y ha sobrevivido a tres crisis económicas y dos pandemias por la sencilla razón de que sirve bien el vermú y no pone música demasiado alta.

Marcos ya estaba cuando llegó Sara, con un café delante y el abrigo todavía puesto, mirando la calle a través del cristal. La vio entrar. No hizo el gesto de levantarse a medias que hacen los hombres que

quieren parecer educados. Se quedó donde estaba y la miró llegar, lo cual Sara encontró, contra su voluntad, más honesto.

—Gracias por venir —dijo cuando se sentó.

—No me has dado las gracias en toda la vida y llevamos conociéndonos seis días —dijo Sara.

—Siete.

—Siete. ¿Qué pasa, Marcos?

Él envolvió el café con las dos manos. Miró la taza. Levantó la vista.

—Vi tu nombre en Google esta mañana.

Sara no cambió la expresión. Había aprendido hace tiempo que la cara es la primera línea de defensa en una conversación donde no sabes exactamente cuánto sabe el otro.

—¿Buscabas algo?

—Te buscaba a ti. Después de la otra noche. —Pausa—. Encontré tres artículos tuyos. Uno sobre corrupción urbanística en la costa de Almería. Otro sobre financiación irregular de una empresa farmacéutica. Y otro sobre un caso de blanqueo a través de sociedades en Portugal.

El vermú que el camarero había dejado delante de Sara sin que ella lo pidiera —dedujo que era la costumbre de la casa— se quedó sin tocar.

—Eres buena —dijo Marcos. No era un halago. Era una constatación —. El de Portugal especialmente. La estructura que describes es muy específica. Sociedades pantalla, balances cruzados, dinero que entra

limpio por un lado y sale por otro sin que nadie pueda señalar el momento exacto en que se ensucia.

Sara lo miró.

—¿Lo dices porque lo has leído o porque lo reconoces?

Silencio.

No un silencio incómodo. Uno de esos silencios que tienen peso propio, que ocupan el espacio entre dos personas y dicen más que cualquier respuesta que pudiera venir después.

—Mi familia tiene una empresa en Lisboa —dijo Marcos al final—. Se llama Villena Investimentos. Lleva activa doce años. Yo llevo seis intentando entender para qué sirve exactamente.

Sara tardó un segundo en decidir hasta dónde llegar. Era una decisión que en condiciones normales habría tomado con más tiempo, con más información, con la distancia que da no haber estado en un bar de Malasaña con ese hombre siete días antes hablando de fotograf'ia y de Madrid y de las cosas que uno hace cuando todavía no sabe lo que le cuesta hacerlas.

Pero las condiciones no eran normales. Y él había llegado hasta ella solo, sin que nadie le dijera que llegara, lo cual significaba una de dos cosas: o era parte del problema, o era parte de la solución. Y Sara Montiel llevaba suficientes años en esto como para saber que la única manera de averiguarlo era abrir una puerta y ver qué entraba.

—Tengo información sobre tu hermano —dijo.

Marcos no se movió. Pero algo en él cambió, una tensión muy leve en la mandíbula, en los hombros, que Sara catalogó y guardó.

—¿Qué clase de información?

—El tipo que te dice que no fue un accidente.

Esta vez el silencio fue distinto. Más largo. Más hondo. Con una textura que Sara reconoció porque la había visto antes en personas que llevan mucho tiempo cargando algo y de repente alguien pronuncia en voz alta exactamente lo que llevan cargando.

—¿Desde cuándo lo sabes? —dijo él. La voz era la misma. El tono no.

—Desde hace cuatro días.

—¿Y yo?

—Tú qué.

—¿Cuándo ibas a decirme algo a mí?

Era una pregunta justa. Sara lo sabía. También sabía que no tenía una respuesta que sonara bien.

—Cuando supiera si podía confiar en ti —dijo.

Marcos la miró durante un momento que se extendió lo suficiente para resultar incómodo para los dos. Después asintió, una sola vez, con la parsimonia de quien recibe algo que le duele y decide no discutirlo porque el dolor es una información útil y no quiere distraerse.

—¿Y ahora? —dijo—. ¿Puedes?

Sara cogió el vermú. Bebió un sorbo. Dejó el vaso.

—Todavía no lo sé —dijo—. Pero estoy más cerca que hace diez minutos.

Salieron del bar cuando el sol de febrero ya se había ido, ese sol cobarde de invierno que aparece a mediodía y se retira antes de las seis sin dar explicaciones. La calle de Chamberí tenía esa quietud de los viernes por la tarde antes de que empiece el ruido, ese paréntesis de ciudad que dura exactamente cuarenta minutos y que los que viven en Madrid aprenden a reconocer como el momento más honesto del día.

Caminaron media manzana sin decir nada. Sara pensaba en el balance del Grupo Villena que tenía abierto en el ordenador. En Villena Investimentos. En la sociedad de Lisboa que Patricia Moon le había mencionado sin saber el nombre.

Marcos caminaba con las manos en los bolsillos y la mirada al frente, con esa forma de ocupar el espacio que Sara había catalogado la primera noche y que ahora, con todo lo que sabía, adquiría una dimensión diferente: no era seguridad, comprendió. Era la postura de alguien que lleva seis años cargando algo sin poder contárselo a nadie.

—Diego me llamó la noche anterior al accidente —dijo Marcos de repente, sin mirarla—. Tuvimos una discusión. Le dije que exageraba, que era su imaginación, que la familia no era lo que él creía que era. —Pausa—. Que me dejara en paz con eso.

Sara no dijo nada. Sabía cuándo callar.

—Fue la última vez que hablé con él.

El viento movió algo en la calle, un papel, una bolsa, algo liviano. Los dos lo oyeron y ninguno lo miró.

—Por eso lo de las fotos —dijo Sara. No era una pregunta.

Marcos tardó un momento.

—Por eso lo de las fotos —confirmó.

Siguieron caminando. La ciudad empezaba a encenderse a su alrededor, las farolas, los escaparates, las ventanas de los bares que se llenaban despacio con la gente del final de la semana. Madrid tomando su temperatura de viernes, ese calor gradual e inevitable.

Sara pensó que tenía delante a un hombre con un secreto de seis años y una culpa del mismo tamaño. Pensó que ese hombre sabía cosas que ella necesitaba. Pensó que ella sabía cosas que él llevaba seis años buscando.

Y pensó, con la parte de ella que no era periodista sino simplemente Sara Montiel, que el problema con todo esto era que le gustaba. Que le gustaba de una manera que no tenía nada que ver con la investigación y todo que ver con la noche en Malasaña y la calle a la una de la madrugada y el pasado perfecto con el que los dos habían cerrado algo que, resultaba ahora, no estaba ni remotamente cerrado.

Eso era el problema.

El problema tenía nombre y ojos oscuros y una cicatriz fina sobre la ceja izquierda, y Sara Montiel no podía permitirse ese problema ahora mismo.

Aunque ya era demasiado tarde para no tenerlo.

2.4. Preguntar demasiado tiene un precio

El lunes por la mañana alguien había entrado en su correo.

Sara lo supo porque Gmail le envió una notificación de acceso desde un dispositivo desconocido a las tres y dieciséis de la madrugada del domingo. Ubicación: Madrid. Sistema operativo: Windows. Navegador: Chrome. Duración de la sesión: cuatro minutos y treinta y ocho segundos.

Cuatro minutos y treinta y ocho segundos era tiempo suficiente para leer los asuntos de los correos recientes, abrir los más relevantes y hacer capturas de pantalla de lo que importara. No era tiempo suficiente para ser descuidado. Era exactamente el tiempo de alguien que sabe lo que busca y dónde está.

Sara leyó la notificación tres veces de pie en la cocina, con el café sin hacer y el móvil en la mano, a las siete menos cuarto de la mañana. Después fue al dormitorio, miró el corcho detrás de la puerta, y pensó que la nota de la USB había dicho no uses el servidor de la redacción. No había dicho nada sobre el correo personal.

Error suyo. Error de principiante que llevaba diez años en el oficio y había asumido que el Gmail cifrado era suficiente.

Llamó a Rubén antes de las siete.

—Han entrado en mi correo personal —dijo cuando descolgó.

Silencio de tres segundos.

—¿El de Gmail?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Noche del sábado al domingo. Cuatro minutos y medio.

Otro silencio. Sara reconoció en él la textura específica del silencio de Rubén cuando está calculando algo y no quiere decir lo que está calculando hasta estar seguro.

—¿Tenías ahí algo relacionado con lo que me diste el jueves? —dijo al final.

—Algunos correos con fuentes. Nada de los archivos en sí, esos los moví a otra parte. Pero los nombres, sí.

—Sara.

—Lo sé.

—Eso significa que saben que estás mirando.

—Lo sé, Rubén.

—Y que saben a quién has llamado.

—Lo sé.

Pausa.

—¿Qué quieres que haga?

—Necesito un sistema limpio. Sin rastro. Y necesito saber si alguien ha accedido también al servidor de la redacción.

—El servidor te lo miro hoy. El sistema limpio te lo tengo esta tarde. —Pausa—. Sara, esto ya no es una historia de corrupción empresarial estándar.

—No, no lo es.

—¿Sabes en qué te estás metiendo?

Sara miró el corcho. Las tres fotos de Diego. Las líneas de hilo. Los nombres escritos con rotulador. La línea pequeña al final con el nombre de Marcos.

—Todavía no del todo —dijo—. Pero lo voy averiguando.

La llamada de Patricia Moon llegó esa misma tarde, a las cinco y cuarto, cuando Sara estaba en la redacción haciendo lo que se hace cuando se está investigando algo que no puedes contarle a nadie en la redacción: aparentar que estás haciendo otra cosa.

Patricia habló rápido y en voz baja, con el ruido de fondo de una calle concurrida.

—Me han llamado esta mañana.

—¿Quién?

—No lo sé. Número oculto. Un hombre. Me dijo que había tenido una conversación reciente que podía tener consecuencias para mí. Que el acuerdo de confidencialidad que firmé seguía siendo válido. Que si tenía alguna duda al respecto podía consultar con un abogado, pero que los abogados cuestan caros y los problemas legales cuestan más.

Sara no escribió nada. Escuchó.

—No me amenazó directamente —siguió Patricia—. Fue muy educado. Eso fue lo peor. Que fue muy educado.

—¿Reconociste la voz?

—No. Era una voz de nada. De esas que no recuerdas cinco minutos después.

—¿Estás bien?

—Estoy asustada —dijo Patricia, con la sencillez de quien ha decidido no gastar energía en disimularlo—. Tengo una hija. Tengo un trabajo nuevo. No quiero problemas.

—Lo entiendo.

—Sara. —Pausa—. No sé si puedo seguir hablando contigo.

—Lo entiendo también.

—¿Lo arreglarás tú sola?

Era una pregunta honesta. No una petición de garantías, sino la pregunta de alguien que quiere saber si puede soltar la carga sin que la carga caiga al suelo.

—Voy a intentarlo —dijo Sara.

Patricia colgó. Sara se quedó mirando el teléfono un momento, después lo dejó boca abajo sobre la mesa y siguió mirando la pantalla del ordenador donde no estaba haciendo nada relevante.

Alguien había entrado en su correo. Alguien había llamado a Patricia. En menos de setenta y dos horas desde su conversación en la cafetería de Prosperidad.

Lo cual significaba una de dos cosas. O Patricia tenía una filtración en su entorno cercano. O alguien había estado escuchando esa conversación.

Las dos opciones eran malas. La segunda era peor.

Esa noche Sara fue a casa de Marcos.

No había sido el plan. El plan había sido ir a casa, revisar los documentos del Ministerio que todavía tenía pendientes, cenar algo, dormir. Pero a las ocho de la tarde, caminando por Fuencarral con las manos en los bolsillos y el cerebro trabajando a una velocidad que no le dejaba ver la calle, se dio cuenta de que había una información que Marcos tenía y que ella necesitaba, y que esperar no era ya una opción cómoda.

Le escribió un mensaje: ¿Estás en casa?

La respuesta llegó en cuarenta segundos: Sí. ¿Pasa algo?

Sí, escribió. Dame la dirección.

El apartamento de Marcos estaba en un quinto sin ascensor de la calle Covarrubias, en ese Chamberí que todavía no era del todo nuevo ni del todo viejo, con porterías de mármol antiguo y buzones de latón y vecinos que se saludaban en el rellano. Subió los cinco pisos a buen ritmo y llegó arriba con el aliento ligeramente acelerado, que atribuyó a las escaleras y no a ninguna otra cosa.

Marcos abrió la puerta antes de que llamara. Había oído los pasos.

La miró un momento en el umbral. Ella lo miró a él. El apartamento detrás olía a café y a madera y a algo que podría ser trementina o podría ser el revelador fotográfico que Sara vio después en la pequeña habitación del fondo que hacía las veces de laboratorio.

—Han entrado en mi correo —dijo Sara sin esperar a estar dentro.

—Pasa.

Pasó.

El apartamento era lo que podría haber predicho si hubiera pensado en ello, que no había hecho: ordenado con la lógica de alguien que vive solo y ha decidido que las cosas tienen un sitio y ese sitio se respeta. Libros. Fotografías enmarcadas en las paredes, ninguna de las series de exposición, todas de otra cosa: paisajes, arquitectura, una secuencia en blanco y negro de lo que parecía una ciudad costera sin identificar. Una mesa grande con papeles y una cámara encima. Poca decoración y buena luz.

Se sentaron a la mesa de la cocina. Marcos sirvió café sin preguntar si lo quería, lo cual Sara encontró, de nuevo contra su voluntad, acertado.

Le contó lo del correo. Lo de la llamada a Patricia. Lo de los cuatro minutos y treinta y ocho segundos.

Marcos escuchó sin interrumpir. Cuando terminó, se quedó un momento en silencio.

—Mi padre tiene gente —dijo.

—¿Qué clase de gente?

—La clase que no aparece en ningún organigrama. —Pausa—. Cuando Diego empezó a hacer preguntas, yo lo noté también. Había una tensión nueva en las reuniones familiares. Mi padre mirando a Diego de una manera distinta. Como se mira a alguien que ha cruzado una línea que no sabías que existía hasta que la ves cruzar.

—¿Le dijiste algo a Diego?

—Le dije que tuviera cuidado.

—¿Y?

—Me dijo que ya era demasiado tarde para tener cuidado. Que había mandado copias de todo a tres sitios distintos y que si algo le pasaba iba a salir igualmente. —Marcos miró el café—. Era la noche anterior al accidente.

Sara procesó eso. Las copias que Diego había mandado a tres sitios. Los archivos que según la voz del audio habían desaparecido. Una cosa contradecía la otra, o tal vez no: tal vez los tres sitios habían sido localizados y vaciados. Tal vez no todos. Tal vez quedaba algo en algún sitio que nadie había encontrado todavía.

—¿Sabes a quién mandó las copias?

—No. Solo sé que me mencionó un nombre esa noche. —Pausa—. Me dijo que había una persona en el Ministerio que sabía lo suficiente para que aquello no pudiera enterrarse del todo. Alguien que tenía miedo pero que tenía los documentos.

Sara pensó en la voz del audio. En la dicción cuidada. En los documentos con membrete del Ministerio del Interior.

—¿Te dijo el nombre?

—Me dijo dos letras. Las iniciales. —Marcos la miró—. J. C.

El silencio de la cocina de Covarrubias tuvo de repente una densidad distinta.

—¿Solo eso?

—Solo eso. Y después me dijo que me dejara de historias y que me fuera a dormir, que él se encargaba. —La voz de Marcos no cambió,

pero algo alrededor de los ojos sí—. Y colgué.

Sara no dijo nada. No era el momento de decir nada.

—Llevo seis años —dijo Marcos— buscando esas iniciales en cada persona que conozco relacionada con mi familia. Sin encontrar nada. Sin saber si existe. Sin saber si Diego me lo inventó para que me quedara tranquilo o si era real.

—Era real —dijo Sara.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque esa persona me mandó un sobre la semana pasada. —Pausa—. Y porque el audio que hay en la USB lo grabó alguien que conoce el Ministerio desde dentro.

Marcos la miró durante un tiempo que Sara no midió pero que fue suficiente para que las dos tazas de café se quedaran frías sobre la mesa de la cocina de Covarrubias.

—¿Por qué tú? —dijo al final, y era la misma pregunta que Sara llevaba días haciéndose—. ¿Por qué te eligió a ti?

—No lo sé todavía.

—¿Y lo de la exposición? ¿Lo de conocernos?

—No lo sé tampoco.

—¿Puede ser que no fuera casualidad?

Sara tardó en responder. No porque no supiera la respuesta. Sino porque decirla en voz alta en esa cocina, con ese hombre delante, cambiaba algo de manera irreversible.

—No —dijo—. Probablemente no fue casualidad.

Marcos asintió. Miró la mesa. Cuando levantó la vista tenía una expresión que Sara no le había visto antes: no la contención habitual, no la calma estudiada. Algo más directo. Más cansado. Más real.

—Entonces llevamos seis días dentro de algo que empezó mucho antes de que nos conociéramos.

—Sí.

—¿Y ahora qué?

Sara pensó en el corcho detrás de la puerta. En Patricia Moon asustada con una hija y un trabajo nuevo. En Rubén preparando un sistema limpio. En J. C. y sus documentos del Ministerio y su voz de cuarenta y tres minutos que sabía perfectamente lo que le estaba pidiendo a Sara cuando le pedía que tirara del hilo.

—Ahora —dijo— necesito que me cuentes todo lo que sabes sobre Villena Investimentos. Todo. Desde el principio.

Marcos se levantó, fue a la cocina, tiró el café frío, sirvió dos tazas nuevas. Las dejó sobre la mesa.

Se sentó.

—Va a ser una noche larga —dijo.

—Las mejores siempre lo son —dijo Sara.

Y ninguno de los dos estaba hablando solo de la investigación.

CAPÍTULO 3 LA FAMILIA VILLENA

3.1. El patriarca que sonríe con los dientes apretados

Álvaro Villena llegó siempre el primero a cualquier sitio al que iba.

No porque fuera impuntual al revés, aunque también, sino porque llegar antes que los demás era una forma de poder que había practicado durante cincuenta años hasta convertirla en instinto. Cuando entras en una sala vacía y la ocupas antes de que llegue nadie, la sala es tuya. Cuando los demás llegan, llegan a tu espacio. Esa diferencia, que a la mayoría de la gente le parecería imperceptible, a Álvaro Villena le parecía la diferencia entre todo.

Tenía setenta y dos años y los llevaba con la disciplina de quien ha decidido que envejecer es una opción y ha optado por no tomarla del todo. Delgado, recto, con el pelo blanco cortado con precisión milimétrica y la ropa de quien sabe que vestir bien no es vanidad sino argumento. Sus manos eran las manos de un hombre que no había hecho trabajo físico en cuarenta años pero que las cuidaba con la misma atención que dedicaba a todo lo demás: como si el descuido en cualquier detalle fuera el principio de un derrumbe que no podía permitirse.

Marcos lo sabía todo esto porque lo había observado durante treinta y cinco años con la atención involuntaria de los hijos que crecen sin entender del todo a sus padres y pasan la edad adulta intentando hacerlo.

Lo que había entendido, finalmente, era esto: que su padre no era un hombre cruel. Era algo más complicado y más difícil de combatir que la crueldad. Era un hombre que había construido una versión del mundo donde sus decisiones siempre eran correctas, y que había dedicado toda su vida a proteger esa versión con la misma energía y los mismos recursos con que había construido su imperio hotelero. Con paciencia. Con inteligencia. Con la disposición absoluta a hacer lo necesario sin llamarlo por su nombre.

Marcos no había hablado con su padre en dieciocho meses.

La última vez había sido en una comida familiar en el restaurante de siempre, un italiano de Salamanca donde la familia Villena llevaba reservando la mesa del fondo desde que Marcos tenía diez años. Habían estado su padre, su hermano Roberto, la mujer de Roberto, y él. Cuatro personas alrededor de una mesa con mantel blanco y vino caro y una conversación que transcurrió con la fluidez aparente de las familias que han aprendido a hablar de todo excepto de lo que importa.

Marcos había esperado hasta el café para decir lo que había ido a decir.

—Quiero saber qué pasó con Diego.

Su padre había dejado la taza en el plato con una precisión que en él equivalía a una pausa dramática. Roberto había mirado la mesa. La mujer de Roberto había pedido la cuenta con los ojos.

—Diego tuvo un accidente —había dicho su padre.

—Ya sé lo que dicen los informes.

—Entonces ya sabes lo que pasó.

—No. Sé lo que dicen los informes.

Álvaro Villena lo había mirado durante un momento con esa expresión que Marcos conocía desde niño: no era enfado, nunca era enfado, porque el enfado implica pérdida de control y su padre no perdía el control. Era una evaluación. La mirada de alguien que está calculando el coste exacto de cada respuesta posible y eligiendo la más eficiente.

—Marcos —había dicho al final, con una suavidad que era su forma de cerrar puertas—. Tu hermano era un hombre brillante que tomó una decisión equivocada una noche en una carretera. Eso es todo. Seguir buscando otra explicación no te va a devolver a Diego. Solo va a hacerte daño a ti.

Era una frase perfecta. Contenía exactamente la verdad suficiente para resultar creíble y exactamente la mentira suficiente para resultar útil.

Marcos había dejado el dinero sobre la mesa y se había ido sin terminar el café.

No había vuelto a llamar.

Sara escuchó todo esto en la cocina de Covarrubias, con la segunda taza de café en la mano y el cuaderno abierto sobre la mesa. Eran las once y cuarto de la noche y llevaban tres horas hablando, o más exactamente: llevaban tres horas con Marcos hablando y Sara escuchando y haciendo las preguntas en el orden correcto, que es el orden en que una historia se puede contar sin que quien la cuenta se cierre antes de llegar al final.

Era buena en eso. En saber cuándo empujar y cuándo dejar que el silencio hiciera el trabajo.

—¿Roberto sabe algo? —preguntó.

—Roberto sabe todo lo que mi padre le permite saber, que es suficiente para no hacerse preguntas y no suficiente para tener que mentir con convicción. —Pausa—. Roberto es un hombre que ha aprendido a mirar hacia otro lado con mucha elegancia. Es su mejor talento.

—¿Y tú?

—Yo fui durante treinta y cuatro años el hijo que hacía lo mismo. —Marcos miró la mesa—. Hasta que no pude seguir haciéndolo.

—¿Qué fue lo que cambió?

La pregunta quedó suspendida un momento. Sara la vio aterrizar en él, vio el instante en que decidía si responderla o no.

—La llamada de Diego —dijo—. La última. La que no cogí a tiempo. La que devolví cuando ya era demasiado tarde y me encontré con su buzón de voz. —Pausa—. Me dejó un mensaje. Cuarenta y dos segundos. Lo he escuchado, si tengo que estimarlo, unas dos mil veces en seis años.

Sara no preguntó qué decía el mensaje. No todavía. Había preguntas que necesitaban más tiempo para poder hacerse.

—¿Tu padre sabe que estás buscando?

—Probablemente lo sabe desde hace años. —Una pausa breve, sin peso—. Probablemente sabe que me has llamado tú también.

Sara dejó el bolígrafo sobre el cuaderno.

—¿Por qué me lo dices?

—Porque creo que tienes derecho a saberlo. Y porque si vamos a hacer esto juntos, prefiero que el mapa sea completo desde el principio.

Juntos. La palabra había entrado en la conversación sin que ninguno de los dos la hubiera propuesto formalmente, con esa naturalidad de las cosas que ya estaban decididas antes de que alguien las dijera en voz alta.

Sara lo miró. Él la miró.

—¿Cómo es? —dijo ella—. Tu padre. En persona.

Marcos tardó en responder. No porque no supiera, sino porque estaba eligiendo las palabras con el cuidado de quien describe algo que conoce demasiado bien y por eso mismo le resulta difícil poner en palabras.

—Es el tipo de hombre —dijo al final— que te hace sentir, cuando estás delante de él, que eres menos de lo que creías ser. No porque te insulte ni porque te ataque. Sino porque irradia una certeza tan absoluta sobre cómo funciona el mundo y cuál es tu lugar en él que terminas aceptándola sin darte cuenta. —Pausa—. Lo llaman carisma. Yo lo llamo otra cosa.

—¿Qué lo llamas?

—Gravitación. Como la gravedad. No la ves, no la tocas, pero te dobla hacia él sin que puedas hacer nada.

Sara escribió esa palabra en el cuaderno. Gravitación. Debajo escribió: no es crueldad, es arquitectura.

—¿Va a saber que nos hemos visto esta noche?

—Si no lo sabe ya —dijo Marcos—, lo sabrá mañana.

—¿Y qué va a hacer?

Marcos cogió la taza. Bebió el último sorbo de café que ya no estaba caliente.

—Lo que hace siempre —dijo—. Sonreír. Y resolver el problema de la manera más eficiente posible.

El apartamento de Covarrubias crujió levemente, ese sonido de los edificios viejos que se acomodan en la noche. La ciudad al otro lado de la ventana seguía siendo Madrid, con su ruido constante y su luz que nunca se apaga del todo, indiferente con esa indiferencia amable que tienen las ciudades grandes hacia los dramas pequeños que ocurren dentro de ellas.

Sara cerró el cuaderno.

—Necesito conocerle —dijo.

Marcos la miró.

—¿A mi padre?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para saber cómo piensa. No puedo escribir sobre alguien a quien no he mirado a los ojos.

—Sara. Mi padre no es una fuente. Es el problema.

—Lo sé. —Pausa—. Por eso necesito verle.

Marcos la estudió durante un momento con esa expresión que Sara ya había aprendido a reconocer en él: la evaluación tranquila, sin prisa, de alguien que está pesando algo antes de decidir.

—Hay una gala —dijo al final—. El próximo sábado. La Fundación Villena hace una todos los años en el hotel de Serrano. Mi padre estará. Roberto estará. Estarán todos.

—¿Puedes llevarme?

—¿Como qué?

Sara lo miró con una expresión que no necesitaba más desarrollo.

—Eso va a complicar las cosas —dijo Marcos.

—Las cosas ya están complicadas.

—Más todavía, quiero decir.

—Ya lo sé —dijo Sara—. ¿Puedes llevarme o no?

Marcos tardó exactamente lo que tardó en decidir que no tenía una razón suficientemente buena para decir que no.

—El sábado a las nueve —dijo—. Hay que ir de etiqueta.

—Tengo un vestido negro.

—Todo el mundo tiene un vestido negro.

—El mío es diferente.

Marcos hizo ese gesto que no llegaba a ser sonrisa pero que Sara ya sabía que era lo más cerca que él llegaba.

—Lo creo —dijo.

3.2. La gala de Serrano y sus mentiras de etiqueta

El hotel Villena de Serrano era exactamente lo que su nombre prometía y nada más.

Fachada de piedra caliza color crema, restaurada con el dinero suficiente para que pareciera que nunca había necesitado restauración. Porteros de librea que abrían las puertas con una eficiencia tan ensayada que resultaba casi invisible. Flores blancas en el vestíbulo, lirios y orquídeas, ese tipo de arreglos florales que cuestan lo que cuesta un alquiler en Carabanchel y están diseñados para que nadie piense en el precio. Una alfombra color burdeos que absorbía el sonido de los tacones y devolvía el silencio suave y denso de los sitios donde el dinero lleva suficiente tiempo como para haber perdido el olor.

Sara lo notó todo en los primeros quince segundos. Era un reflejo del oficio: entrar en un espacio y leerlo antes de que el espacio te lea a ti.

Marcos iba a su izquierda con un traje oscuro que le sentaba con esa naturalidad de quien no piensa en la ropa pero la ropa piensa por él. Había pasado a recogerla en un taxi, le había dicho que estaba bien, que el vestido era efectivamente diferente, y no había añadido nada más, lo cual Sara había catalogado como el cumplido más honesto que había recibido en meses.

Entraron juntos por las puertas de cristal y el vestíbulo los recibió con el murmullo específico de doscientas personas que saben exactamente quiénes son y están razonablemente satisfechas con la respuesta.

—¿Cuánta gente conoces aquí? —dijo Sara en voz baja.

—Demasiada —dijo Marcos, igual de bajo—. Y toda me va a preguntar dónde he estado estos seis años.

—¿Qué les dices?

—Les digo que haciendo fotografía. Se quedan satisfechos porque no entienden qué significa exactamente y eso les parece suficiente.

—¿Y a mí cómo me presentas?

—Como alguien que me interesa. —Pausa de un segundo—. Es la verdad.

Sara no respondió. Cogió una copa de cava de la bandeja que pasaba y miró el salón.

La Fundación Villena llevaba veintidós años celebrando esa gala con el pretexto rotativo de financiar alguna causa cultural o educativa que cambiaba cada año con la creatividad justa para no repetirse y la ambigüedad suficiente para no comprometerse demasiado. Este año era becas de arte contemporáneo para jóvenes en riesgo de exclusión, según decía el programa que una azafata con sonrisa de catálogo había puesto en manos de Sara al entrar.

Sara lo leyó en treinta segundos y lo guardó en el bolso. Tenía el mismo diseño que el sobre de la beca del nieto de Esteban Corral que había encontrado en los archivos de la USB: mismo logotipo, misma tipografía, misma paleta de colores institucional. La continuidad de la marca. La coherencia del poder.

El salón principal tenía techos de seis metros y una lámpara central que debía de pesar lo que un coche pequeño. Las mesas estaban dispuestas en semicírculo alrededor de una zona central donde en algún momento habría discursos y entregas de premios y aplausos

medidos. Ahora era el cóctel previo, la fase de circulación, el momento en que la gente se mueve y se saluda y establece o confirma jerarquías con la eficiencia discreta de quien lleva toda la vida haciéndolo.

Sara reconoció tres caras de las hemerotecas en los primeros cinco minutos: un ex secretario de Estado de Cultura, el presidente de una cadena de televisión privada, y la mujer del alcalde de Madrid, que no era el alcalde de Madrid pero tenía una presencia en el salón que hacía innecesario serlo.

—Roberto está a las tres —dijo Marcos en voz muy baja, sin mover la cabeza.

Sara giró el cuerpo con naturalidad, como si estuviera siguiendo una conversación, y lo vio. Roberto Villena tenía cuarenta y cinco años y el mismo físico que su hermano pero distribuido de otra manera: más ancho, más asentado, con la solidez de quien ha decidido que el mundo es un lugar razonablemente cómodo y ha organizado su cuerpo en consecuencia. Hablaba con dos hombres de traje junto a una de las columnas del salón, con esa atención que no es interés sino performance del interés.

—¿Y tu padre?

—Todavía no ha bajado. Mi padre siempre baja cuando ya está todo el mundo. —Pausa—. Para que cuando entre, todos lo vean entrar.

Gravitación, pensó Sara. En acción.

Circularon. Marcos saludó a cuatro o cinco personas con la cordialidad contenida de quien cumple sin entregarse. Sara sonrió en los momentos en que había que sonreír y habló lo justo. Observó. Era lo que había ido a hacer.

Observó cómo funcionaba el protocolo invisible de esa clase de reuniones: quién se acercaba a quién, quién esperaba a ser buscado, quién miraba hacia la puerta cuando hablaba con alguien. Observó los gestos de Roberto al otro lado del salón, esa atención calculada que dedicaba a los dos hombres de traje, la manera en que su mirada se desplazaba cada treinta segundos hacia la escalera del fondo.

Esperando a su padre. Como todos.

Álvaro Villena bajó la escalera a las diez menos cuarto.

No era una escalera espectacular. Era una escalera de hotel de lujo, amplia, con barandilla de forja, perfectamente funcional. Pero cuando Álvaro Villena la bajó, el salón lo notó. No con un silencio ni con un movimiento brusco, sino con ese ajuste sutil que hacen los grupos humanos cuando entra alguien que cambia el centro de gravedad de la habitación.

Sara lo vio antes de que Marcos dijera nada.

Setenta y dos años que no aparentaba. Traje gris oscuro, no negro, lo cual en ese contexto era una declaración: no sigo las normas, las establezco. Paso medido, sin prisa, con la seguridad de quien sabe que el destino puede esperar porque el destino sabe que le conviene esperar. Saludaba con la mano, con una inclinación de cabeza, con una palabra corta y precisa para cada persona que se acercaba, sin detenerse del todo, como un planeta que permite que los satélites se acerquen pero sigue su propia órbita.

Y sonreía.

Era una sonrisa que Sara analizó en tiempo real con la frialdad de quien ha aprendido a descomponer las sonrisas en sus elementos: labios, ojos, duración, contexto. La sonrisa de Álvaro Villena era perfecta en su construcción. Cálida en la superficie, medida en la

profundidad. Los labios se movían con la generosidad justa. Los ojos acompañaban con la calidez justa. Y debajo, si sabías mirar, una tensión muy leve en la mandíbula que la sonrisa cubría pero no eliminaba del todo.

Sonreía con los dientes apretados.

—Nos ha visto —dijo Marcos sin inflexión.

—Lo sé —dijo Sara.

Porque era verdad. En el momento en que Álvaro Villena había llegado al pie de la escalera y había hecho ese barrido visual del salón que los hombres de su tipo hacen instintivamente para leer la habitación, sus ojos habían encontrado a su hijo, habían calculado en medio segundo quién estaba con él, y habían seguido moviéndose sin detenerse. Con la indiferencia aparente de quien no ha visto nada relevante.

Que era exactamente la reacción de alguien para quien todo es relevante.

—Va a venir —dijo Marcos.

—¿Cuándo?

—Cuando haya saludado a todos los que tiene que saludar antes. Que somos los últimos de la lista.

—¿Por qué los últimos?

—Porque somos los más complicados. Y mi padre nunca mezcla lo complicado con lo sencillo.

Sara bebió el cava. Miró el salón. Pensó en el lorazepam. En el informe corregido. En los cuarenta y tres minutos de audio. En

Patricia Moon asustada con una hija y un trabajo nuevo. En J. C. y sus documentos con membrete del Ministerio del Interior.

Pensó en Diego, que había bajado esa misma escalera, en esa misma gala, dos años antes de morir.

Y entonces Álvaro Villena terminó de hacer sus rondas, se giró, y caminó hacia ellos.

—Marcos.

Una sola palabra. Sin exclamación, sin el ascenso de voz que implica la sorpresa. Solo el nombre, dicho con la precisión de quien nombra algo que ya esperaba encontrar.

—Papá.

Se dieron un abrazo breve, de los que miden exactamente la temperatura de una relación: los suficientes segundos para que pareciera afecto, no los suficientes para que lo fuera. Después Álvaro Villena se separó y miró a Sara con una atención plena y repentina que la cogió, a pesar de que se lo esperaba, levemente desprevenida.

No era una mirada agresiva. Era peor que eso. Era una mirada que inventariaba.

—Sara Montiel —dijo él, antes de que Marcos pudiera presentarla.

Pausa de un segundo.

—Conozco tu trabajo —siguió—. El reportaje sobre la empresa farmacéutica fue notable. Tengo entendido que no fue fácil de publicar.

Sara sostuvo la mirada. Sabía que él sabía más de lo que estaba diciendo. Él sabía que ella sabía que él sabía. Era el tipo de conversación que transcurría en dos capas simultáneas y donde lo que se decía en la superficie era casi irrelevante comparado con lo que se negociaba debajo.

—El periodismo de investigación nunca es fácil de publicar —dijo Sara—. Es parte del trabajo.

—Por supuesto. —Sonrisa. Con los dientes apretados—. ¿Está trabajando en algo actualmente?

—Siempre estoy trabajando en algo.

—Naturalmente. —Mirada breve a Marcos, tan breve que podría no haber ocurrido—. Espero que disfruten de la velada.

Y se fue. Hacia la siguiente conversación, hacia el siguiente satélite, con el mismo paso medido con que había bajado la escalera.

Sara esperó hasta que estuvo a suficiente distancia.

—¿Sabe quién soy? —dijo en voz muy baja.

—Sabe exactamente quién eres —dijo Marcos, igual de bajo—. Probablemente desde hace días.

—¿Y?

—Y ha decidido que la mejor respuesta es no darte ninguna. —Pausa —. Es lo que hace siempre. No ataca, no huye. Espera. Deja que el otro mueva primero y estudia el movimiento.

Sara pensó en eso. En la mirada que inventariaba. En el nombre dicho antes de que nadie se lo dijera. En el comentario sobre el reportaje farmacéutico, que era a la vez un cumplido y una

advertencia y un recordatorio de que él sabía cosas sobre ella que ella no sabía que sabía.

—Es bueno —dijo.

—Es el mejor que he conocido —dijo Marcos—. Y lo digo sin ningún orgullo.

El salón seguía girando a su alrededor con su música suave y sus conversaciones medidas y sus doscientas personas que sabían exactamente quiénes eran. Sara miró la escalera por la que había bajado Álvaro Villena y pensó que había venido a ver al hombre y lo había visto.

Y lo que había visto era esto: que el peligro real no tiene cara de peligro. Tiene cara de anfitrión satisfecho en una gala benéfica de un sábado por la noche en un hotel de Serrano.

Eso era, comprendió, lo que lo hacía verdaderamente peligroso.

3.3. Lo que Marcos sabe y no dice

Salieron del hotel antes de los discursos.

Fue una decisión de Marcos, tomada en silencio, con un gesto apenas visible hacia la salida que Sara entendió sin necesidad de que nadie lo explicara. Habían conseguido lo que habían ido a buscar: ver a Álvaro Villena en su territorio, leer el salón, calibrar distancias. Quedarse más tiempo habría sido empezar a perder.

Fuera, la calle Serrano tenía esa quietud de sábado por la noche que solo existe en los barrios donde la gente que puede permitirse el silencio paga por tenerlo. Pocos coches. Algún paseante tardío. Los escaparates de las tiendas cerradas con su luz interior encendida,

mostrando ropa y bolsos a nadie, con esa generosidad inútil y perfecta de las cosas que no necesitan ser vistas para existir.

Caminaron media manzana sin decir nada. Sara tenía el bolso cruzado sobre el vestido negro y los tacones haciendo un sonido limpio y regular sobre la acera, y pensaba en la mirada de Álvaro Villena y en el nombre dicho antes de la presentación y en la palabra notable aplicada a su trabajo con la precisión de un bisturí.

—¿Cuándo fue la última vez que viniste a una de estas galas? —dijo.

—Hace seis años —dijo Marcos—. La última antes del accidente de Diego. —Pausa—. Diego estaba esa noche. Yo lo noté raro. Tenso de una manera que no era la tensión habitual de estas cosas. Intenté hablar con él y me esquivó. Pensé que era cosa mía.

—¿No lo era?

—No.

El semáforo del final de la manzana se puso en rojo y los dos se detuvieron aunque no había coches.

—Hay algo que no te he contado —dijo Marcos.

Sara lo miró. Él miraba el semáforo.

—El mensaje de voz que Diego me dejó la noche del accidente. —Pausa—. Te dije que lo había escuchado unas dos mil veces. Lo que no te dije es lo que dice.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque hay cosas que cuando las dices en voz alta dejan de ser solo tuyas. Y durante seis años eso ha sido lo único que tenía de él que no había tenido que compartir con nadie.

El semáforo se puso verde. No cruzaron.

—Me lo puedes contar cuando quieras —dijo Sara—. O no contármelo. No te lo voy a exigir.

Marcos la miró entonces. Con esa expresión que Sara había aprendido a reconocer en él: la evaluación tranquila, la decisión tomada en el momento mismo en que se toma, sin teatro.

—Diego me decía que lo sentía —dijo—. Que sentía haberme metido en todo aquello. Que no era justo para mí. Que si algo salía mal quería que supiera que lo que había encontrado era real y que estaba documentado y que alguien lo sabía ya además de él. —Pausa larga—. Y que me quería. Así, con esas palabras, que Diego no usaba casi nunca porque era de los que las guardaban para cuando de verdad las necesitaban.

El ruido de un taxi pasando llenó el silencio un momento.

—Cuarenta y dos segundos —dijo Marcos—. Todo eso en cuarenta y dos segundos. Y después silencio, y el pitido del buzón de voz, y yo que lo escuché ocho horas después de que lo grabara porque había tenido el teléfono en silencio toda la noche.

Sara no dijo nada. Sabía cuándo el silencio era la única respuesta posible y cuándo hablar era lo que hacen las personas que no soportan el peso de lo que están escuchando y necesitan llenarlo con algo. Esperó.

—La frase que no entendí entonces —siguió Marcos—, y que he entendido esta semana hablando contigo, es la de que alguien lo sabía ya además de él. Pensé que hablaba de mí. Que me decía que yo lo sabía. Pero yo no sabía nada concreto en ese momento.

—J. C. —dijo Sara.

—J. C. —confirmó Marcos—. Diego lo había contactado antes de morir. Le había pasado información. Y esa persona lo había recibido y lo había guardado durante seis años esperando el momento.

—¿O esperando al periodista correcto.

—O eso.

Cruzaron el semáforo que llevaba un ciclo en verde. La noche de Serrano se abría hacia Velázquez con su geometría de ciudad cara y bien ordenada.

Lo que Marcos sabía y no había dicho era más que eso. Sara lo entendió en los cuarenta minutos siguientes, caminando sin destino fijo por las calles del barrio mientras él hablaba con la cadencia de alguien que lleva mucho tiempo con algo guardado y ahora que ha empezado a soltarlo no sabe muy bien dónde parar.

Sabía que Villena Investimentos había recibido tres transferencias de una entidad bancaria portuguesa entre dos y seis meses antes del accidente de Diego, por un total de cuatro millones de euros, sin origen declarado claro en los registros que él había podido consultar. Lo sabía porque un año después de la muerte de Diego había conseguido acceso temporal a los archivos contables de la empresa a través de un contacto en el despacho jurídico que gestionaba las cuentas, un hombre que había trabajado con el abogado Fermín Salcedo y que había desarrollado, tras la muerte de este, una conciencia tardía sobre algunas de las cosas que había firmado.

Ese contacto había desaparecido del despacho dieciocho meses después, sin aviso, sin dirección nueva. Marcos no había vuelto a saber de él.

Sabía también que la casa de sierra de la familia, a doce kilómetros del lugar del accidente, había sido vendida cuatro meses después de la muerte de Diego a una sociedad que resultaba ser, siguiendo el rastro con suficiente paciencia, una filial de tercer nivel de una empresa del Grupo Villena. Una venta a sí mismo. A precio de mercado, formalmente correcta, pero con la prisa de quien quiere que algo deje de estar donde estaba.

—¿Por qué la casa? —dijo Sara.

—Diego pasó las últimas semanas antes de su muerte en esa casa. Solo. Dijo que necesitaba tiempo para ordenar cosas. —Pausa—. Mi padre vendió la casa antes de que yo pudiera entrar.

—¿Lo intentaste?

—Tres veces. La primera vez me dijeron que la familia había decidido no volver allí por razones emocionales comprensibles. La segunda vez había una empresa de reformas trabajando dentro. La tercera vez ya había un comprador.

Sara calculó mentalmente. Las últimas semanas de Diego en la casa. Los archivos que según el audio habían desaparecido. La venta apresurada. Todo apuntaba al mismo lugar: que lo que Diego había encontrado, o parte de ello, podría haber estado físicamente en esa casa.

—¿Sabes quién compró finalmente?

—Una SL llamada Gesvinsa. Tardé dos años en trazar el hilo hasta el Grupo Villena. Son buenos construyendo laberintos.

—¿Qué hay en la casa ahora?

—No lo sé. No he podido acercarme. —Pausa breve—. Sería una forma de empezar.

Sara lo miró. Él la miró.

—Eso está en la sierra —dijo ella.

—A una hora de Madrid.

—¿Crees que queda algo?

—Creo que si mi padre se tomó la molestia de vender la casa en cuatro meses es porque había algo que no quería que encontraran. —Pausa—. Si lo eliminó todo, no perdemos nada yendo. Si no lo eliminó todo, puede que quede algo.

—¿Cuándo?

—Cuando tú digas.

Sara miró la calle. Un perro cruzó a lo lejos, sin dueño visible, con esa autonomía tranquila de los perros madrileños de madrugada. Pensó en el corcho detrás de su puerta. En los nombres escritos con rotulador. En J. C. y en los cuatro millones de euros y en la casa de sierra vendida con prisa.

Pensó en que llevaba dos semanas dentro de algo que crecía cada vez que tiraba de un hilo, con la lógica imparable de esas cosas que al principio parecen una historia y luego resultan ser algo más grande que una historia.

—El fin de semana que viene —dijo.

—El fin de semana que viene —repitió Marcos.

Siguieron caminando. El barrio de Salamanca los rodeaba con su geometría tranquila y su silencio de dinero, ajeno a todo, indiferente a todo, perfectamente ordenado sobre los secretos que lo habían construido.

Como siempre.

Como todas las ciudades.

Como todas las familias.

3.4. La noche anterior al accidente

La historia de la noche anterior al accidente tenía dos versiones.

La versión oficial, la que constaba en el atestado policial y en los dos artículos que los periódicos habían dedicado al asunto, era esta: Diego Villena había cenado solo en la casa de sierra, había salido en coche pasadas las diez de la noche, y había perdido el control del vehículo en la N-601 a la altura del kilómetro cuarenta y siete. Causa probable: velocidad excesiva en una curva con visibilidad reducida. Noche sin luna. Carretera húmeda. Un accidente como tantos otros.

La versión que Marcos tenía era diferente. Y era diferente porque él había estado allí.

No en el accidente. En la cena.

Sara lo escuchó caminar hasta el fondo del salón del apartamento de Covarrubias, donde había una ventana que daba a un patio interior, y quedarse de espaldas a ella mirando la oscuridad de afuera. Era casi la una de la madrugada. Habían vuelto de Serrano en taxi, habían subido los cinco pisos en silencio, y Marcos había servido dos vasos de agua que ninguno de los dos había bebido.

Había algo en el apartamento esa noche que era distinto a las otras veces que Sara había estado allí. Una quietud diferente. Como si el espacio supiera lo que estaba a punto de contarse dentro de él y hubiera decidido guardarlo con cuidado.

—Fui a la casa esa tarde —dijo Marcos, de espaldas, a la ventana—. Sin avisar. Diego llevaba tres semanas allí solo y yo estaba preocupado. No por lo que me había contado, sino por él. Por cómo sonaba cuando hablábamos por teléfono. Esa tensión que tienen las personas cuando están cargando algo demasiado pesadas para cargarlo solas.

Sara no escribió. Escuchó.

—Llegué a las siete. Diego abrió la puerta y me miró con una cara que no supe leer del todo en ese momento. Ahora creo que era alivio. Que se alegraba de verme aunque no podía decirme por qué. —Pausa—. Cenamos. Él había hecho algo con pasta, de esa manera suya de cocinar que consistía en usar todos los cacharros de la cocina para hacer una sola cosa. Bebimos vino. Hablamos de cosas normales durante un rato, de la familia, de Madrid, de un viaje que ninguno de los dos iba a hacer. Y después Diego dejó la copa, me miró, y me dijo que tenía que contarme algo.

Marcos se giró. Se apoyó en el alféizar de la ventana con los brazos cruzados y miró el suelo.

—Me contó todo. La sociedad de Lisboa. Los cuatro millones. Los contratos del hotel de Málaga. Los pagos que no cuadraban. Me dijo que llevaba meses documentándolo, que tenía copias en tres sitios distintos, que había contactado con alguien en el Ministerio que podía proteger la información si algo le pasaba a él. —Pausa—. Me dijo que creía que nuestro padre lo sabía. Que sabía que Diego sabía.

—¿Cómo reaccionaste?

Marcos tardó. No porque no recordara, sino porque recordarlo con precisión costaba.

—Mal —dijo—. Reaccioné mal. Le dije que exageraba. Que nuestro padre era muchas cosas pero no lo que él estaba insinuando. Que había una explicación para los movimientos contables, que siempre había una explicación, que él estaba solo demasiado tiempo y eso le estaba nublando el juicio. —Voz plana, sin inflexión, la voz de alguien que ha repetido esas palabras tanto tiempo hacia adentro que ya no les queda rugosidad—. Le dije que me dejara en paz con eso.

El apartamento crujió. Ese sonido de edificio viejo que Sara ya conocía y que esa noche sonó de otra manera.

—¿Qué dijo él?

—Que lo entendía. Que no me culpaba. Que ojalá él pudiera hacer lo mismo que yo, mirar hacia otro lado y quedarse tranquilo, pero que ya no podía. Que había cruzado un punto en el que seguir adelante era lo único que le quedaba.

Marcos descruzó los brazos. Los metió en los bolsillos.

—Me fui a las once. Discutimos en la puerta, una discusión de las cortas y las malas, de esas que no se resuelven porque ninguno de los dos quiere ceder y los dos saben que ceder significaría aceptar que el otro tiene razón. Él me dijo que era un cobarde. Yo le dije que era un iluso. Nos dimos un abrazo tenso y yo me subí al coche y me fui.

Pausa.

—Tres horas después estaba muerto en la N-601.

Sara se levantó del sofá. No hacia él, solo hacia el centro del salón, porque necesitaba moverse para procesar.

Pensó en la secuencia: Diego cenando solo tres semanas en la casa de sierra mientras documentaba algo que podía destruir a su familia. Marcos llegando sin avisar. La conversación. La discusión en la puerta. Y tres horas después, el accidente.

Tres horas.

—¿Alguien sabía que ibas a ir esa tarde? —dijo.

Marcos la miró.

—No lo había planeado. Decidí ir de camino, en el coche, de manera impulsiva.

—¿Y alguien sabía que Diego estaba en la casa?

—Mi padre sabía que Diego estaba en la casa. Toda la familia sabía que Diego estaba en la casa. Era la casa de la familia, no había ningún secreto en que Diego estuviera allí.

—¿Pero alguien sabía que esa noche en concreto ibas tú también?

Marcos se quedó quieto.

Era una pregunta que en seis años, por alguna razón, no se había hecho con esa precisión. O que se había hecho y había apartado porque la respuesta abría una puerta demasiado oscura.

—No —dijo despacio—. Nadie sabía que iba a ir yo esa tarde.

—Lo cual significa —dijo Sara, con la suavidad de quien sabe que lo que está diciendo va a doler pero necesita decirse— que quien tomó la decisión esa noche la tomó sin saber que tú estabas allí. Sin saber que Diego le había contado a alguien más lo que sabía.

Marcos procesó eso. Sara lo vio procesarlo: la mandíbula, los hombros, ese ajuste mínimo de alguien que recibe información que cambia el mapa de algo que lleva años mirando desde el mismo ángulo.

—Si hubieran sabido que yo estaba allí —dijo Marcos lentamente—, habrían esperado. O habrían cambiado el plan. O me habrían incluido en él.

—O habrían cancelado esa noche.

—Sí.

El silencio que siguió fue diferente a todos los silencios anteriores de esa noche. Tenía una calidad específica, la de las cosas que no se pueden deshacer una vez dichas, que existían ahora en el espacio entre los dos con toda su peso irreversible.

—Lo cual significa —dijo Marcos— que mi presencia allí no cambió nada. Que ya estaba decidido antes de que yo llegara.

—Sí.

—Y que me fui tres horas antes de que ocurriera sin saberlo.

—Sí.

—Y que si me hubiera quedado.

—No lo sabes —dijo Sara, con firmeza pero sin dureza—. No puedes saberlo. Y esa es exactamente la clase de pregunta que no tiene respuesta útil.

Marcos la miró durante un momento. Después asintió, una sola vez, con esa parsimonia suya que era siempre la misma tanto para las cosas pequeñas como para las grandes.

Se quedaron en el salón hasta las dos de la madrugada sin que ninguno de los dos propusiera irse ni quedarse, que era otra forma de decidir quedarse.

Marcos habló del Diego que él conocía: no el de las fotos de hemeroteca ni el del traje oscuro de la gala, sino el real, el que cocinaba con todos los cacharros y guardaba las palabras importantes para cuando de verdad hacían falta y había decidido, en algún momento que Marcos no había visto venir, que había cosas que no podía dejar pasar aunque le costaran todo.

Sara escuchó. Tomó notas mentales de las que no escribió nada porque había momentos en que el cuaderno era un muro entre la persona y lo que la persona necesitaba decir.

A las dos menos cuarto, cuando el café hacía horas que se había acabado y el ruido de la ciudad al otro lado de la ventana había bajado hasta ese mínimo de madrugada que es el único silencio real que Madrid permite, Sara recogió el bolso.

—Mañana empiezo a buscar a J. C. —dijo—. Con el nombre de Diego, con las fechas, con lo que sé del Ministerio. Tiene que haber un rastro.

—¿Y la casa de sierra?

—El fin de semana que viene. Como dijimos.

Marcos la acompañó a la puerta. En el umbral, con las escaleras detrás de Sara y el apartamento detrás de Marcos, hubo un momento de esos que no se planean y no se evitan, en que los dos estaban más cerca de lo necesario para una despedida y ninguno de los dos se había movido para cambiarlo.

—Gracias —dijo Marcos.

—¿Por qué?

—Por escuchar. —Pausa—. Sin el cuaderno.

Sara lo miró. Había algo en cómo lo dijo que era diferente a los otros gracias de las personas que agradecen por cortesía. Era el gracias de alguien que llevaba seis años sin poder contarle esto a nadie y que esa noche había podido.

—Diego tenía razón en algo —dijo Sara.

—¿En qué?

—En que había cruzado un punto en que seguir adelante era lo único que le quedaba. —Pausa—. Tú también lo has cruzado. Los dos lo hemos cruzado.

Marcos tardó un momento.

—¿Eso te parece bien o mal?

Sara pensó en el corcho detrás de la puerta. En los nombres. En las líneas de hilo. En la mirada de Álvaro Villena inventariándola en el salón del hotel con la sonrisa de los dientes apretados.

Pensó en que llevaba diez años buscando la historia que de verdad importara y que esta era la historia que de verdad importaba y que eso tenía un coste que todavía no había terminado de calcularse.

—Me parece inevitable —dijo.

Bajó las escaleras. En la calle, el frío de febrero le dio en la cara con esa honestidad sin pretensiones que tiene el frío cuando ya es tarde y no hay nadie mirando.

Caminó hacia el metro con el sonido de sus tacones en el silencio de Chamberí, pensando en Diego Villena cenando solo en una casa de sierra con algo demasiado pesado para cargarlo solo. Pensando en que había intentado pasárselo a su hermano y su hermano no había podido recibirlo. Pensando en que seis años después el peso había llegado hasta ella por un camino que todavía no entendía del todo.

Pero llegaría. Los caminos siempre se entienden. Solo hay que seguir andando.

CAPÍTULO 4 EL PUNTO DE NO RETORNO

4.1. Alguien ha estado en el apartamento de Sara

Lo supo antes de abrir la puerta.

No era algo visible ni audible. Era una perturbación en el orden de las cosas, esa sensación que tienen los espacios cuando han sido habitados por alguien que no debería haber estado en ellos. Sara llevaba cuatro años en ese apartamento de Lavapiés y conocía sus olores, sus sonidos, su temperatura específica a cada hora del día con la intimidad involuntaria de quien vive solo y aprende a leer su espacio como una extensión de sí mismo.

Algo estaba distinto.

Metió la llave con cuidado. Empujó la puerta despacio. Encendió la luz del pasillo.

A primera vista, todo estaba en su sitio. El perchero, los zapatos alineados debajo, la pequeña estantería con los libros en el orden en que los había dejado. La cocina al fondo visible desde el pasillo, con la misma taza del desayuno en el escurridor y la misma mancha de cal en el grifo que el casero tampoco iba a arreglar nunca.

Entró. Fue directa al dormitorio.

El corcho seguía ahí. Las chinchetas, las fotos de Diego, las líneas de hilo, los nombres escritos con rotulador. Todo aparentemente igual.

Aparentemente.

Sara se acercó. Estudió el corcho durante treinta segundos con la atención de quien busca una diferencia que sabe que existe aunque no sepa dónde. Y la encontró: la fotografía de Diego en la gala, la del traje oscuro y la sonrisa forzada, estaba sujeta con tres chinchetas. Cuando la había puesto ella, la había sujeto con dos. Una arriba al centro, otra abajo a la izquierda. Era su manera de colgar las cosas en ese corcho, asimétrica y siempre con el mínimo imprescindible, porque el corcho estaba casi lleno y las chinchetas se repartían con criterio.

Alguien había añadido una tercera chincheta arriba a la derecha.

Podría haber sido ella. Podría haber sido un descuido. Podría ser que su memoria estuviera fallando.

Pero Sara Montiel no fallaba en ese tipo de cosas. Era una de las pocas personas que conocía que sabía con exactitud en qué posición había dejado los objetos la última vez que los había tocado, no por obsesión sino por el mismo instinto profesional que la hacía notar la cara de alguien recibiendo una mala noticia al otro lado del bar.

Alguien había estado en su apartamento.

Y había querido que ella lo supiera.

Llamó a Marcos desde la calle, porque no quería hacer la llamada dentro del apartamento y tampoco quería quedarse sola en él hasta no saber más.

Eran las once de la noche de un martes. Hacía tres días que habían vuelto de la gala de Serrano. Marcos descolgó al segundo tono.

—Han estado en mi apartamento —dijo Sara.

Silencio breve.

—¿Estás dentro?

—En la calle. Salí cuando lo vi.

—¿Estás segura?

—Una chincheta de más en el corcho. —Pausa—. Lo sé.

—¿Han tocado algo más?

—No lo sé todavía. No quería quedarme a comprobarlo sola.

—Dame quince minutos.

Sara caminó hasta el bar de la esquina que cerraba tarde y que conocía desde que se había mudado al barrio, uno de esos bares de Lavapiés con la barra de cinc y el televisor siempre encendido en mute y el dueño que sabía el nombre de los clientes habituales y la cantidad justa de lo que necesitaban saber de él. Pidió un café aunque no lo necesitaba y se sentó de cara a la puerta.

Pensó en la chincheta de más.

Era un mensaje. No un fallo, no un descuido. Quien había entrado en su apartamento era suficientemente profesional para no dejar rastro real si no quería dejarlo, y sin embargo había dejado ese: pequeño, ambiguo, de los que solo detecta quien sabe que tiene que buscar. El tipo de señal que dice estuvimos aquí sin decir nada más. Sin amenazar directamente. Sin tomar nada. Solo marcar el territorio

con la sutileza de quien sabe que la sutileza es más efectiva que el golpe.

Era el lenguaje de alguien que quería que ella supiera que la estaban mirando. Que habían entrado en su espacio más privado. Que podían volver cuando quisieran.

Era, en resumen, el lenguaje de alguien que la tenía miedo suficiente para querer asustarla pero no suficiente para ir más lejos. Todavía.

Eso era la única parte que no era del todo mala.

Marcos llegó en doce minutos, no en quince. Con el abrigo puesto sobre lo que parecía ser la ropa de estar en casa, lo cual le dijo a Sara que había salido sin pararse a cambiarse y eso le dijo algo más que no se permitió desarrollar en ese momento.

Entraron juntos al apartamento. Marcos fue sistemático y en silencio: revisó las ventanas, el cierre de la puerta trasera que daba a un pequeño balcón, los cajones de la cocina, el armario del pasillo. Sara fue detrás comprobando lo que él no conocía: si habían movido el cajón donde guardaba las copias físicas de sus notas, si la carpeta con los documentos impresos de la USB seguía en el sitio donde la había escondido dentro de la funda de invierno de un abrigo que no usaba desde hacía meses.

La carpeta seguía allí. Los cajones estaban en orden. Las ventanas cerradas.

Solo la chincheta.

—Profesional —dijo Marcos cuando terminaron de revisar.

—Sí.

—¿La gente de tu padre trabaja así? —dijo Sara.

—La gente de mi padre trabaja exactamente así. —Pausa—. Mensaje sin firma. Presión sin evidencia. Te deja con la duda de si realmente ocurrió o si tu cabeza te está jugando una mala pasada.

—No me está jugando ninguna.

—Lo sé.

Se sentaron en el sofá de la sala. La primera vez que Marcos se sentaba en ese sofá, pensó Sara de manera involuntaria, y luego pensó que ese era exactamente el tipo de pensamiento que no necesitaba tener ahora mismo.

—Esto acelera las cosas —dijo ella.

—Sí.

—La casa de sierra no puede esperar al fin de semana que viene.

—No.

—Este fin de semana.

Marcos asintió.

—Necesito también encontrar a J. C. antes de que esto escale más. —Sara miró el corcho desde el sofá, las fotos de Diego, las líneas de hilo—. Si tienen los documentos físicos originales que Diego guardó en esa casa, la historia se puede publicar. Sin eso es nuestra palabra contra la de una familia con cuatro abogados por cada miembro.

—¿Cuánto tiempo necesitas para prepararlo?

—Para ir a la sierra, ninguno. Para publicar, semanas. Meses si los documentos no son suficientes. —Pausa—. Pero si no empezamos a movernos ahora, el espacio que tenemos se va a cerrar.

Marcos la miró.

—¿Tienes miedo?

Era una pregunta directa. Sara lo pensó con la misma honestidad.

—Sí —dijo—. La cantidad justa. La que te hace tener cuidado sin paralizarte.

—¿Y si te pidiera que lo dejaras?

—¿Me lo estás pidiendo?

—No. —Pausa—. Solo quería saber qué dirías.

—Diría que no. —Sara sostuvo su mirada—. Y tú ya lo sabías.

—Sí —dijo Marcos—. Lo sabía.

El apartamento de Lavapiés los rodeó con su silencio de medianoche, con el corcho detrás de la puerta y la chincheta de más y los nombres escritos con rotulador que eran ya demasiados para seguir siendo solo una historia.

Marcos se quedó esa noche.

No en el sentido en que podría malinterpretarse, o no solo en ese sentido, porque la noche era larga y el apartamento era pequeño y había una conversación que todavía no había terminado y los dos lo sabían. Se quedó en el sofá con una manta que Sara le dejó sin hacer ningún comentario sobre ello, y Sara fue al dormitorio y cerró la puerta y se quedó mirando el techo con ese tipo de insomnio que

no es preocupación sino exceso de información procesándose a una velocidad que el sueño no puede interrumpir.

Pensó en la chincheta.

Pensó en la casa de sierra.

Pensó en Diego Villena cenando solo con algo demasiado pesado y en su hermano que se había ido tres horas antes de que todo acabara y que estaba ahora en su sofá al otro lado de la puerta cargando ese peso desde hace seis años.

A las tres de la madrugada oyó que Marcos tampoco dormía. Lo supo por el silencio, que era el silencio específico de alguien que está despierto y quieto, no el silencio del sueño. Lo supo y no dijo nada y él tampoco dijo nada y los dos siguieron en ese silencio compartido que era su manera, por ahora, de decir lo que todavía no era el momento de decir de otra forma.

La ciudad siguió siendo Madrid fuera.

Y dentro, el apartamento guardó lo que le habían puesto a guardar.

4.2. El pueblo de la sierra y el hombre que recuerda

El pueblo se llamaba Valdecebro y tenía trescientos habitantes en invierno, el doble en verano, y una plaza mayor con una fuente que no funcionaba desde 2019 y un bar que funcionaba desde siempre.

Sara lo había buscado en el mapa la noche anterior con el portátil encima de las rodillas: a setenta y tres kilómetros de Madrid por la A-6, desvío en Collado Villalba, carretera comarcal durante veinte minutos entre pinos y granito y ese paisaje de sierra de Guadarrama

que tiene la cualidad de parecer siempre el mismo y nunca serlo del todo dependiendo de la luz. La casa de los Villena estaba a dos kilómetros del pueblo, según los registros de la propiedad que Rubén había conseguido localizar antes de que cambiara de titularidad. Ahora pertenecía a Gesvinsa S.L. y figuraba como inmueble de uso vacacional no activo.

Salieron de Madrid el sábado a las nueve de la mañana en el coche de Marcos, un Volvo gris con ciento cuarenta mil kilómetros que decía algo sobre él que Sara no se paró a analizar pero archivó. La A-6 estaba razonablemente libre a esa hora y el sol de febrero llegaba bajo y lateral por el parabrisas, de ese amarillo pálido que tiene en invierno, más luz que calor.

Llevaban un termo de café, los documentos impresos de la USB en la mochila de Sara, y una coartada que no habían necesitado fabricar porque era verdad: Marcos conocía el pueblo, había estado allí de niño, era perfectamente lógico que quisiera volver.

Lo que no era perfectamente lógico, pero resultaba difícil de demostrar, era lo que iban a buscar.

—¿Sabes cómo se llama Esteban Corral en el pueblo? —dijo Sara a la altura de Villalba.

—Todo el mundo en esos pueblos se llama de alguna manera que no es su nombre —dijo Marcos—. Pero si es guardia civil retirado y lleva toda la vida allí, alguien lo conocerá sin necesidad de preguntar directamente.

—¿Y la casa?

—Está en un camino que sale de la carretera comarcal, a unos dos kilómetros del desvío del pueblo. —Pausa—. La conozco de memoria. Pasé muchos veranos allí de niño.

Lo dijo sin nostalgia visible, con la neutralidad de quien ha trabajado mucho tiempo para que los recuerdos de un lugar no le impidan ver el lugar como es ahora.

—¿Cómo era Diego allí? —dijo Sara.

Marcos tardó un momento.

—Más libre —dijo—. En Madrid era el hijo de Álvaro Villena en todos los sitios a los que iba. En la sierra era solo Diego. Pescaba en el río, se levantaba tarde, cocinaba cosas imposibles con lo que encontraba en la despensa. —Pausa—. Era el único sitio donde nuestro padre no llegaba del todo.

—Hasta que llegó.

—Hasta que llegó —repitió Marcos.

Los pinos aparecieron a los lados de la carretera con esa densidad que tiene el bosque de Guadarrama cuando te acercas a él desde la llanura, primero aislados y después juntos, cada vez más juntos, hasta que la carretera queda encerrada entre ellos y el cielo se reduce a una franja sobre el asfalto.

Sara miró el paisaje y pensó en Diego conduciendo por esa misma carretera la noche del accidente con lorazepam en sangre y sin marcas de frenada.

Pensó en lo corta que es la distancia entre estar vivo y no estarlo cuando alguien ha tomado ya la decisión por ti.

Valdecebro tenía una plaza, una iglesia, el bar de siempre, una pequeña cooperativa de madera cerrada en invierno, y cuatro calles que salían de la plaza como los brazos irregulares de una estrella mal diseñada. A las diez y media de la mañana del sábado había tres coches aparcados, dos perros y un hombre mayor barriendo la acera

delante de su casa con la lentitud metódica de quien no tiene prisa porque el tiempo en los pueblos pequeños es una materia distinta a la de las ciudades.

Entraron al bar.

Se llamaba Bar Pepe aunque Pepe había muerto en 2003 y ahora lo llevaba su hija Marisol, una mujer de cincuenta y tantos con el pelo recogido y la eficiencia de quien ha atendido una barra toda su vida y ha desarrollado un sistema infalible para saber en diez segundos qué quiere cada persona que entra.

—Dos cafés —dijo Marcos antes de que preguntara.

Marisol los miró. Miró a Marcos un segundo más de lo que miró a Sara.

—¿No eres el hijo de los Villena? —dijo. No era una pregunta con misterio, era el reconocimiento directo y sin rodeos de los pueblos pequeños donde las caras no se olvidan aunque pasen años.

—El pequeño —dijo Marcos—. Marcos.

—El de las fotos. —Asintió, como confirmándose algo a sí misma—. Vi una exposición tuya en internet, creo. Tu madre era muy buena persona. —Lo dijo con esa sencillez de los que han aprendido que los muertos merecen ese mínimo y no hace falta elaborar más.

—Gracias —dijo Marcos.

Marisol puso los cafés. Miró a Sara con curiosidad amable.

—Estamos dando una vuelta por la zona —dijo Sara—. Marcos quería ver el pueblo.

—La casa la vendieron, ¿no? —dijo Marisol, sin malicia, con la información directa de quien sabe lo que pasa en su territorio—. Hace unos años. Estuvo mucho tiempo cerrada después de lo de Diego. —Pausa de un segundo—. Fue una pena lo de Diego.

—Sí —dijo Marcos.

—Buen chico. Venía a veces en temporada baja, solo, decía que a descansar. Siempre tomaba el café aquí.

—¿Le conocía bien? —dijo Sara, con el tono de la conversación, sin convertirlo en pregunta.

—Lo suficiente para saber que las últimas semanas estaba raro. —Marisol limpió la barra con un trapo—. Nervioso. Venía aquí dos o tres veces al día, como si necesitara salir de la casa pero no supiera adónde ir. Hablaba poco. Eso no era normal en él.

Sara bebió el café.

—¿Habló con alguien del pueblo esas semanas?

—Con Esteban, creo. —Lo dijo con naturalidad, como si fuera la respuesta obvia—. Esteban Corral. Se conocían de siempre, desde que los Villena empezaron a venir al pueblo. Esteban vivió enfrente de la casa durante años. —Marisol miró hacia la ventana—. Ahora vive en la calle del Roble, la segunda a la izquierda saliendo de la plaza. La casa con la puerta verde.

Esteban Corral tenía setenta y cuatro años, las manos de alguien que ha hecho trabajo físico toda su vida, y una manera de mirar que era la de los hombres que han visto suficiente para no asustarse de lo que llega pero sí para calibrarlo antes de recibirlo.

Abrió la puerta antes de que llamaran. Los había visto llegar por la ventana.

Miró a Marcos. Miró a Sara. Miró a Marcos otra vez.

—Sabía que vendrías algún día —dijo. A Marcos, no a Sara.

—¿Nos deja pasar? —dijo Marcos.

Esteban se hizo a un lado.

La casa olía a leña y a guiso y a ese tiempo detenido que tienen las casas de los mayores que viven solos y han dejado de reorganizar las cosas porque ya saben dónde está todo. Se sentaron en la sala, alrededor de una mesa camilla con un tapete de ganchillo, y Esteban fue a la cocina y volvió con tres vasos de agua que nadie le había pedido pero que todos agradecieron.

—La declaración —dijo Marcos, sin preámbulo, porque los dos sabían para qué habían venido.

Esteban Corral miró el vaso de agua.

—Me llamaron tres semanas después del accidente —dijo—. Un hombre. Voz educada. Me dijo que habían revisado el caso y que mi declaración original presentaba algunas inconsistencias que convenía corregir. Me dijo lo que tenía que decir. Me dijo que la beca de mi nieto estaba pendiente de resolución y que la Fundación Villena valoraba mucho el civismo y la colaboración de las comunidades locales.

—¿Le conocía? ¿A la voz?

—No. Nunca lo vi en persona. Solo la llamada.

—¿Y firmó la nueva declaración.

—Firmé. —Pausa larga—. Mi nieto estudia ingeniería. Está en tercero. Es buen chico. —Lo dijo sin pedir perdón y sin quitarse

responsabilidad, con la honestidad seca de quien ha convivido con una decisión el tiempo suficiente para no tener ya ilusiones sobre ella.

Sara habló por primera vez desde que habían entrado.

—¿Qué vio realmente esa noche?

Esteban la miró. Evaluó. Decidió.

—Vi pasar el coche de Diego a las once menos cuarto. Conducía bien. Normal. A velocidad moderada, como siempre conducía él por esa carretera. —Pausa—. Lo que no les dije, ni en la primera declaración ni en la segunda, porque nadie me lo preguntó, es que diez minutos después vi pasar otro coche. En la misma dirección.

El silencio de la sala camilla tuvo de repente otro peso.

—¿Lo describió? —dijo Sara.

—Oscuro. Grande. No vi la matrícula. Llevaba las luces largas y me deslumbró cuando pasé por la ventana. —Esteban giró el vaso de agua entre las manos—. Volví a la cama. Media hora después oí las sirenas.

—¿Por qué no lo dijo nunca?

—Porque nadie me preguntó si había visto más coches. Me preguntaron si había visto el coche de Diego y cómo conducía. Eso es lo que me preguntaron. —Pausa—. Y porque cuando me llamaron tres semanas después a cambiar la declaración, entendí que no era el tipo de cosa que convenía añadir.

Marcos tenía las manos planas sobre la mesa. Sara lo miró de reojo: la mandíbula, los hombros, esa tensión mínima que en él era el equivalente a lo que en otra persona sería levantarse de la silla.

—¿Estaría dispuesto a repetirlo? —dijo Sara—. Lo del segundo coche. En una declaración formal.

Esteban Corral la miró durante un tiempo que se midió en algo más que segundos.

—Mi nieto está en tercero —repitió.

—Lo sé.

—Le quedan dos años.

—Lo sé.

Pausa.

—Si lo que me dice que va a publicar sale —dijo Esteban—, ¿de qué le sirve a esa gente venir a por un viejo de setenta y cuatro años?

—De poco —dijo Sara—. Una vez publicado, la presión va en la otra dirección.

Esteban miró a Marcos.

—Tu hermano era buen chico —dijo—. Venía a hablar conmigo a veces. Me contó algo de lo que estaba haciendo. No todo, pero algo. —Pausa—. Me dijo que si alguna vez venía alguien preguntando que dijera la verdad. Que la verdad era lo único que no se podía comprar dos veces.

Marcos no dijo nada. Asintió.

—Déjeme pensarlo —dijo Esteban—. Vuelvan mañana por la mañana.

Salieron a la calle. El sol de sierra de febrero les dio en la cara, más caliente que en Madrid, con esa diferencia de altitud que limpia el aire y lo hace más nítido.

Marcos caminó hasta el coche y se apoyó en él con los brazos cruzados mirando la plaza.

Sara se puso a su lado.

No dijeron nada durante un momento. No hacía falta.

El pueblo seguía siendo Valdecebro alrededor de ellos: los perros, los tres coches aparcados, la fuente que no funcionaba, la iglesia con su torre de granito gris contra el cielo azul frío de la mañana.

Y en algún sitio a dos kilómetros de allí, una casa vendida con prisa que todavía podía guardar lo que Diego Villena había dejado antes de que le diera tiempo a sacar de ella.

—La casa esta tarde —dijo Marcos.

—La casa esta tarde —dijo Sara.

4.3. Los archivos borrados y el reloj que aprieta

La casa de los Villena estaba al final de un camino de tierra que salía de la comarcal sin señal ni indicación, como si hubiera decidido hace tiempo que no quería que la encontraran los que no supieran ya dónde estaba.

Marcos lo encontró de memoria, con esa navegación del cuerpo que tienen los lugares de la infancia, que no se olvidan aunque el cerebro lo intente. Giró en un punto que desde fuera parecía solo

una apertura entre los pinos y el Volvo entró por el camino con la gravilla crujiendo bajo las ruedas y los árboles cerrándose a los lados.

La casa apareció después de una curva.

Era grande, de piedra y madera, con tejado a dos aguas y contraventanas pintadas de verde oscuro que ahora estaban cerradas. Una terraza en la fachada sur, una leñera lateral vacía, un jardín que había sido jardín y ahora era maleza ordenada por el invierno. No había señales de ocupación reciente: ni coche, ni luz, ni ninguno de esos indicios de vida que los espacios habitados desprenden incluso cuando están en silencio.

Marcos aparcó y se quedó mirando la fachada desde el coche sin apagar el motor durante unos segundos.

—¿Cuánto tiempo sin volver? —dijo Sara.

—Seis años y tres meses.

Apagó el motor.

Entraron por la puerta trasera.

No porque estuviera abierta sino porque Marcos sabía que la cerradura de la puerta trasera llevaba descalibrada desde 2015 y que con la llave antigua que todavía guardaba en el llavero, sin saber exactamente por qué la había guardado todos estos años, podía forzarla con la presión correcta en el ángulo correcto.

La llave entró. El ángulo funcionó. La puerta cedió.

El interior olía a cerrado, a tiempo detenido, a esa mezcla de madera y humedad y ausencia que tienen los lugares que han estado mucho tiempo sin respirar. Sara encendió la linterna del móvil. Marcos

conocía la distribución de memoria: cocina, sala, comedor, escalera al fondo, tres habitaciones arriba.

Fueron directos arriba.

La habitación que había usado Diego las últimas semanas era la del fondo, la que daba al bosque, la que él siempre había elegido porque desde la ventana podían verse los picos de la sierra cuando el cielo estaba despejado. La cama estaba sin hacer, con el colchón desnudo y la almohada sin funda, el estado de las cosas cuando alguien se va de un sitio sin saber que no va a volver. O sabiendo que no va a volver y no teniendo ya tiempo para el orden.

Sara buscó con la linterna.

El armario estaba vacío. La mesilla tenía un cajón con una pila gastada, dos bolígrafos sin tinta y un recibo de gasolinera del año del accidente. La estantería junto a la ventana tenía cuatro libros que alguien había dejado y que nadie había movido: dos de economía, uno de historia medieval que parecía fuera de lugar, y uno de esos de autoayuda que la gente compra en los aeropuertos y nunca termina.

Nada.

Sara golpeó suavemente el suelo con el pie, buscando el sonido de la madera hueca. Nada. Revisó el armario empotrado por dentro, las paredes, los zócalos.

—¿Tenía algún sitio? —dijo—. ¿Algún lugar donde guardara cosas cuando erais pequeños.

Marcos estaba de pie en el centro de la habitación mirando el espacio con una expresión que Sara no supo leer del todo. No era tristeza exactamente. Era algo más parecido a la concentración de

quien intenta recuperar una frecuencia que hace tiempo que no sintoniza.

—Había una trampa en el suelo —dijo—. En el cuarto de baño de abajo. Debajo de la tarima, junto a la bañera. La encontramos de niños. Diego siempre guardaba ahí sus cosas importantes. Cromos, cartas, ese tipo de cosas.

—¿Lo sabía tu padre?

—No creo. Era nuestro secreto.

Bajaron.

La tarima del cuarto de baño era de pino antiguo, oscurecida por los años, con esa solidez de los suelos de las casas de sierra que se construyeron para durar. Sara y Marcos se arrodillaron junto a la bañera y Marcos pasó los dedos por las juntas entre las tablas con la memoria táctil de quien busca algo que tocó de niño.

La encontró en la tercera tabla desde la pared.

Una tabla ligeramente más corta que las demás, sin clavos en un extremo, que cedía cuando se presionaba en el punto exacto con dos dedos y se levantaba dejando un hueco de unos veinte centímetros de ancho por diez de profundidad entre la tarima y el suelo de hormigón.

Dentro había una bolsa de plástico con cierre hermético. Sellada.

Sara la sacó con cuidado. La dejó en el suelo del baño. Los dos la miraron un momento sin abrirla, con ese instante previo que tienen los objetos que pueden cambiar lo que viene después y que merecen un segundo de reconocimiento antes de que los abras y ya no puedas volver a no saber lo que contienen.

Marcos abrió la bolsa.

Dentro había un sobre de papel manila sellado con celo y encima del sobre, escrita en un post-it amarillo con la letra apretada que Sara ya reconocía de la nota de la USB, una frase:

Para quien llegue hasta aquí. Que sea pronto.

Sara abrió el sobre.

Eran documentos. Quince folios impresos, densos, con tablas y cifras y nombres de sociedades y fechas. Tres fotografías impresas en papel normal, de resolución suficiente para ver lo que mostraban: dos hombres en lo que parecía una sala de reuniones, de espaldas parcialmente a la cámara, con papeles sobre la mesa. En la tercera foto, una firma al pie de un documento cuya parte superior no aparecía en el encuadre. Una firma que Sara no reconoció. Marcos sí.

—Es la firma de mi padre —dijo, con una voz que era la misma voz de siempre pero desde más lejos.

—¿En qué documento?

—No lo sé. No se ve el encabezado.

Sara fotografió todo con el móvil, página por página, con la luz de la linterna y la paciencia de quien sabe que la prisa en este punto es el error que no puede permitirse. Quince folios. Tres fotos. El post-it. El sobre.

Después lo volvió a guardar todo en la bolsa hermética y la bolsa en el hueco de la tarima y la tarima en su sitio.

—¿Por qué lo dejas? —dijo Marcos.

—Porque si alguien viene a comprobarlo quiero que lo encuentre donde estaba. —Pausa—. Y porque los originales están más seguros aquí que en mi apartamento donde ya han estado una vez.

Marcos asintió.

Salieron de la casa por la puerta trasera. Marcos la cerró con el mismo ángulo, con la misma presión, dejándola como la habían encontrado.

El aire de la tarde era frío y limpio y olía a pino y a tierra húmeda. El sol había bajado durante la hora que habían pasado dentro y la luz tenía ya ese color anaranjado y largo del final de la tarde de invierno que convierte los pinos en algo entre hermoso y inquietante.

Se quedaron un momento junto al coche sin decir nada.

Rubén les llamó cuando estaban a mitad del camino de vuelta a Madrid.

Sara puso el manos libres.

—Han accedido al servidor de la redacción —dijo Rubén sin preámbulo, con la voz de quien ha confirmado algo que esperaba y aun así no le sienta bien—. Esta mañana. Entre las siete y las ocho. Alguien con credenciales internas. Accedieron a los correos de los últimos seis meses de cuatro periodistas. Uno de ellos eres tú.

—¿Qué se llevaron?

—Los metadatos de tus búsquedas en la hemeroteca interna. Los destinatarios de tus correos desde hace tres semanas. Y un borrador que tenías guardado en la carpeta de borradores.

Sara procesó eso.

—¿Qué borrador?

—Uno sin título. Solo tenía dos párrafos. Algo sobre una investigación en curso y una fuente en el Ministerio.

Dos párrafos. Los había escrito hacía diez días, a las dos de la mañana, en un momento de organización de ideas que no había llegado a ningún sitio concreto. Los había dejado en borradores porque en borradores tendían a quedarse los pensamientos que todavía no eran artículos.

Suficiente para saber que tenía una fuente en el Ministerio. Suficiente para buscarla.

—¿Puedes saber quién entró con las credenciales internas?

—Ya lo sé. —Pausa—. Un becario que lleva dos meses en la redacción. Se llama Adrián Soler. Esta mañana no vino al trabajo. Su teléfono está apagado desde las diez.

El Volvo siguió por la A-6 hacia Madrid con el tráfico de vuelta del fin de semana densificándose a medida que se acercaban a la ciudad. Sara miraba la autopista y pensaba en la velocidad a la que se habían movido en las últimas veinticuatro horas: la chincheta, Esteban Corral, la casa de sierra, los documentos de Diego, y ahora el servidor de la redacción y un becario desaparecido.

Alguien estaba apretando. Recogiendo información con una urgencia nueva que no tenían antes.

Algo había cambiado en el otro lado.

—¿Qué les dijiste tú a ellos? —dijo Marcos cuando colgó, en voz baja, sin apartar los ojos de la carretera.

—¿Cuándo?

—En la gala. Con mi padre. ¿Qué información le diste?

—Ninguna concreta. Solo que siempre estoy trabajando en algo.

—Pero él sabe que estás mirando a la familia. Lo sabe desde antes de la gala, probablemente desde que entré en el bar de Chamberí contigo la semana anterior. —Pausa—. Algo se aceleró después de la gala. De vernos juntos.

Sara pensó en eso. En la mirada de Álvaro Villena inventariando. En el nombre dicho antes de la presentación. En el comentario sobre el reportaje farmacéutico como advertencia vestida de cumplido.

—Verte conmigo le dijo algo que no sabía antes —dijo Marcos—. Que yo también estoy buscando. Que no soy solo el hijo que se fue hace seis años a hacer fotografías. Soy alguien que está trabajando con una periodista de investigación.

—Lo cual significa que el tiempo que teníamos se ha reducido.

—Sí.

—¿Cuánto?

Marcos miró la carretera.

—Lo que tarde mi padre en decidir que la mejor defensa es el ataque —dijo—. Y mi padre tarda poco en decidir esas cosas.

Madrid apareció en el horizonte con su mancha de luz contra el cielo oscuro de la tarde, esa presencia densa e inevitable de las ciudades grandes que se ven desde lejos antes de que llegues a ellas, como si quisieran avisarte de lo que te espera.

Sara cogió el móvil y escribió un mensaje a una dirección de correo que solo había usado una vez, la del Gmail cifrado que Rubén le

había preparado como sistema limpio, con una cuenta que no tenía nombre real ni historial.

El mensaje decía solo: Necesito hablar. Tengo los documentos de la casa. Sé quién eres. Esta semana.

Lo envió a la dirección de la que había recibido el sobre con la USB.

Tres minutos después llegó la respuesta.

Cuatro letras.

Bien.

Y debajo, una dirección. No de correo. Una dirección de calle. Madrid centro. Y una hora: miércoles, 19:00.

J. C. había respondido.

El reloj que apretaba llevaba un rato apretando. Ahora tenía una fecha.

4.4. Confiar o proteger

El miércoles llovía.

No la lluvia fina de febrero de la primera noche, la del bar de Malasaña y el Aperol sin beber. Esta era otra cosa: agua en serio, compacta, con viento del noroeste que la empujaba en ángulo y convertía los paraguas en objetos decorativos. Madrid con el gesto de los días en que la ciudad decide recordarte que el tiempo no te consulta.

Sara llegó diez minutos antes a la dirección que J. C. le había dado: una calle de Lavapiés, a cuatro manzanas de su propio apartamento, lo cual no podía ser casualidad y había dejado de intentar catalogar

como tal. Un portal gris, sin placa de empresa ni interfono con nombre. Llamó al tercero segunda. Le abrieron sin preguntar quién era.

Subió.

El hombre que abrió la puerta tenía unos cincuenta y cinco años, o eso le pareció en la penumbra del pasillo. Delgado, con gafas de montura fina, el pelo gris cortado sin pretensiones. Llevaba una camisa de cuadros y una expresión que era la suma de muchas cosas: alivio, miedo, cansancio, y algo que Sara tardó un momento en identificar y que era, finalmente, la cara de alguien que lleva seis años esperando un miércoles exactamente como ese.

—Soy Javier Casado —dijo—. Subdirector de Coordinación de Inspección del Ministerio del Interior. O lo era. Me jubilé anticipadamente hace ocho meses.

J. C.

Sara entró.

El apartamento era el de alguien que ha reducido su vida a lo esencial sin que eso le resulte del todo cómodo todavía. Muebles funcionales, pocas cosas personales, una estantería con libros de derecho administrativo y un par de novelas que parecían regalos. En la mesa del comedor había una carpeta cerrada y dos tazas de café recién hecho que Javier Casado había preparado antes de que llegara Sara, lo cual decía que llevaba un rato esperando con más nerviosismo del que mostraba.

Se sentaron.

—Diego me contactó dos meses antes de morir —dijo Javier, directo, sin preámbulo, con la cadencia de alguien que ha ensayado el orden en que va a contar esto—. Me mandó un correo a una cuenta personal que casi nadie conocía. Me decía que tenía documentación sobre movimientos financieros irregulares en el Grupo Villena relacionados con contratos de obra pública en Andalucía y que necesitaba a alguien dentro del Ministerio que pudiera verificar si existían investigaciones paralelas y que pudiera proteger la información si algo le pasaba a él.

—¿Por qué usted?

—Porque diez años antes yo había llevado una inspección a una filial del Grupo Villena que se archivó antes de llegar a ningún sitio. Sin explicación suficiente. Archivada por presión de arriba, entendí después. Diego lo había encontrado en los registros internos del Ministerio. Dedujo que yo sabía lo que había pasado y que podía tener motivos para ayudar.

—¿Tenía razón?

Javier Casado miró la taza de café.

—Tenía razón en que yo sabía lo que había pasado. En que me había dolido. En que llevaba años con eso sin poder hacer nada. —Pausa —. Tenía razón en todo.

Sara abrió el cuaderno.

—¿Qué le pasó a esa inspección?

—Me llamó un director general que ya no está en el cargo y me dijo que el expediente presentaba problemas procedimentales y que lo más conveniente era archivarlo y abrir uno nuevo cuando las condiciones fueran más favorables. Las condiciones nunca fueron más favorables. —Voz plana—. Tres meses después ese director

general fue nombrado consejero independiente en el consejo de administración de una empresa del Grupo Villena. Con una remuneración anual de ciento cuarenta mil euros.

Sara escribió el nombre que Javier le dio. El nombre del director general. La empresa. La fecha del nombramiento.

—¿Y Diego? ¿Qué le entregó?

Javier abrió la carpeta.

Era gruesa. Más de cincuenta folios, algunos con el membrete del Ministerio, otros sin él. Copias de transferencias. Actas de reuniones. Un organigrama dibujado a mano con nombres y flechas y cantidades que conectaban el Grupo Villena con tres contratos de rehabilitación de infraestructuras en Andalucía adjudicados entre 2015 y 2018. Contratos que habían sido adjudicados a empresas que resultaban ser, siguiendo el rastro con paciencia, filiales de segundo y tercer nivel del mismo grupo que en teoría no podía presentarse a esa licitación por incompatibilidad legal.

La estructura era la que Sara ya conocía de su reportaje sobre Portugal, pero más grande. Más ramificada. Con más años de historia y más nombres conocidos dentro.

—¿Cuánto dinero? —dijo Sara.

—En los tres contratos que he podido documentar: algo más de dieciocho millones de euros. —Pausa—. Eso es lo que se puede probar con lo que tengo. Puede haber más.

Dieciocho millones. Sara lo escribió y dejó el bolígrafo sobre el cuaderno.

—¿Por qué esperó seis años?

Javier Casado se quitó las gafas. Las limpió con un gesto que era un tic, no suciedad. Las volvió a poner.

—Porque tenía miedo. —Lo dijo sin adorno—. Tenía un trabajo, una hija en la universidad, una hipoteca. Porque Diego murió y me pareció que todo lo que había prometido proteger se había vuelto demasiado peligroso para tocarlo. Porque esperé a que alguien más tirara del hilo y nadie lo hizo. —Pausa—. Y porque llevo ocho meses jubilado y mi hija terminó la carrera y la hipoteca está pagada y hay un punto en que el miedo pesa menos que la otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—Saber que lo sabes y no hacer nada.

Sara lo miró. Pensó en Esteban Corral y su nieto en tercero de ingeniería. Pensó en Patricia Moon con su hija y su trabajo nuevo. Pensó en todos los que habían calculado el coste y habían decidido que era demasiado alto.

Y pensó en Javier Casado que había calculado el mismo coste durante seis años y había llegado a una conclusión diferente.

—¿Sabe que le han estado buscando? —dijo Sara—. La familia Villena. Han accedido al servidor de mi redacción. Saben que tengo una fuente en el Ministerio.

Javier asintió con la calma de quien ya tenía ese dato integrado.

—Sé que me jubilaron antes de lo previsto con una presión que no fue explícita pero fue real. Sé que mi sucesor archivó tres expedientes relacionados con el Grupo Villena en sus primeros dos meses. —Pausa—. Saben que existo. No saben todavía lo que tengo.

—¿Está seguro?

—No completamente.

Sara miró la carpeta sobre la mesa.

—Necesito tiempo para verificar todo esto. Para cruzarlo con lo que encontré en la casa de la sierra. Para hablar con más fuentes. —Pausa—. No puedo publicar esto en una semana.

—¿Cuánto tiempo necesita?

—Tres semanas. Cuatro si los abogados del periódico son conservadores, que siempre lo son.

—¿Tiene el respaldo del periódico?

Sara tardó un segundo.

—Todavía no se lo he contado.

Javier la miró.

—¿Por qué?

—Porque hay alguien en la redacción que trabaja para la otra parte. Y hasta que no sepa quién más, no puedo saber hasta dónde llega.

El apartamento guardó silencio durante un momento. Fuera, la lluvia seguía golpeando las ventanas con su argumento de miércoles.

—¿Qué necesita de mí ahora? —dijo Javier.

—Los originales de todo lo que tiene. Escaneados en alta resolución. Y un testimonio grabado, en vídeo, en el que cuente lo que me ha contado hoy. —Pausa—. Con su nombre y su cargo y las fechas.

Javier Casado asintió despacio.

—¿Cuándo?

—Esta semana, si puede.

—Puedo el viernes.

—El viernes —dijo Sara.

Se levantó. Cogió el cuaderno y el bolso. En la puerta se giró.

—Una pregunta más —dijo—. ¿Por qué yo? De todos los periodistas que podría haber contactado, ¿por qué me eligió a mí?

Javier Casado la miró con esa expresión de los hombres que llevan mucho tiempo pensando en una respuesta y cuando llega el momento de darla descubren que es más sencilla de lo que habían imaginado.

—Porque Diego me dijo que si alguna vez podía hacer algo, que buscara a alguien que no tuviera nada que perder con la familia Villena y todo que ganar con la verdad. —Pausa—. Y porque su reportaje sobre Portugal demostró que sabe seguir un rastro financiero hasta el final aunque nadie quiera que llegues.

—¿Y lo de conocer a Marcos? —dijo Sara—. ¿Eso también lo planeó usted?

Silencio breve.

—Le di su nombre a una persona. Le dije que si Marcos Villena aparecía en la vida de alguien que estuviera investigando a su

familia, eso significaba que ese alguien era de fiar. —Pausa—. El resto lo hicieron ustedes.

Sara procesó eso en el rellano mientras Javier Casado cerraba la puerta.

El bar de Malasaña. La exposición. Luc\u00EDa con sus dos Aperoles de refuerzo y su vestido rojo. Una noche que había empezado mal y que resultaba haber empezado exactamente como alguien había calculado que empezara.

Bajó las escaleras.

En la calle, la lluvia le dio en la cara con toda su convicción de miércoles. Sacó el móvil y llamó a Marcos.

Descolgó al primer tono.

—¿Cómo ha ido? —dijo.

—Bien —dijo Sara—. Tenemos la historia. —Pausa—. Y hay algo que necesito contarte.

—¿Bueno o malo?

Sara pensó en Javier Casado y en Diego y en el nombre dado a una persona y en el resto que habían hecho ellos sin saberlo.

—Depende de cómo lo mires —dijo.

—¿Cuándo?

—Ahora, si puedes. —Pausa—. Y Marcos.

—¿Qué?

—Trae algo de comer. Va a ser una noche larga.

Al otro lado del teléfono, Marcos hizo ese sonido que no era del todo una risa pero que Sara ya sabía reconocer como la versión de él más cercana a estarlo.

—Siempre lo son —dijo.

Y Sara caminó bajo la lluvia de Madrid con la historia del año en el cuaderno y tres semanas por delante para contarla y la certeza fría y perfectamente clara de que lo que venía a continuación iba a ser lo más difícil y lo más importante que había hecho en diez años de oficio.

El reloj que apretaba seguía apretando.

Pero ahora ella también sabía la hora.

CAPÍTULO 5 LA VUELTA DE TUERCA

5.1. Tres capítulos atrás todo tenía otro sentido

Sara no durmió esa noche.

No por el insomnio de la preocupación, que era un insomnio conocido y manejable, sino por el otro tipo, el que viene cuando el cerebro ha recibido demasiada información en muy poco tiempo y se niega a apagar la luz hasta haberla ordenado toda. Se quedó en la cama mirando el techo del apartamento de Lavapiés con los ojos abiertos y la mente corriendo hacia atrás, hacia el principio, revisando todo lo que había creído entender con la lógica nueva que Javier Casado le había puesto encima de la mesa esa tarde.

La noche del bar de Malasaña no había sido casualidad.

Eso era lo que cambiaba todo. No la investigación, no los documentos, no el testimonio de Javier que seguía siendo lo que era y valía lo que valía. Lo que cambiaba era el mapa de cómo había llegado hasta aquí y quién había dibujado ese mapa y hasta dónde llegaba lo dibujado y dónde empezaba lo que habían construido ella y Marcos sin que nadie les dijera cómo.

Javier había dado el nombre de Marcos a alguien. Una persona que Sara no conocía, que había puesto a Marcos en su camino de una

manera que todavía no terminaba de ver con claridad. La exposición en el bar de Malasaña. Lucía y su vestido rojo y los dos Aperoles de refuerzo. Todo aquello que había parecido la textura casual de un martes por la noche en Madrid resultaba tener una arquitectura que alguien había construido antes de que ella entrara en ella.

La pregunta que no podía dejar de hacerse era esta: ¿cuánto?

¿Cuánto había sido construido y cuánto había ocurrido? ¿La conversación sobre las fotos había sido real o había sido el inicio de un guión que alguien había escrito? ¿La calle a la una de la madrugada? ¿El pasado perfecto con que los dos habían cerrado algo que no estaba cerrado?

¿Marcos lo sabía?

A las tres de la mañana se levantó, fue a la cocina, puso agua a calentar para una infusión que no iba a ayudarla a dormir pero le daba algo que hacer con las manos, y llamó a Marcos.

Descolgó en el segundo tono. Despierto. Como ella.

—¿No duermes? —dijo él.

—No. ¿Tú?

—No.

Silencio breve. De los que tienen temperatura propia.

—Necesito preguntarte algo —dijo Sara—. Y necesito que me respondas con exactamente lo que es verdad, sin calcular lo que

quiero escuchar.

—Adelante.

—¿Sabías que Javier Casado había dado tu nombre? ¿Sabías que la noche del bar de Malasaña no fue casualidad?

La pausa que siguió fue diferente a todas las pausas anteriores de Marcos. No era la pausa de alguien eligiendo palabras. Era la pausa de alguien que acaba de recibir una información que no tenía.

—No —dijo.

—¿Estás seguro?

—Sara. —Una sola palabra, dicha con una calma que en él era siempre la forma de decir que lo que sigue es verdad sin adornos—. No sabía nada de Javier Casado hasta que tú me dijiste su nombre. No sabía que la exposición había sido planeada. Fui a ese bar porque me lo pidió la galerista con la que trabajo desde hace dos años y porque era mi exposición y no podía no ir.

Sara escuchó. No el contenido, que ya escuchaba, sino la textura. La cadencia. Los lugares donde la voz se acelera o se contiene cuando alguien miente. Diez años de entrevistar personas le habían dado esa capacidad con una fiabilidad que no era infalible pero que rara vez fallaba en lo importante.

Marcos no mentía.

—¿Y Lucía? —dijo Sara.

—¿Tu amiga?

—¿La conoces? ¿Alguien la conoce?

Otra pausa. Más corta.

—La galerista se llama Carmen Vidal —dijo Marcos—. Podría conocerla. Madrid es pequeño en determinados círculos.

Sara recordó. Lucía trabajaba para una marca de cosmética sostenible. Antes había trabajado dos años en comunicación para una galería de arte en Chueca. No la galería de Carmen Vidal, pero el mundo de las galerías madrileñas era efectivamente pequeño y todos se conocían en ferias, en inauguraciones, en las mismas cenas de después.

Cogió el móvil y le escribió a Lucía: ¿Conoces a Carmen Vidal? Galería Vidal en Malasaña.

Eran las tres de la madrugada. Lucía respondió en cuatro minutos, lo cual decía algo sobre sus hábitos nocturnos que Sara no tenía tiempo de procesar ahora.

La respuesta decía: Claro, nos conocemos del sector. ¿Por?

Y después, sin esperar respuesta: Espera. ¿Esto tiene que ver con el fotógrafo del otro día? Sara. SARA. Llámame.

Sara no la llamó. Le escribió: Mañana te lo cuento todo. Ahora necesito saber si Carmen Vidal te dijo algo antes de esa noche sobre la exposición o sobre el fotógrafo.

La respuesta tardó más. Dos minutos.

Me dijo que había un fotógrafo interesante y que debería ir. Que era exactamente el tipo de persona que me gustaría conocer. Me lo dijo con esa cara de Carmen que significa que está organizando algo aunque no te diga el qué. Pensé que intentaba ligarme con alguien. ¿Me estaba ligarme contigo?

Sara dejó el móvil.

Entonces lo vio completo.

Javier Casado había dado el nombre de Marcos a alguien que había llegado hasta Carmen Vidal que había llegado hasta Lucía que había llegado hasta Sara. Una cadena de cuatro eslabones, ninguno de los cuales había necesitado saber más de lo que necesitaba saber para hacer su parte. La ingeniería invisible de las cosas que parecen casualidad y no lo son.

Diego había aprendido esa ingeniería de su padre.

Javier la había usado para traerla hasta allí.

Y en algún punto de esa cadena, algo había ocurrido que no estaba en el guión de nadie: que ella y Marcos se habían mirado en una calle de Malasaña a la una de la madrugada y habían decidido cada uno, por separado y por razones que nadie había diseñado, no pedirse el número.

Eso era lo que era de ellos. Lo que nadie había calculado. Lo que había empezado como una pieza de un plan y se había convertido en otra cosa en el momento en que los dos se habían negado a seguir el camino más fácil.

—Marcos —dijo, todavía con el teléfono en la oreja.

—Aquí estoy.

—Lo de Malasaña fue planeado. Pero lo que ocurrió después no. —Pausa—. Eso lo sé.

Silencio de Marcos. Del tipo que tiene peso y temperatura y que Sara ya había aprendido a leer como la versión de él más cercana a decir algo que le importa de verdad.

—Lo sé también —dijo.

Durmió tres horas. Poco y mal pero suficiente para que el cerebro hiciera lo que el cerebro hace cuando duermes aunque sea mal: ordenar, conectar, poner en su sitio las piezas que de despierto no terminan de encajar.

Se levantó a las siete con una claridad nueva que no era exactamente tranquilidad sino algo más parecido a la resolución. La clase de estado mental que viene cuando dejas de intentar controlar lo que no puedes controlar y empiezas a concentrarte en lo que sí.

Lo que sí podía controlar: los documentos de Diego, el testimonio de Javier del viernes, los quince folios fotografiados en la casa de sierra, el nombre del director general que había archivado la inspección y había cobrado ciento cuarenta mil euros al año después, los dieciocho millones en contratos de obra pública en Andalucía.

Lo que no podía controlar: la velocidad a la que Álvaro Villena se estaba moviendo en la otra dirección, el becario desaparecido, la pregunta de hasta dónde llegaba la filtración en la redacción.

Fue al corcho.

Miró los nombres escritos con rotulador. Miró a Diego en sus tres fotos. Miró la línea pequeña al final con el nombre de Marcos y la pregunta de hacía semanas que ya tenía respuesta: sí, sabía, desde hacía seis años lo sabía, y no, no había dicho nada, y la razón no era la cobardía sino la culpa, que es una forma de cobardía que se disfraza de algo más complicado para hacerse soportable.

Cogió el rotulador negro.

Añadió un nombre nuevo al corcho: Carmen Vidal. Con una flecha hacia Lucía. Con una flecha desde Javier Casado.

Dio un paso atrás y miró el mapa completo.

Por primera vez desde que había empezado todo aquello, el corcho detrás de la puerta tenía sentido de principio a fin. No los cabos sueltos ni las preguntas sin respuesta ni las líneas de hilo que iban a ningún sitio. Un mapa completo. Una historia completa.

Faltaba solo una cosa.

Faltaba saber quién, dentro de la familia Villena o dentro del entorno inmediato de Álvaro Villena, había tomado la decisión esa noche en la N-601. Quién había conducido el segundo coche que Esteban Corral había visto pasar diez minutos después del Audi de Diego. Quién había organizado el lorazepam, el informe forense corregido, la llamada a Esteban tres semanas después.

Álvaro Villena había construido esa estructura. Pero las estructuras no se ejecutan solas.

Alguien había estado en esa carretera.

Y ese alguien, Sara lo sentía con la certeza acumulada de tres semanas de investigación, todavía estaba muy cerca del centro de todo.

Miró el corcho un momento más.

Después cogió el móvil y llamó a Rubén.

—Necesito que busques a Roberto Villena —dijo cuando descolgó—. Movimientos. Dónde estaba la noche del accidente de Diego. Con quién. Cualquier cosa que encuentres.

Silencio breve.

—¿Roberto? —dijo Rubén—. ¿El hermano mayor?

—El hermano mayor —confirmó Sara.

Otra pausa.

—Sara, ¿tienes idea de en qué lío te has metido?

—Bastante buena idea, sí.

—¿Y vas a seguir?

Sara miró el corcho. Miró a Diego en sus tres fotos. Miró el nombre de Marcos con la línea pequeña debajo.

—Voy a seguir —dijo.

—Dios —dijo Rubén—. Dame un par de horas.

Sara colgó. Se hizo café. Abrió el cuaderno en la página en blanco que llevaba días esperando.

Y empezó a escribir el artículo.

5.2. El rostro que Sara no esperaba

Rubén tardó cuatro horas, no dos.

Sara lo supo porque pasó esas cuatro horas escribiendo el borrador del artículo con la concentración cerrada de quien sabe que el tiempo es el único recurso que no puede recuperar una vez gastado. Escribió sin parar, sin revisar, dejando que la historia saliera en el orden en que la tenía en la cabeza: los contratos de Andalucía, la sociedad de Lisboa, el informe forense corregido, Esteban Corral y el segundo coche, Javier Casado y la inspección archivada. Una estructura que empezaba con los hechos y terminaba con las preguntas que esos hechos dejaban sin respuesta, que era la

estructura correcta para el tipo de historia que no puede permitirse parecer una acusación porque una acusación la paran los abogados y una pregunta sin respuesta la para solo la conciencia.

A las doce del mediodía Rubén llamó.

—Roberto Villena —dijo, sin preámbulo—. La noche del accidente de Diego. Noviembre, hace seis años, viernes.

—Dime.

—Hay un registro de peaje en la A-6 a las veintidós cuarenta y siete. Un vehículo a nombre de Gestiones Villena S.A., que es la sociedad que gestiona la flota de coches del grupo. Un BMW serie siete, color negro.

El coche grande y oscuro. Las luces largas que deslumbraron a Esteban Corral cuando pasó por su ventana diez minutos después del Audi de Diego.

Sara dejó de escribir.

—¿Dónde sitúa ese peaje? —dijo.

—A catorce kilómetros del lugar del accidente. En dirección hacia allí. —Pausa—. Y hay otro registro de la misma matrícula cuarenta y ocho minutos después, en el peaje de vuelta, en dirección Madrid.

Cuarenta y ocho minutos. El tiempo de llegar, de hacer lo que fuera que había ido a hacer, y de volver.

—¿Puedes verificar que Roberto conducía ese coche esa noche?

—Ya lo he verificado. Hay una transacción con su tarjeta de crédito personal en una gasolinera de Collado Villalba a las veintidós quince.

Treinta y dos minutos antes del peaje. —Pausa—. Sara, eso lo pone en la carretera, en ese coche, en esa dirección, esa noche.

No en la escena del accidente. No con prueba directa de nada. Pero en la carretera, en la dirección correcta, en el momento correcto, con un BMW negro y grande que coincidía con lo que Esteban Corral había visto pasar diez minutos después de Diego.

Sara miró el corcho.

Roberto Villena. Cuarenta y cinco años. El hijo que había aprendido a mirar hacia otro lado con elegancia. El que había seguido en el negocio familiar mientras Marcos se iba a fotografiar el dolor ajeno. El que había sido el primero en ver a Marcos cuando habían entrado a la gala de Serrano, con esa atención calculada que Sara había catalogado y guardado sin saber todavía exactamente qué guardaba.

—Rubén —dijo.

—¿Qué?

—¿Cuántas personas saben esto que me acabas de decir?

—Ahora mismo, tú y yo.

—Que siga así.

—Sara. —La voz de Rubén tenía un tono nuevo, no el del técnico calculando sino el del hombre que ha encontrado algo más grande de lo que esperaba encontrar y necesita que alguien reconozca el tamaño—. Esto no es solo corrupción financiera. Si Roberto estaba en esa carretera esa noche, esto es otra cosa.

—Lo sé.

—¿Lo sabe Marcos?

Sara miró el nombre en el corcho. La línea pequeña. La flecha que lo conectaba con Diego.

—Todavía no —dijo.

Se lo dijo esa tarde.

Quedaron en el apartamento de Covarrubias porque era el espacio donde habían tenido todas las conversaciones importantes desde que todo esto había empezado, y Sara había desarrollado una superstición práctica sobre los espacios: que las noticias difíciles se reciben mejor en sitios conocidos, donde el cuerpo ya sabe cómo estar.

Marcos abrió la puerta y la miró. La llevaba mirando suficientes semanas para leer su cara antes de que ella dijera nada.

—¿Qué ha pasado? —dijo.

—Déjame entrar primero.

Entraron. Se sentaron a la mesa de la cocina. Sara no sacó el cuaderno. Había cosas que no debían escribirse mientras se dicen porque la escritura pone una distancia entre la persona y lo que está recibiendo, y esa noche Marcos no necesitaba distancia.

Le contó lo de los peajes. Lo de la gasolinera de Collado Villalba. Lo del BMW negro. Lo de los cuarenta y ocho minutos.

Marcos escuchó sin interrumpir. Sara lo observó mientras lo hacía con esa atención que había desarrollado a lo largo de las últimas semanas y que ya no era solo profesional: la mandíbula, los hombros, el punto exacto en que los ojos cambian de temperatura cuando el cerebro recibe algo que no puede procesar en tiempo real.

Cuando terminó, Marcos se quedó quieto durante un tiempo que Sara midió sin mirarlo directamente.

—Roberto —dijo al final. No era una pregunta.

—Los registros lo sitúan en la carretera esa noche. No en la escena. No con prueba directa del accidente. Pero en la carretera, en ese coche, en ese momento.

—Roberto.

Lo repitió igual que la primera vez. Con la misma voz plana de quien está diciéndose una palabra que conoce de toda la vida y que acaba de adquirir un significado que no tenía antes.

Sara esperó.

—Teníamos cuatro años de diferencia —dijo Marcos al cabo de un momento—. Roberto, Diego y yo. Roberto era el mayor. El que aprendió a gestionar el negocio, a hablar como hablaba mi padre, a tomar decisiones con esa frialdad que en la familia llamábamos madurez y que yo creo que era otra cosa. —Pausa—. Diego y yo éramos los pequeños. Los que todavía nos parecíamos a nuestra madre.

—¿Roberto quería a Diego?

Marcos tardó en responder. No porque no supiera sino porque la respuesta tenía capas.

—Roberto quería a Diego de la manera en que quieren los hermanos mayores que han decidido que el mundo funciona de una determinada manera y que querer a alguien significa protegerlo de las consecuencias de no entenderlo. —Pausa—. Creo que Roberto pensaba que lo que hizo fue proteger a la familia. Que Diego estaba

cometiendo un error que iba a destruirlos a todos y que alguien tenía que pararlo.

—¿Eso lo justifica?

—No. —Sin dudar—. No lo justifica. No lo justifica nada. —Pausa—. Pero me ayuda a entender cómo alguien que no es un monstruo hace algo monstruoso. Que es lo más aterrador de todo, ¿no? Que no hacen falta monstruos.

Sara lo miró. Había en él esa noche algo diferente a todo lo anterior: no la contención habitual, no la calma estudiada. Algo más abierto y más frágil, de la clase de fragilidad que no es debilidad sino el aspecto que tiene la verdad cuando ya no queda nada con que cubrirla.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Marcos.

—Publicar —dijo Sara—. Con todo lo que tengo. Los contratos, los documentos de Diego, el testimonio de Javier, los registros de peaje. —Pausa—. Y la declaración de Esteban Corral sobre el segundo coche, si acepta darla.

—¿Cuándo sabrás si acepta?

—Esta semana. Quedamos en que volvíamos.

Marcos asintió.

—¿Y mi padre? —dijo—. ¿Sale en el artículo?

—Sale. Los contratos llevan su firma. La sociedad de Lisboa es suya. La inspección archivada fue archivada por su influencia. —Pausa—. Pero los registros de la carretera apuntan a Roberto. A tu padre lo puedo probar en la corrupción. A Roberto lo puedo situar en la carretera esa noche. Son dos cosas distintas.

—Y las dos son verdad.

—Y las dos son verdad.

El apartamento de Covarrubias guardó silencio. Fuera, el Chamberí de última hora de la tarde tenía ese sonido de ciudad que empieza a recogerse, los comercios cerrando, los coches volviendo a casa, el murmullo bajando de tono con la paciencia lenta del final del día.

Marcos se levantó. Fue a la ventana. Se quedó mirando el patio interior con las manos en los bolsillos, igual que había estado aquella primera noche cuando le contó lo de la llamada de Diego.

—Hay algo que no te he contado —dijo.

Sara lo miró.

—El mensaje de voz de Diego. El de cuarenta y dos segundos. —Pausa—. Al final, justo antes de decir que me quería, dice algo que yo siempre interpreté como una muletilla, como un detalle sin importancia. —Se giró—. Dice: dile a Roberto que lo sé.

El silencio que siguió fue del tipo que no se interrumpe.

—Diego sabía —dijo Sara.

—Diego sabía que Roberto estaba dentro. Que no era solo mi padre. Que Roberto lo sabía todo y lo había aceptado. —Pausa—. Por eso el mensaje era para mí y no para Roberto. Porque a Roberto ya no había nada que decirle.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no entendía el significado hasta esta tarde. Hasta que me has dicho lo de la carretera. —Marcos volvió a la mesa—. Ahora lo entiendo.

Sara miró el cuaderno cerrado sobre la mesa. Pensó en todo lo que contenía. En las tres semanas que habían tardado en llegar hasta aquí. En Diego en la casa de sierra con su pasta de todos los cacharros y sus documentos y su certeza de que había cruzado un punto del que no había vuelta atrás.

Diego lo había sabido. Había sabido que Roberto estaba dentro. Y aun así había seguido. Había documentado, había guardado las copias, había contactado a Javier Casado, había dejado el sobre en la tarima del baño para quien llegara hasta allí.

Había seguido porque era lo único que le quedaba.

Igual que a ella ahora.

—Voy a necesitar que declares —dijo Sara—. El mensaje de voz. Lo que Diego te dijo esa noche en la cena. Lo que sabes de Villena Investimentos. —Pausa—. Con tu nombre. Con tu cara.

Marcos la miró durante un momento.

—Lo sé —dijo—. Ya lo sé.

—¿Puedes hacerlo?

—Puedo hacerlo.

—¿Quieres hacerlo?

Marcos cogió el café que llevaba frío sobre la mesa desde el principio de la conversación, lo miró, lo dejó.

—Llevo seis años queriendo hacer algo —dijo—. Esto es lo primero que tiene sentido.

Sara asintió.

Cogió el cuaderno. Lo abrió.

Y volvió a escribir.

5.3. Marcos en el filo entre la verdad y la lealtad

Roberto llamó el jueves por la mañana.

Marcos lo vio en la pantalla del móvil y se quedó mirándolo durante cuatro tonos, que era el tiempo exacto que tardó en decidir que no contestar era también una decisión y que las decisiones no tomadas tienden a volver con más fuerza.

Descolgó.

—Marcos.

—Roberto.

Silencio de dos segundos. Del tipo que en las familias significa que los dos saben que la conversación que viene no es de las habituales y ninguno quiere ser el primero en decirlo.

—¿Podemos vernos? —dijo Roberto.

—¿Para qué?

—Para hablar.

—Estamos hablando.

—En persona, Marcos.

La voz de Roberto era la misma voz de siempre: sólida, pausada, con esa autoridad tranquila de los hermanos mayores que han ejercido de hermanos mayores toda la vida y no saben ser otra cosa. No había urgencia en ella, lo cual era en sí mismo una forma de urgencia.

—¿Cuándo? —dijo Marcos.

—Hoy. Esta tarde si puedes.

—¿Dónde?

—El italiano de Salamanca.

El restaurante de la familia. La mesa del fondo. El sitio donde hacía dieciocho meses Marcos le había dicho a su padre que quería saber qué había pasado con Diego y su padre le había respondido con una frase perfecta que contenía la verdad suficiente para resultar creíble y la mentira suficiente para resultar útil.

—A las siete —dijo Marcos.

Colgó. Se quedó con el móvil en la mano mirando el patio interior desde la ventana de Covarrubias.

Llamó a Sara.

Sara escuchó sin interrumpir. Cuando Marcos terminó de contarle la llamada de Roberto hubo una pausa de unos segundos que Marcos reconoció como el tiempo que ella necesitaba para pensar antes de hablar, que era uno de los hábitos suyos que más había aprendido a respetar.

—¿Quieres ir? —dijo Sara.

—No especialmente.

—¿Vas a ir?

—Sí.

—¿Por qué?

Marcos pensó en eso con la honestidad que le había aprendido a aplicar a las preguntas de Sara, que era la honestidad de no dar la respuesta que suena mejor sino la que es verdad aunque suene peor.

—Porque Roberto es mi hermano —dijo—. Porque lleva cuarenta y cinco años siéndolo y eso no desaparece aunque sepa lo que sé. Y porque si no voy me voy a pasar el resto de la vida preguntándome qué me habría dicho.

—¿Y si te pide que pares?

—No voy a parar.

—¿Se lo vas a decir?

—Sí.

Pausa de Sara.

—Marcos. Necesito que entiendas algo antes de que vayas. —La voz era la de siempre pero con una precisión añadida que él ya reconocía como el tono que usaba cuando decía algo importante—. Si Roberto sabe que estamos cerca, esa reunión puede ser un intento de frenar la investigación. De darte algo, información o argumentos o simplemente la presencia física de tu hermano, que te haga dudar. Las familias son la presión más efectiva que existe porque es la única que no parece presión.

—Lo sé.

—¿De verdad lo sabes?

—Sara. —Una pausa—. Llevo seis años sabiendo lo que sé y sin poder hacer nada. He aprendido a distinguir entre lo que siento y lo que debo hacer. No siempre es cómodo. Pero lo he aprendido.

Otro silencio. Más suave que el anterior.

—Ve —dijo Sara—. Y llámame cuando salgas.

—Lo haré.

—Y Marcos.

—¿Qué?

—No dejes el móvil encendido en la mesa.

Marcos hizo ese sonido que no era del todo una risa.

—No soy nuevo en esto —dijo.

—No —admitió Sara—. No lo eres.

El restaurante era exactamente igual que siempre. Eso era lo que tenían los sitios elegidos por el dinero viejo: no cambiaban porque no necesitaban cambiar, porque su permanencia era parte del servicio, la demostración de que aquí el tiempo funciona de otra manera y si tú puedes permitirte sentarte en esta mesa es porque tú también estás por encima de sus caprichos.

Roberto ya estaba en la mesa del fondo cuando llegó Marcos. Sin el traje de la gala, con una camisa azul y el aspecto de alguien que ha dormido mal los últimos días aunque lo disimule razonablemente bien. Tenía una copa de vino delante que no había tocado.

Se miraron.

Marcos se sentó.

El camarero apareció con la carta. Roberto lo despidió con un gesto.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —dijo Roberto. Sin preámbulo, sin la cortesía de entrada que en la familia era siempre la primera capa de cualquier conversación.

—Sí —dijo Marcos.

—¿Sabes adónde lleva?

—También.

Roberto cogió la copa. La giró entre los dedos sin beber. Era un gesto que Marcos recordaba de toda la vida: Roberto haciendo algo con las manos cuando lo que necesitaba hacer estaba en la cabeza y no encontraba todavía el camino.

—Papá sabe que estás trabajando con esa periodista —dijo.

—Lo imagino.

—Está muy tranquilo. Eso debería preocuparte.

—Mi padre siempre está tranquilo. Es su forma de estar furioso.

Roberto lo miró. Algo en su cara cambió, un ajuste mínimo, como cuando alguien reconoce una descripción y no puede negarlo aunque quisiera.

—Marcos. Lo que estás buscando desenterrar va a destruir a la familia.

—La familia se destruyó sola —dijo Marcos—. El día que Diego murió en esa carretera.

Silencio.

Era el primer vez que ninguno de los dos lo nombraba así, con esa precisión, en una conversación directa entre ellos. Siempre había sido el accidente de Diego, o lo que le pasó a Diego, o aquella noche. Nunca con el verbo morir y la carretera y la implicación de que hubo algo antes.

Roberto dejó la copa sobre la mesa.

—No sabes lo que pasó esa noche —dijo. La voz había cambiado. Seguía siendo sólida pero algo se había movido debajo, como la superficie de un lago que parece quieto y tiene corriente.

—Estabas en la carretera —dijo Marcos—. A catorce kilómetros del lugar del accidente. En dirección hacia allí. Cuarenta y ocho minutos después estabas de vuelta.

El silencio que siguió fue diferente a todos los silencios de esa noche. Fue el silencio de alguien al que acaban de decirle que saben lo que saben, y que está procesando las implicaciones de ese hecho con toda la velocidad que puede.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Roberto al final. Voz baja. Casi sin inflexión.

—Los peajes. La gasolinera de Collado Villalba. El BMW de la flota del grupo.

Roberto cerró los ojos un segundo. Uno solo. Después los abrió y miró a Marcos con una expresión que este tardó un momento en identificar y que resultó ser, de manera inesperada y completamente desconcertante, algo parecido al alivio.

—Fui a hablar con él —dijo Roberto.

Marcos no dijo nada.

—Papá me dijo que Diego estaba a punto de hacer algo irreversible. Que iba a destruir lo que la familia había construido durante cuarenta años. Que alguien tenía que hablar con él, convencerle de que había otra manera. —Pausa—. Me dijo que si yo iba, Diego me escucharía. Que éramos hermanos. Que entre hermanos se podía llegar a un acuerdo.

—¿Y fuiste.

—Fui. Llegué a la casa a las once y cuarto. Diego ya no estaba. El coche no estaba. Esperé veinte minutos, llamé al móvil, no contestó. —Pausa larga—. Volví a Madrid.

Marcos lo miró.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo lo que yo hice esa noche. —La voz de Roberto tenía ahora algo que Marcos no le había escuchado antes en cuarenta y cinco años de hermano mayor: una fisura—. Pero cuando me fui, el coche de papá estaba aparcado a doscientos metros de la casa, en el camino del pinar. Lo vi al salir. No pregunté nada. No dije nada. Me fui.

El italiano de Salamanca siguió siendo el italiano de Salamanca alrededor de ellos, con sus otras mesas y sus otras conversaciones y su permanencia de sitio que no necesita cambiar. Marcos miraba a su hermano y pensaba en Diego cocinando con todos los cacharros de la cocina y en el mensaje de voz de cuarenta y dos segundos y en dile a Roberto que lo sé.

Diego lo sabía. Había sabido que Roberto vendría esa noche porque su padre se lo mandaría. Había sabido que Roberto vería el coche del padre aparcado en el camino del pinar y no diría nada. Y le había mandado un mensaje a través de Marcos no para acusarle sino para decirle: sé que estás dentro aunque no hayas hecho nada. Sé que tu silencio también es una decisión.

—Llevas seis años sabiendo que el coche de papá estaba en ese camino —dijo Marcos.

Roberto no respondió. Era una respuesta.

—Y no dijiste nada.

—No.

—¿Por qué?

Roberto cogió la copa por fin. Bebió. La dejó.

—Porque tenía miedo. Porque no quería saber lo que significaba. Porque si lo decía todo se derrumbaba y no sabía si podía vivir en los escombros. —Pausa—. Todas las razones que suenan miserables cuando las dices en voz alta y que en el momento te parecen las únicas posibles.

Marcos lo miró durante un tiempo que ninguno de los dos midió.

—¿Qué quieres de mí? —dijo al final—. ¿Por qué me has llamado?

Roberto lo miró con esa expresión nueva, la de la fisura, la del hombre que lleva seis años sosteniendo algo que pesa demasiado y que esa noche, en esta mesa, en este restaurante que no cambia nunca, ha decidido soltar.

—Quiero que lo publiquéis —dijo.

Marcos no se movió.

—¿Qué?

—Quiero que lo publiquéis todo. Los contratos, los documentos, lo de la carretera. —Pausa—. Quiero declarar. Lo del coche de papá en el camino del pinar. Lo que me dijo que fuera a hablar con Diego. Todo.

—¿Por qué?

Roberto tardó. Cuando respondió la voz era más baja, más despojada de todo lo que no era la respuesta exacta.

—Porque Diego tenía razón. Porque llevo seis años siendo el silencio que lo enterró dos veces. Y porque hay un punto en que seguir callado ya no es proteger a nadie. Es solo seguir teniendo miedo.

El restaurante siguió siendo el restaurante. La mesa del fondo siguió siendo la mesa del fondo. Y los dos hermanos Villena se miraron sobre el mantel blanco con el vino sin terminar y las cartas sin abrir con la misma expresión que tienen las personas cuando llegan al final de algo que empezó mucho antes de que supieran que estaban en ello.

Marcos sacó el móvil.

Llamó a Sara.

Ella descolgó al segundo tono.

—Sal de donde estés —dijo Marcos—. Tenemos un testigo nuevo.

Pausa de Sara.

—¿Quién?

Marcos miró a Roberto al otro lado de la mesa.

—Mi hermano —dijo.

5.4. La culpa no es lo que parecía

Sara llegó al italiano de Salamanca veinte minutos después de la llamada.

Entró, vio la mesa del fondo, vio a los dos hermanos Villena sentados frente a frente con el vino sin terminar y esa quietud específica de las personas que acaban de decirse algo que no tiene marcha atrás, y tuvo el instinto de periodista de quedarse un momento en la puerta antes de acercarse, de leer la escena antes de entrar en ella.

Lo que leyó fue esto: dos hombres con cuarenta años de historia compartida y seis años de silencio entre medias, y en la cara de los dos la misma expresión de agotamiento que tiene el peso cuando por fin lo sueltas y descubres que los músculos que lo sostenían no saben todavía cómo estar sin él.

Se acercó.

Roberto Villena la miró llegar. Era la primera vez que Sara lo veía fuera del contexto de la gala, sin el traje de etiqueta y sin la función de heredero satisfecho que había representado ese sábado en el hotel de Serrano. Era un hombre distinto en esta luz. Más real. Más cansado. Con los cuarenta y cinco años puestos de una manera que la gala no dejaba ver.

—Sara Montiel —dijo. No con el tono de reconocimiento de la gala sino con otro, más directo, el de alguien que sabe exactamente quién eres y ha decidido que eso ya no cambia nada.

—Roberto —dijo Sara.

Se sentó.

El camarero apareció. Sara pidió agua. Roberto pidió la cuenta. Marcos no pidió nada.

Hablaron durante una hora y cuarto.

Sara tomó notas con la eficiencia de quien lleva diez años haciéndolo y ha aprendido a escribir lo esencial sin perder el hilo de lo que está escuchando. Roberto habló con una precisión que le sorprendió: no el relato torpe y lleno de huecos de alguien que improvisa sino el de alguien que ha ordenado sus recuerdos durante seis años con la esperanza o el miedo de que algún día tuviera que contarlos.

El coche del padre en el camino del pinar. La llamada de Álvaro dos días antes diciéndole que fuera a hablar con Diego. Las palabras exactas que había usado: que alguien de la familia tenía que hacerle entrar en razón, que Roberto era el mayor, que ese era su papel. Las palabras que Roberto no había preguntado y que ahora, seis años después, entendía que había elegido deliberadamente no preguntar.

—¿Cuándo supo que no había sido un accidente? —dijo Sara.

Roberto miró la mesa.

—Lo supe esa noche. Cuando vi el coche de papá en el camino. —Pausa—. Antes de saberlo sabía que podía ser. Lo cual es casi lo mismo.

—¿Y cuándo lo confirmó?

—Tres semanas después. Cuando mi padre me dijo que el forense había revisado el informe y que el resultado era más claro ahora. Me lo dijo como si fuera una buena noticia. —Voz sin inflexión, la de los

recuerdos que se han repetido tanto que han perdido la capa exterior—. Le pregunté qué había pasado exactamente. Me dijo que Diego había tomado algo esa noche, que estaba en un estado que no era el adecuado para conducir, que era una tragedia pero que era lo que era. Que lo mejor para todos era cerrarlo y seguir.

—¿Le creyó?

Roberto tardó.

—No —dijo—. Pero actué como si le creyera. Que es lo que había hecho toda mi vida con mi padre cuando la alternativa era demasiado grande para mirarla de frente.

Sara escribió. Marcos miraba la mesa.

—¿Está dispuesto a repetir esto en una declaración formal? —dijo Sara—. Con nombre, con cargo, con fechas. Grabado en vídeo.

—Sí.

—¿Sabe lo que significa eso para usted?

Roberto la miró.

—Significa consecuencias legales probables. Significa el final del negocio familiar tal como existe. Significa que mi padre no me va a perdonar nunca. —Pausa—. Sí. Lo sé.

—¿Y aun así?

—Diego era mi hermano —dijo Roberto, con la sencillez de las cosas que no necesitan más argumento que ellas mismas—. Le fallé una vez. No voy a fallarle dos.

Salieron los tres juntos a la calle.

El barrio de Salamanca los recibió con su geometría de siempre, ordenada y cara y perfectamente indiferente. Roberto se despidió con un apretón de manos a Sara y un abrazo a Marcos que duró más de lo que ninguno de los dos había planificado y que Sara observó desde un paso atrás con la discreción de quien entiende que hay cosas que no son para ser observadas.

Roberto se fue caminando hacia Velázquez con las manos en los bolsillos y la espalda recta, con esa manera de caminar que en la familia Villena debía de ser algo que se aprendía en algún momento sin que nadie lo enseñara expresamente.

Marcos lo siguió con la mirada hasta que dobló la esquina.

Se quedaron solos en la acera.

—¿Estás bien? —dijo Sara.

—No lo sé todavía —dijo Marcos—. Pregúntamelo mañana.

Sara asintió. Eso era una respuesta honesta y las respuestas honestas merecían ser recibidas como lo que son.

Caminaron. Sin destino concreto, que era su manera habitual de procesar las cosas que necesitaban tiempo antes de poder nombrarse. El barrio de Salamanca les dio paso con su silencio de dinero viejo y sus farolas altas y sus árboles de alineación que en febrero tenían esa desnudez de rama sin hoja que es, si la miras con el ángulo correcto, más honesta que el verde de verano.

—La culpa que cargabas —dijo Sara después de una manzana en silencio—. La de haberle dicho a Diego que exageraba. La de haberte ido tres horas antes.

—¿Qué pasa con ella?

—No era tuya.

Marcos la miró.

—No del todo —dijo Sara—. Lo que ocurrió en esa carretera estaba decidido. Con o sin la discusión en la puerta. Con o sin que te hubieras quedado más tiempo. Tu padre había tomado esa decisión y la había delegado y el mecanismo estaba en marcha. Tú no lo paraste porque no podías pararlo. No porque fueras cobarde sino porque no lo sabías todavía.

Marcos caminó durante unos metros sin responder.

—Diego te dejó ese mensaje —siguió Sara— para que supieras la verdad. No para culparte. Para que tuvieras lo que él ya no podía tener: el conocimiento completo. Para que pudieras hacer con él lo que él ya no iba a poder hacer.

—Lo que estamos haciendo ahora.

—Lo que estamos haciendo ahora.

La ciudad siguió siendo la ciudad a su alrededor. Un taxi pasó. Un perro cruzó tirando de su dueño hacia algún destino urgente que solo el perro conocía. Dos personas en una terraza con brasero bajo el frío de febrero reían de algo que no llegaba hasta donde estaban ellos.

Marcos se detuvo.

Sara se detuvo también.

Él la miró con esa expresión que ya no era la contención del principio ni la calma estudiada de las primeras semanas sino algo más abierto, más directo, con menos capas entre lo que sentía y la cara con que lo mostraba.

—Hay algo que llevo semanas sin decirte —dijo.

—Lo sé —dijo Sara.

—¿Lo sabes?

—Lo sé.

—¿Y?

Sara lo miró. Pensó en Malasaña y en el Aperol sin beber y en la calle a la una de la madrugada y en el pasado perfecto con que los dos habían cerrado algo que no estaba cerrado. Pensó en Javier Casado dando un nombre a una cadena que terminaba en ella. Pensó en lo que había dicho al teléfono a las tres de la madrugada: lo de Malasaña fue planeado, pero lo que ocurrió después no.

—Y que el contexto es complicado —dijo Sara—. Y que tenemos una historia que publicar y una declaración que grabar y un artículo que defender ante los abogados del periódico y probablemente una demanda de la familia Villena en cuanto salgamos a la luz.

—Todo eso es verdad —dijo Marcos.

—Y que aun así —dijo Sara— llevamos semanas dentro de algo que no es solo la investigación. Y los dos lo sabemos. Y ninguno de los dos ha dicho nada porque decirlo antes de haber terminado esto nos habría complicado de una manera que no podíamos permitirnos.

—¿Y ahora?

—Ahora todavía no hemos terminado.

Marcos la miró.

—¿Cuándo terminaremos?

—Cuando publiquemos.

—¿Y después?

Sara lo miró durante un momento con esa honestidad que era la suya, la de no dar la respuesta que suena mejor sino la que es verdad aunque cueste más.

—Después hablamos —dijo.

No era una promesa de nada concreto. Era algo más preciso que una promesa: era la confirmación de que había un después, de que los dos lo veían, de que el después existía con independencia de cómo fuera.

Marcos asintió.

Siguieron caminando.

Y en el silencio que vino después, que era un silencio diferente a todos los anteriores, más ligero, con algo que se había depositado en él que antes no estaba, Marcos pensó en Diego. En la cocina con todos los cacharros. En los cuarenta y dos segundos del mensaje de voz. En la frase final que durante seis años había creído dirigida a él y que ahora entendía que era para todos: que me quería, que lo sabía, y que había cruzado un punto del que no había vuelta atrás.

Y pensó que Diego habría encontrado en todo esto, en los peajes y los documentos y el italiano de Salamanca y la periodista que caminaba a su lado bajo las farolas del barrio de Salamanca, algo que reconocer.

No la victoria. Eso todavía no se sabía.

Sino la dirección correcta.

Que a veces es lo único que se puede pedir.

CAPÍTULO 6 LO QUE EL SILENCIO SABÍA

6.1. Publicar o no publicar, esa es la noche

El director de El Observador Digital se llamaba Fermín Alcántara y llevaba veintidós años en el periodismo con la cicatriz acumulada de quien ha peleado suficientes batallas para saber cuáles merece la pena pelear y cuáles hay que dejar ir, y con la capacidad, que no todo el mundo desarrolla, de distinguir entre unas y otras antes de que sea demasiado tarde.

Sara lo conocía desde hacía ocho años. Sabía que era bueno porque cuando leía sus reportajes no sugería hacerlos más cortos sino más precisos, que es la diferencia entre un editor que entiende el oficio y uno que entiende el algoritmo. Sabía que era valiente porque había publicado dos historias que habían costado al periódico dos demandas y una retirada de publicidad institucional y no se había disculpado por ninguna de las tres cosas.

Lo que no sabía, hasta esa noche, era hasta dónde llegaba esa valentía cuando el nombre en el artículo era el de una familia con cuatro despachos de abogados y conexiones en tres ministerios y la capacidad probada de hacer que los problemas dejaran de ser problemas antes de que llegaran a ningún sitio.

Se lo iba a descubrir.

Lo llamó el lunes por la tarde y le dijo que necesitaba verle esa noche. Él oyó el tono y no preguntó por qué, que era uno de sus mejores atributos. Le dijo que a las ocho en su despacho.

Sara llegó a las ocho con el borrador del artículo impreso, la carpeta de Javier Casado, las fotografías de los documentos de la casa de sierra, los registros de peaje y la gasolinera de Collado Villalba, y un pendrive con el vídeo que habían grabado el viernes: Javier Casado durante cuarenta minutos frente a la cámara de Marcos, con su nombre y su cargo y las fechas y los nombres del director general y los ciento cuarenta mil euros anuales, con la voz de alguien que ha ensayado la verdad durante seis años y por fin la dice en el orden correcto.

También llevaba, en otro archivo del pendrive, la declaración de Roberto Villena. Grabada el sábado en el apartamento de Covarrubias, con la misma cámara de Marcos, con Roberto sentado en la silla de la cocina con la camisa azul y los cuarenta y cinco años puestos de la manera real, la que la gala no dejaba ver. Veintisiete minutos. El coche en el camino del pinar. La llamada de su padre dos días antes. Las palabras exactas. Todo.

Y llevaba, en el cuaderno, el borrador del artículo. Dieciséis páginas. La estructura que empezaba con los hechos y terminaba con las preguntas que esos hechos dejaban sin respuesta.

Fermín Alcántara lo leyó todo en dos horas.

Sara esperó en el sofá de su despacho con el café que la asistente había dejado y que se había quedado frío a los veinte minutos y que no había vuelto a calentar porque levantarse a calentar el café habría sido una forma de ocupar el tiempo con algo que no era esperar y esa noche lo que tocaba era esperar.

Cuando Fermín terminó dejó los papeles sobre la mesa con un cuidado que ella reconoció como el cuidado de alguien que está tratando algo que sabe que tiene peso.

Se quitó las gafas. Las dejó encima de los papeles.

Miró a Sara.

—¿Cuánto tiempo llevas en esto? —dijo.

—Tres semanas y media.

—¿Alguien más en la redacción lo sabe?

—Nadie. Hay una filtración. Un becario que ya no está. Hasta que no la tenga localizada del todo no podía hablar aquí.

—¿La tienes localizada?

—Rubén cree que era solo el becario. Contratado hace dos meses. Sin historial previo verificable. —Pausa—. Contratado por el área de recursos humanos. Estoy mirando quién lo contrató.

Fermín asintió despacio.

—Los vídeos son sólidos —dijo.

—Sí.

—Los documentos también. El rastro financiero es verificable.

—He cruzado los balances con tres registros mercantiles distintos. Todo cuadra.

—Los registros de peaje sitúan al hermano en la carretera pero no en la escena.

—No directamente. Pero junto con el testimonio de Roberto y el del guardia civil sobre el segundo coche, la imagen es suficientemente clara para hacerse la pregunta en público.

—Los abogados van a decir que no es suficiente para la acusación directa.

—No es una acusación. Es periodismo. Presentamos los hechos y dejamos las preguntas abiertas. Las respuestas las tiene la fiscalía.

Fermín la miró durante un momento con esa expresión de los directores que llevan suficientes años en esto para saber que lo que está sobre la mesa es real y que lo real tiene consecuencias que no todas son buenas.

—Van a demandarnos —dijo.

—Probablemente.

—Van a presionar a los anunciantes.

—También.

—¿Tienes todo el material original guardado en un sitio que no sea el servidor de la redacción?

—En tres sitios distintos. Ninguno conectado a la redacción.

—¿Los testigos están dispuestos a mantener sus declaraciones públicamente?

—Javier Casado, sí. Roberto Villena, sí. Esteban Corral me llamó ayer. —Pausa—. También sí.

Fermín se levantó. Fue a la ventana del despacho, que daba a la calle de Chueca, y se quedó mirando la noche de Madrid con las

manos en los bolsillos durante un tiempo que Sara midió sin presionar, porque Fermín Alcántara era de los directores que necesitaban pensar en silencio y que pensar en silencio era parte de su proceso y apresurarlo era el error que no podía permitirse.

Cuando se giró tenía una expresión que Sara reconoció: no la del director calculando riesgos sino la del periodista al que le importa lo que tiene delante.

—¿Cuánto tiempo necesitas para el texto definitivo? —dijo.

Sara respiró.

—Una semana. Diez días si los abogados necesitan tiempo.

—Los abogados van a necesitar tiempo. —Pausa—. Diles que tienen cinco días.

—¿Lo publicamos?

Fermín la miró con esa expresión que era la suma de veintidós años de oficio y dos demandas y una retirada de publicidad institucional y la decisión de no haberse disculpado por ninguna de las tres cosas.

—Sara. —Una pausa—. ¿Para qué estamos si no?

Ella asintió.

—Una condición —dijo Fermín.

—Dime.

—Marcos Villena. —Pausa—. Es fuente y es parte de la historia y es alguien con quien estás trabajando de una manera que va más allá de lo estrictamente periodístico. Necesito que me digas que eso no contamina el artículo.

Sara lo miró.

Era una pregunta justa. Era la pregunta que ella misma se había hecho durante semanas en el corcho detrás de la puerta y en la cocina de Covarrubias y en la calle a la una de la madrugada y en todos los silencios compartidos que habían ido acumulando sin nombrarse.

—No lo contamina —dijo—. Lo que hay entre nosotros no existía cuando empecé la investigación, ha crecido dentro de ella, y he tenido cuidado de que lo uno no doblara lo otro. Los hechos son los hechos. Los documentos son los documentos. Los testigos son los testigos. Marcos es un testigo entre varios y su declaración está respaldada por registros independientes.

—¿Me lo garantizas?

—Te lo garantizo.

Fermín asintió.

—Entonces a trabajar.

Sara recogió los papeles. Los metió en la carpeta. Se levantó.

En la puerta del despacho se giró.

—Fermín.

—¿Qué.

—Gracias.

Él la miró con esa expresión que en él significaba que lo que iba a decir le importaba aunque no lo dijera con aspavientos.

—No me des las gracias todavía —dijo—. Espera a que lo hayamos publicado y hayamos sobrevivido a lo que venga después.

Sara sonrió.

—Es lo que pienso hacer —dijo.

Salió al pasillo. El despacho de Fermín quedó atrás con su luz encendida y sus papeles sobre la mesa y la taza de café frío que ninguno de los dos había terminado.

Eran las diez y cuarto de la noche y El Observador Digital iba a publicar la historia del año.

Faltaba publicarla.

6.2. La conversación sin apellidos de por medio

Fueron diez días.

Diez días en que Sara reescribió el artículo cuatro veces, no porque los hechos cambiaran sino porque la manera de contarlos necesitaba ser exactamente la correcta: ni un milímetro más de lo que podía probarse, ni un milímetro menos de lo que era verdad. La diferencia entre esos dos milímetros era el espacio donde vivía el buen periodismo y también el espacio donde vivían las demandas que lo destruían, y Sara lo había aprendido a medir con los años con una precisión que era su herramienta más valiosa y la más difícil de explicar a quien no la tenía.

Los abogados del periódico fueron, como Fermín había predicho, conservadores. Señalaron dieciséis puntos de riesgo en el borrador. Sara discutió doce, cedió en tres, y en el decimosexto propuso una

solución que los abogados aceptaron después de dos horas de reunión con el semblante de quien cede sin querer parecer que cede.

Marcos grabó su declaración el martes siguiente con la misma cámara con que había grabado a Javier y a Roberto, en el apartamento de Covarrubias, con Sara detrás de la cámara haciendo las preguntas y Marcos sentado en la silla de la cocina con la misma expresión que tenía cuando miraba sus fotos desde el ángulo lateral, la que no era la que el espectador debía tener: concentrada, sin teatro, completamente presente.

Habló durante treinta y ocho minutos. La llamada de Diego la noche del accidente. La discusión en la puerta de la casa de sierra. Lo que Diego le había contado esa noche sobre los contratos y la sociedad de Lisboa. El mensaje de voz de cuarenta y dos segundos. Dile a Roberto que lo sé. Todo.

Cuando terminó Sara apagó la cámara.

Marcos la miró.

—¿Está bien? —dijo.

—Está más que bien —dijo Sara—. Es exactamente lo que necesitaba.

—¿Cuándo publicáis?

—El jueves. Doce del mediodía.

Marcos asintió. Miró la mesa de la cocina donde habían tenido todas las conversaciones importantes del último mes, con las tazas de café frío y el cuaderno de Sara y los documentos que habían ido creciendo como un organismo propio entre los dos.

—¿Y después del jueves? —dijo.

Sara dejó la cámara sobre la mesa. Se sentó frente a él.

Era la pregunta que llevaban diez días sin hacerse porque los diez días habían sido los diez días del artículo y mientras el artículo existía como tarea pendiente era también una forma de no tener que hablar de lo que habría cuando dejara de serlo.

Pero el jueves era en dos días.

Y esa noche, en la cocina de Covarrubias, con la cámara apagada y el trabajo hecho, ya no había artículo entre ellos. Solo los dos.

—Quiero hacerte una pregunta —dijo Sara—. Sin el cuaderno.

—Adelante.

—¿Qué habrías hecho si no hubiera llegado el sobre?

Marcos tardó.

—Seguir buscando —dijo—. O dejar de buscar. No lo sé. Llevaba seis años en ese punto en que las dos opciones parecen igualmente imposibles y ninguna avanza. —Pausa—. Probablemente habría seguido haciendo fotografías del dolor ajeno sin terminar de entender por qué.

—¿Y ahora?

—Ahora lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

Marcos la miró con esa expresión que Sara había aprendido a lo largo de las últimas semanas a distinguir de todas las demás: no la

contención, no la calma estudiada, no la evaluación tranquila. La expresión de alguien que está a punto de decir algo sin calcular el efecto que va a tener.

—Que fotografiaba el dolor ajeno porque era la única manera que encontré de estar cerca de algo real sin tener que exponerme yo. —Pausa—. Que es una manera muy elegante de ser cobarde.

—No eres cobarde —dijo Sara.

—Fui cobarde con Diego.

—Diego no te dejó tiempo de no serlo. —Pausa—. Y lo que has hecho en estas semanas no es de alguien cobarde.

—Lo que he hecho en estas semanas —dijo Marcos— lo he hecho contigo. Eso hace diferencia.

Sara lo miró. Pensó en el Aperol sin beber y en la calle a la una de la madrugada y en el pasado perfecto que habían usado los dos como si cerrar algo pudiera hacerse con el tiempo verbal correcto. Pensó en las tres de la madrugada con él en el sofá y los dos despiertos en silencio. Pensó en la llamada al teléfono desde la calle de Chamberí con la lluvia de miércoles. Pensó en todos los momentos en que los dos habían estado en el filo de decir algo y habían elegido no decirlo porque el artículo era primero y lo demás podía esperar.

El artículo ya no era primero.

Lo demás ya no podía esperar.

—Marcos —dijo.

—¿Qué.

—Llevo semanas conteniéndome.

Él la miró.

—Lo sé —dijo.

—¿Lo sabes?

—Llevo las mismas semanas haciéndolo yo.

Sara respiró.

—El problema —dijo— es que soy periodista y tú eres fuente y protagonista de la misma historia que estoy publicando y cualquier cosa que ocurra entre nosotros tiene la posibilidad de interpretarse como un conflicto de interés que contamina el trabajo.

—Ya le dijiste a Fermín que no lo contamina.

—Le dije que no lo había contaminado hasta ahora. —Pausa—. Lo de ahora es otro capítulo.

—¿Y qué propones?

—Propongo que el jueves a las doce publicamos el artículo. —Pausa —. Y que el jueves a las doce y un minuto eso ya no es un argumento.

Marcos la miró durante un momento. Ese momento tenía la duración exacta de alguien que está comprobando que ha entendido bien lo que acaba de escuchar antes de responder.

—Es mucho tiempo hasta el jueves —dijo.

—Son cuarenta y ocho horas.

—Ya lo sé cuánto es.

—Marcos.

—¿Qué.

—Cuarenta y ocho horas es lo que lleva esperando esta conversación desde la primera noche —dijo Sara—. Puede esperar cuarenta y ocho horas más.

Marcos hizo ese gesto que no llegaba a ser sonrisa completa pero que Sara sabía ya que era la versión de él más cercana a estarlo de verdad.

—Razonamiento periodístico aplicado a la vida personal —dijo.

—Es lo único que sé hacer bien.

—No es lo único —dijo Marcos.

Sara lo miró.

—¿No?

—Sabes escuchar —dijo—. Sin el cuaderno. Eso es más raro de lo que crees.

El apartamento de Covarrubias los rodeó con su silencio de edificio viejo y su luz de noche de entre semana. La cámara estaba sobre la mesa con la declaración de Marcos dentro, lista para lo que tenía que ser. El cuaderno estaba cerrado. Los documentos estaban guardados. El artículo estaba escrito.

Todo lo que tenía que estar hecho estaba hecho.

Y en la cocina del quinto sin ascensor de la calle Covarrubias, a las once y media de una noche de martes con Madrid siendo Madrid al otro lado de la ventana, Sara Montiel y Marcos Villena se quedaron

sentados frente a frente con cuarenta y ocho horas por delante que los dos sabían que iban a pasar despacio.

No dijeron nada más esa noche sobre el jueves a las doce y un minuto.

No hizo falta.

Las cosas que están dichas no necesitan repetirse.

6.3. La verdad que lo cambia todo

El artículo se publicó el jueves a las doce del mediodía.

Título: GRUPO VILLENA: DIECIOCHO MILLONES, UN MUERTO Y SEIS AÑOS DE SILENCIO.

Firmado por Sara Montiel. El Observador Digital.

Cuatro mil trescientas palabras. Dieciséis fuentes documentales. Tres testimonios en vídeo disponibles en la versión digital. Un hilo cronológico que empezaba en los contratos de Andalucía de 2015 y terminaba en la N-601 de noviembre de hace seis años, con todos los puntos intermedios conectados con la precisión de quien ha tenido tres semanas para asegurarse de que cada conexión aguantaba el peso que se le pedía.

Sara lo leyó una última vez en la pantalla de su ordenador a las once cincuenta y siete, de pie junto a la mesa, con Fermín a su lado y Rubén detrás y los tres en silencio con esa quietud específica de los momentos que no pueden deshacerse una vez que ocurren.

A las doce en punto Fermín dijo: publícalo.

Sara pulsó el botón.

Lo que ocurrió en las siguientes seis horas fue lo que ocurre cuando una historia de ese tamaño sale al mundo con la documentación correcta y los testigos correctos y el titular correcto: primero el silencio de los quince minutos en que nadie sabe todavía que existe, después los primeros retuits de las cuentas que leen El Observador Digital, después la avalancha.

A las doce y media lo habían compartido cuatro mil personas.

A la una lo había recogido El País en su portada digital con el titular GRUPO VILLENA NIEGA LAS ACUSACIONES DE UN REPORTAJE QUE INCLUYE TESTIMONIOS EN VÍDEO, que era la clase de titular que intenta ser neutral y en el proceso confirma que hay acusaciones y que hay vídeos y que los vídeos existen.

A las dos el gabinete de comunicación del Grupo Villena emitió un comunicado que decía que el artículo contenía graves inexactitudes, que los testimonios recogidos provenían de personas con intereses personales en dañar la reputación de la familia, y que se reservaban el derecho a emprender las acciones legales pertinentes.

A las dos y cuarto Roberto Villena publicó en su cuenta personal de Twitter, que tenía doce mil seguidores y que hasta esa tarde había usado exclusivamente para contenido empresarial: Todo lo que dice el artículo de Sara Montiel es verdad. Yo soy uno de los testigos. El comunicado de mi familia no me representa.

En cuarenta minutos ese tuit tenía sesenta mil retuits.

A las tres la fiscalía anticorrupción emitió una nota breve diciendo que habían tomado conocimiento de las informaciones publicadas y que procedían a abrir diligencias de investigación.

A las cuatro el teléfono de Sara llevaba dos horas sonando sin parar y ella lo había dejado boca abajo sobre la mesa de la redacción y estaba escribiendo el seguimiento del artículo con la concentración

de quien sabe que la historia no termina cuando se publica sino que empieza.

A las cinco y media entró Fermín al despacho donde Sara seguía escribiendo.

—Álvaro Villena ha convocado una rueda de prensa para mañana por la mañana —dijo.

—¿Qué va a decir?

—Lo que dice siempre la gente a la que pillan: que es una campaña, que los documentos están manipulados, que hay intereses ocultos detrás. —Pausa—. Va a ser una rueda de prensa muy elegante y muy inútil.

Sara siguió escribiendo.

—¿Demanda? —dijo sin levantar la vista.

—Esta tarde a las seis. Ya nos ha llegado el aviso del despacho. Cuatro demandas: al periódico, a ti, a Javier Casado y a Roberto.

—A Roberto también.

—A su propio hijo. —Fermín hizo una pausa—. Es un hombre coherente, hay que reconocérselo.

Sara dejó el bolígrafo.

—¿Aguantamos?

—Tenemos los documentos, los vídeos, los registros de peaje, la declaración de Esteban Corral y al hijo mayor como testigo de la acusación. —Pausa—. Aguantamos.

Sara asintió.

Siguió escribiendo.

A las seis y cuarenta y tres minutos, con la redacción todavía llena de gente y el teléfono todavía sonando y el seguimiento del artículo a medio terminar, Sara recibió un mensaje de Marcos.

Decía: ¿Estás bien?

Sara miró el mensaje. Pensó en todo lo que contenía esa pregunta de tres palabras: no cómo va el artículo, no cuántas visitas tiene, no qué ha dicho la fiscalía. Estás bien. La pregunta de alguien que ha estado todo el día pendiente de una persona y ha esperado hasta el momento correcto para preguntarlo.

Escribió: Sí. Ha sido un día.

Él respondió: Lo imagino.

Ella: ¿Tú?

Él: He visto la rueda de prensa de Roberto. Y el tuit.

Ella: ¿Cómo estás?

La respuesta tardó un poco más que las anteriores.

Él: Orgulloso de él. Es raro decirlo. Pero es la palabra.

Sara miró el mensaje. Pensó en Roberto en el italiano de Salamanca con la fisura en la voz. Pensó en los cuarenta y cinco años de hermano mayor que había elegido un papel y que esa tarde había elegido otro, con todas las consecuencias que eso iba a tener y con la conciencia clara de que las iba a tener.

Escribió: Diego también lo estaría.

La respuesta de Marcos llegó en diez segundos.

Solo decía: Sí.

Y después, después de una pausa que Sara midió mientras seguía mirando la pantalla: Son las doce y cuarto.

Sara lo miró. Tardó un segundo en entender. Cuando entendió sintió algo que era difícil de nombrar con precisión pero que tenía la temperatura específica de las cosas que han estado esperando mucho tiempo y que cuando llegan lo hacen con una naturalidad que hace que el tiempo de espera parezca, de repente, exactamente el tiempo necesario.

Las doce y un minuto había sido el jueves al mediodía.

Habían pasado doce horas.

Escribió: Estoy en la redacción todavía. Una hora más.

Él: Te espero.

Ella: Son cinco pisos sin ascensor.

Él: Lo sé.

Sara dejó el móvil boca arriba sobre la mesa, al lado del bolígrafo y el cuaderno y el seguimiento del artículo a medio terminar, y volvió a escribir con la concentración de quien tiene trabajo por terminar y una razón concreta para terminarlo bien y rápido.

Rubén pasó por su lado veinte minutos después.

—Dos millones trescientas mil visitas —dijo, con la voz de quien anuncia algo que no esperaba anunciar.

Sara no levantó la vista.

—Bien —dijo.

—¿Bien? Sara, es el artículo más leído en la historia del periódico.

—Ya lo leeré mañana —dijo—. Ahora déjame terminar.

Rubén la miró con esa expresión suya de informático que ha visto demasiado para sorprenderse de casi nada pero que todavía encuentra cierta gente capaz de sorprenderle.

—Estás diferente —dijo.

Sara levantó la vista un momento.

—Estoy igual —dijo.

—No. Estás diferente. —Pausa—. Bien diferente, quiero decir.

Sara volvió a la pantalla.

—Rubén. El seguimiento.

—Sí, jefa.

Rubén se fue. Sara terminó el seguimiento a las ocho menos diez. Lo mandó a Fermín. Recogió el cuaderno y el bolso y el abrigo. Apagó el ordenador.

Salió de la redacción por las escaleras.

En la calle, el frío de febrero le dio en la cara con su honestidad de siempre, sin pretensiones, sin nada que demostrar. Madrid era Madrid a su alrededor: el ruido, la luz, el movimiento perpetuo de una ciudad que no necesita que nada importante ocurra para seguir siendo importante.

Pero esa tarde algo importante había ocurrido en ella.

Sara lo supo con la certeza tranquila de quien lleva diez años esperando una historia que de verdad importara y que ahora, con el artículo publicado y la fiscalía abierta y dos millones trescientas mil personas que lo habían leído y Roberto Villena con sesenta mil retuits y la demanda de su propio padre como respuesta, podía decir sin ninguna duda que la había encontrado.

Caminó hacia Chamberí con el cuaderno bajo el brazo y Madrid a su alrededor y cinco pisos sin ascensor esperándola al final del camino.

No fue despacio.

6.4. El último párrafo es de ellos

Llegó sin aliento al quinto piso.

No por los cinco tramos de escalera, aunque cinco tramos sin ascensor a paso rápido en febrero con el abrigo puesto y el cuaderno bajo el brazo no son una cosa menor. Sino por lo que había en el rellano cuando llegó al último escalón: Marcos apoyado en la pared junto a su puerta, con el abrigo puesto también, con una bolsa de papel de la que salía el olor inequívoco de comida italiana que debía de llevar caliente el tiempo justo para seguir estándolo.

La miró llegar.

Ella lo miró a él.

Habían pasado cuatro semanas desde el bar de Malasaña. Cuatro semanas de sobre sin remitente y correos hackeados y casas de sierra y peajes y documentos del Ministerio y galas de etiqueta y silencios compartidos a las tres de la madrugada. Cuatro semanas en que los dos habían estado dentro de algo más grande que ellos y habían elegido, cada uno a su manera, no mirar hacia otro lado.

—Cinco pisos —dijo Sara.

—Ya te lo dije que los sabía —dijo Marcos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—El suficiente para que la comida todavía esté caliente.

—¿Qué has traído?

—Pasta. De la que se hace con todos los cacharros de la cocina.

Sara lo miró. Él la miró. En el rellano del quinto sin ascensor de la calle Covarrubias, con la bombilla del pasillo que parpadeaba desde hacía semanas sin que nadie la arreglara y el olor a comida italiana y Madrid al fondo de la noche como siempre, como invariablemente, como si la ciudad supiera que lo único que se le pide es que siga siendo ella misma mientras las cosas ocurren dentro.

Sara abrió la puerta.

Entraron.

Comieron en la mesa de la cocina de Covarrubias porque era donde habían tenido todas las conversaciones que habían importado y cambiar de sitio ahora habría sido una forma de no reconocerlo. La pasta estaba bien, con esa sencillez de las cosas que no necesitan ser brillantes para ser exactamente lo que tienen que ser en el momento en que las necesitas.

Hablaron. No de la investigación, no del artículo, no de la fiscalía ni de la demanda ni de lo que vendría después. Hablaron de las cosas de las que no habían hablado en cuatro semanas porque siempre había algo más urgente: de dónde habían crecido, de los libros que habían marcado algo en algún momento, de si Madrid era una ciudad para quedarse o una ciudad para volver, de qué había antes del periodismo para Sara y antes de la fotografía para Marcos, de si alguno de los dos había tenido alguna vez la sensación de estar exactamente donde tenía que estar.

—Pocas veces —dijo Sara.

—¿Cuándo?

—Cuando una historia encaja. Cuando todas las piezas están en su sitio y lo que tienes delante es verdad y puede probarse y va a cambiar algo aunque sea un poco. —Pausa—. Hay un momento, justo antes de publicar, en que todo eso confluye. Es el único momento en que no pienso en nada más.

—¿Y hoy?

—Hoy ha sido ese momento.

Marcos la miró.

—¿Solo hoy?

Sara lo miró.

—No —dijo—. Solo hoy no.

El apartamento de Covarrubias crujió con su ruido de edificio viejo que se acomoda en la noche. Fuera, Madrid siguió siendo Madrid con su indiferencia amable y su luz que no se apaga del todo y su ruido que baja pero no desaparece, ese murmullo constante que es

la ciudad diciéndote que sigue ahí aunque tú estés dentro haciendo otras cosas.

La mesa tenía los platos vacíos y las copas con el vino a medias y el cuaderno de Sara que había sacado del bolso de manera automática al llegar y que había dejado cerrado sobre la silla de al lado porque esa noche el cuaderno no era lo que tocaba.

—¿Qué pasa con la cicatriz? —dijo Sara de repente.

Marcos la miró. Levantó la mano y se tocó la ceja izquierda con un gesto que era automático, de los que se hacen sin pensar porque el cuerpo tiene sus propias memorias.

—¿La ceja?

—La ceja.

—Me caí de una bicicleta con doce años —dijo—. Diego me había dicho que podía bajar la cuesta del pueblo sin manos. Me lo creí.

—¿Lo conseguiste?

—Llegué hasta la mitad.

Sara hizo un sonido que era una risa, breve y genuina, de las que llegan sin pedirlas.

—Era convincente —dijo Marcos—. Era muy convincente cuando decía que las cosas se podían hacer.

—Lo sé —dijo Sara. Y lo decía de otra manera también, no solo de la bicicleta.

Marcos la miró con esa expresión que ya no tenía capas, que era la que había debajo de todas las otras expresiones cuando por fin se

quedaban a solas con ella.

—Sara.

—¿Qué.

—Llevo desde Malasaña queriendo preguntarte una cosa.

—Pregunta.

—Si el sobre no hubiera llegado. Si nada de esto hubiera ocurrido. Si hubieras sido solo la mujer del Aperol sin beber que dijo lo que pensaba en voz alta delante de mis fotos. —Pausa—. ¿Habrías vuelto?

Sara pensó en eso. En la calle a la una de la madrugada y en el pasado perfecto y en el metro de vuelta a Lavapiés y en las tres veces que se había repetido que había hecho bien.

—No lo sé —dijo—. Quiero decir que sí. Pero no lo sé.

—¿Por qué no lo sabes?

—Porque el problema era que me gustabas demasiado rápido. Y eso me asusta.

—¿Todavía?

Sara lo miró.

—Menos —dijo.

Marcos hizo ese gesto que no era del todo sonrisa pero que Sara llevaba cuatro semanas aprendiendo a leer como la versión de él más verdadera y más suya, la que no calculaba el efecto ni medía la distancia.

—Menos está bien —dijo.

—Menos es lo que hay —dijo Sara.

—Es suficiente —dijo Marcos.

Y en la cocina del quinto sin ascensor de la calle Covarrubias, con los platos vacíos y el vino a medias y el cuaderno cerrado sobre la silla y Madrid siendo Madrid al otro lado de la ventana, Sara Montiel y Marcos Villena dejaron de hablar de la misma manera en que habían dejado de hablar la primera noche en la calle de Malasaña: sin que nadie lo propusiera, sin que nadie lo cerrara, simplemente porque había llegado el momento en que las palabras habían dicho todo lo que podían decir y lo que seguía ya no las necesitaba.

Tres cosas ocurrieron en los días siguientes.

La primera: la fiscalía anticorrupción citó a Álvaro Villena a declarar como investigado por los delitos de corrupción en la contratación pública, blanqueo de capitales y obstrucción a la justicia. Su abogado emitió un comunicado diciendo que su cliente colaboraría con la justicia y confiaba plenamente en su inocencia. El comunicado no mencionaba a Roberto.

La segunda: Roberto Villena presentó una denuncia formal contra su padre por los hechos relatados en su declaración. Lo hizo a través de un abogado propio, no del despacho familiar, un hombre joven de un despacho de Madrid que llevaba casos de violencia institucional y que aceptó el encargo, según le dijo a Roberto, porque era exactamente la clase de caso para el que había estudiado derecho.

La tercera: Esteban Corral llamó a Sara desde Valdecebro un martes por la mañana. Le dijo que había declarado ante el juzgado lo del segundo coche y lo de las luces largas y la dirección y los cuarenta y ocho minutos. Le dijo que su nieto había llamado la noche anterior para decirle que estaba orgulloso de él. Le dijo que eso, el orgullo de

su nieto, era lo más importante que le había pasado en mucho tiempo.

Sara escuchó las tres cosas con la atención que se le da a los cierres: los momentos en que las historias que empezaron con una pregunta encuentran, si no la respuesta completa, al menos la dirección en que la respuesta vive.

La historia de Diego Villena no había terminado. Los juicios tardarían. Las demandas seguirían. Álvaro Villena seguiría siendo Álvaro Villena durante el tiempo que tardara la justicia en ser lo que se supone que debe ser, que es siempre más tiempo del que parece razonable.

Pero algo había cambiado que no podía deschangarse.

El silencio se había roto. Y lo que había dentro ya estaba fuera, en dos millones trescientas mil lecturas y en los vídeos que no podían borrarse y en la declaración de un hijo contra su padre y en la de un guardia civil retirado que quería que su nieto estuviera orgulloso de él.

Eso no se deshacía.

Sara lo escribió en el cuaderno, no como nota periodística sino como otra cosa, la tarde del martes en que Esteban Corral la llamó desde Valdecebro. Lo escribió en la última página del cuaderno que había empezado el día en que llegó el sobre sin remitente, el cuaderno de esta historia, el que empezaba con una nota de la USB y terminaba con un guardia civil retirado y el orgullo de su nieto.

Escribió: La verdad no resuelve todo lo que rompe. Pero lo nombra. Y nombrar las cosas es el principio de todo lo demás.

Cerró el cuaderno.

Lo dejó sobre la mesa de la cocina de Covarrubias, donde Marcos estaba revelando fotografías en el cuarto del fondo con la puerta entreabierta y el olor a trementina filtrándose por el pasillo, y donde esa tarde había luz suficiente en las ventanas y tiempo suficiente por delante y un después que todavía no tenía nombre pero que estaba allí, presente, esperando con la paciencia de las cosas que saben que no necesitan apresurarse porque ya son inevitables.

Madrid siguió siendo Madrid fuera.

Y dentro, el apartamento guardó el silencio que le quedaba.

Que era, esta vez, un silencio diferente.

Del tipo que no necesita llenarse.

FIN